

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**LA BEATA SOR ANA DE SAN BARTOLOMÉ  
UNA MARAVILLA DE DIOS**

**LIMA – PERÚ**

**LA BEATA SOR ANA DE SAN BARTOLOMÉ,  
UNA MARAVILLA DE DIOS**

**Nihil Obstat  
P. Ricardo Rebolleda  
Vicario Provincial del Perú  
Agustino Recoleta**

**Imprimatur  
Mons. José Carmelo Martínez  
Obispo de Cajamarca (Perú)**

**LIMA – PERÚ**

## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

#### PRIMERA PARTE: SU VIDA

Ambiente social. Sus padres.  
Su infancia. Lucha por la vocación.  
Entrada al convento. Noviciado y profesión.  
Joven profesa. Enfermedad extraña.  
Enfermera. Compañera de viaje.  
Sufrimientos de la Madre Teresa.  
Muerte de santa Teresa.  
Traslado de su cuerpo a Ávila.  
Traslado de sor Ana a Madrid.  
En Ocaña. El Señor le habla de Francia.  
Camino a Francia. Carmelo de París.  
El velo negro. Fundación de Pontoise.  
Priora de París. Problemas con Pedro Bérulle.  
El Carmelo de Tours. Camino a Flandes.  
Carmelo de Mons. Carmelo de Amberes.  
Las carmelitas inglesas. Su secretaria.  
Nuevo convento. Beatificación de la Madre Teresa.  
Devoción a la beata Teresa. Su canonización.  
Libertadora de Amberes. Rendición de Breda.  
Última enfermedad. Algunos milagros.

#### SEGUNDA PARTE: CARISMAS Y VIRTUDES

Dones sobrenaturales. a) Profecía.  
b) Perfume sobrenatural. c) bilocación.  
d) Éxtasis. e) Don de lenguas.  
f) Conocimiento sobrenatural.  
g) Milagros en vida.  
El demonio. Amor a Dios.  
La Santísima Trinidad. Jesús Eucaristía.  
La Virgen María. Los santos.  
Almas del purgatorio. Algunas virtudes.  
A los altares. Beatificación.

### CONCLUSIÓN

### BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

La vida de la beata sor Ana de sor Ana de San Bartolomé es una maravilla de Dios en el mundo. Dios le regaló carismas sobrenaturales para servir mejor a sus hermanas y a la Iglesia. La santa Madre Teresa de Jesús la tenía en tanta consideración por sus virtudes que quiso que, desde novicia, fuera su compañera y enfermera; y la acompañó en sus viajes en los últimos cinco años de la vida de la santa, quien murió en sus brazos.

Dios la llamó a ser fundadora de Carmelos en Francia y Bélgica. Para ello, al llegar a Francia, le dieron el velo negro para ser hermana de coro y así ser Priora de los conventos que fundó en Pontoise, Tours y, más tarde, en Amberes.

Era tanta la confianza que tenía en sus oraciones la Infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos, que siempre acudía a ella para pedirle consejo en las cosas importantes de su gobierno. Fue considerada por todos y proclamada la *Libertadora de Amberes*; ya que, debido a sus oraciones, Dios salvó la ciudad del ataque de los herejes holandeses.

Su vida y sus milagros en vida y después de su muerte la han hecho brillar entre los santos de la Iglesia con luz propia. Y ella sigue intercediendo por todos los que la invocan y obteniendo para ellos muchas y abundantes bendiciones.

Que la lectura de su vida nos estimule a todos en el camino de la santidad.

## ACLARACIONES

Hemos transcrito los escritos originales de la santa con ortografía actual. Las principales fuentes para su biografía están tomadas de sus propias Autobiografías, *Autobiografía de Amberes* (que se encuentra en el convento de las carmelitas descalzas de esta ciudad) y la *Autobiografía de Bolonia* (que se encuentra en las carmelitas descalzas de Bolonia). Se les designa comúnmente como Autobiografía A y Autobiografía B.

Por otra parte, la biografía escrita por el padre Crisóstomo Enríquez es de primera mano, pues la publicó en 1632, a los seis años de su muerte, conociendo sus escritos y el testimonio de muchos que la conocieron.

Por último, otra fuente importantísima son los testimonios tomados en las declaraciones de los testigos para el Proceso de beatificación y canonización. En este caso, los citaremos con el nombre de *Proceso* y la página de la edición publicada por la editorial Monte Carmelo, Burgos, año 2010.

Al citar *Obras completas* nos referimos a los dos tomos de las Obras completas de la beata Ana de San Bartolomé, editados por el padre Julián Urkiza y publicados por el Instituto Teresianum de Roma en 1981 y 1985 respectivamente.

## **PRIMERA PARTE**

## SU VIDA

### AMBIENTE SOCIAL

Ana de San Bartolomé vivió en el siglo XVI y XVII (1549-1626). Eran tiempos en que España estaba en pleno siglo de oro, un período floreciente en cultura y espiritualidad, pero a la vez lleno de luces y sombras. Mientras en América se iba afianzando la conquista y la evangelización del continente, en Europa Central, España se desangraba en duras batallas contra el avance protestante, que había comenzado con el desafío a la Iglesia del monje agustino Martín Lutero en Alemania.

En estos años, la Iglesia impulsó la Contrarreforma con el concilio de Trento, promoviendo la reforma de las Órdenes religiosas para oponerse a las ideas protestantes, que negaban la presencia real de Jesús en la Eucaristía, rechazaban la misa, los votos religiosos, las imágenes y otras muchas cosas de la fe católica. Lutero se creía con autoridad para ordenar y disponer como si fuera un nuevo Papa y, por eso, cuando el Papa lo excomulgó, él mismo excomulgó al Papa y nombró por su cuenta sacerdotes y obispos.

Por otra parte, en Inglaterra el rey Enrique VIII se separó de la Iglesia y se constituyó en jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, lo que continúa hasta el día de hoy.

En Francia los calvinistas se extendían rápidamente y el rey hacía alianzas con los turcos y en contra del rey de España. En los Países Bajos (Bélgica y Holanda) estaban en guerra religiosa, pues los holandeses eran mayoritariamente protestantes. Por el frente oriental los turcos musulmanes asolaban también las costas de Italia y España; y el rey Felipe II tuvo que enfrentarlos en la gran batalla de Lepanto.

Durante el tiempo de la vida de sor Ana, a la vez que hubo muchas cosas negativas como las guerras de religión, también hubo grandes santos, que Dios suscitó para contrarrestar el poder del mal, que quería destruir a la Iglesia de Jesucristo. Entre estos santos famosos están: san Pedro de Alcántara, san Francisco Javier, san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Luis Beltrán, san Pascual Bailón, santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ávila, la beata Catalina Tomás; y otros que florecieron en América como santa Rosa de Lima, san Martín de Porres, santo Toribio de Mogrovejo, san Juan Macías, santa Mariana de Jesús, la beata sor Ana de los Ángeles Monteagudo y otros.

Fueron tiempos de luchas doctrinales y de guerras militares, en los que se mezclaban los santos y los pecadores en la Iglesia de Dios

## SUS PADRES

Los padres de nuestra santa se llamaban Hernán García y María Manzanos. Eran agricultores con buena situación económica, aunque no ricos. Poseían ganados y tierras y, sobre todo, eran muy virtuosos. Según dice ella misma: *Mi padre hacía las Pascuas y fiestas de Nuestro Señor muy solemnes en el lugar, y mi madre todas las fiestas de la Madre de Dios, que lo tenían así concertado los dos. Tenían mucha caridad y compasión de los pobres y cada sábado se amasaba en casa pan para los pobres. Y el domingo, antes de ir a misa, era su devoción de enviar un panecillo y un pote de vino a los conocidos del lugar que eran pobres. Y si estaban enfermos, mi madre luego los iba a visitar y a ver lo que habían menester. A unos daba lienzo para las camas y a otros botica (medicinas) y hacía que los sirviesen y consolasen. Y tenía mucha lástima de los niños que quedaban huérfanos y hacía por acomodarlos. Y una vez yo me acuerdo que lloraba un niño por la calle y dijo: “Vayan a ver aquel niño si tiene padre o madre y, si no le tiene, métanmele acá”. Y esto hacía muchas veces y lo regalaba en lo que podía y acomodaba*<sup>1</sup>.

*Y después que yo sabía hablar, me andaba tras de mi madre. En viéndola sentada, me sentaba con ella que la quería mucho, porque hablaba de Dios y me llevaba consigo a la iglesia y miraba con atención las imágenes de Cristo y, sin sentirlo, hallaba encendido mi corazón. Y cuando podía escaparme de casa, me iba a la iglesia y me ponía en un rincón de una capilla de la Virgen, porque estaba más escondida y rezaba el rosario... y cada vez que se nombraba a Jesús, me arrodillaba, que tenía un gusto muy grande de nombrar el nombre de Jesús*<sup>2</sup>.

Según afirma su primer biógrafo, el padre Crisóstomo Enríquez tenía seis hermanos, tres hombres y tres mujeres. *Siendo ya de edad los niños, los envió (su padre) a la escuela; pero, temiendo que yendo y viniendo perdiesen el tiempo y aprendiesen con otros muchachos travesuras que, aunque entonces son niñerías, son principios de liviandades en la mocedad y vicios en edad más crecida, recibió en casa a un sacerdote virtuoso y docto el cual aprendía (enseñaba) a leer y escribir a los hijos y enseñaba los misterios de la fe y doctrina cristiana a las cuatro doncellas. Vivían todos con el mismo concierto, orden y reconocimiento que si estuviesen en un monasterio reformado, y, mientras vivió*

---

<sup>1</sup> Obras completas, tomo 1, p. 425, Autobiografía B.

<sup>2</sup> Ib. p. 426.

*el padre, jamás salían de la casa las doncellas sino a oír misa a que iban todos los días, todos, padres e hijos, sin que ningún negocio, por grave que fuese, lo estorbase*<sup>3</sup>.

Sus padres murieron cuando ella tenía unos diez años y sus hermanos se hicieron cargo de ella. Al principio se sintió muy sola, pero el Señor la consolaba en la oración.

## SU INFANCIA

Ana García Manzananas, que es el nombre de sor Ana, nació el 1 de octubre de 1549 en El Almendral (muy cerca Navalmorcuenda). Era la sexta de siete hermanos. Sus padrinos fueron Alonso Sánchez, escribano, y María Sánchez de la Fuente<sup>4</sup>. No se sabe el día de su bautismo, porque faltan hojas en el libro de bautismo del año 1549.

*Ella nos dice: Nací en un pueblo cerca de Ávila que se dice Navalmorcuenda, donde se vino a casar mi padre llamado Hernán García... con mi madre, llamada María Manzananas. Tuve tres hermanos y otras tres hermanas y, aunque mi linaje era humilde, no faltaba a mi padre lo que había menester de ganados y heredades... Fue tenido mi padre y mis hermanos en reputación de hombres buenos y prudentes, y así casi siempre los nombraban por alcaldes del pueblo o mayordomos de la iglesia*<sup>5</sup>.

*Era niña de tres años y, saliendo mi madre de casa, dijo a mis hermanas, que estaban haciendo labor: “Tened cuidado con esta niña, no caiga”. Ellas quedaron hablando entre sí y las oí estas palabras: “Ojalá se muriese antes de llegar a tener siete años, cuando se puede pecar, que ahora se iría derecha al cielo”. Imprimióseme con estas palabras un temor de pecar y deseo de ir al cielo de manera que, cuando llegué a los siete años, lloraba mucho por no haberme muerto antes. Y andando con estos pensamientos en esta edad de tres años, me parece que vi una vez el cielo abierto y en él a Jesucristo Nuestro Señor y tanta gloria que no lo sabré decir; de donde hasta ahora me queda impresa aquella figura y rostro de Cristo con grandes deseos de amarle, servirle y salvarme; y temor de no ofenderle... De esta visión me quedaron tantos y tan divinos consuelos interiores que no los sabría contar y, entre otra, una continua presencia de Dios que nunca la apartaba de mis ojos. Y, siendo niña de cinco años, me parecía traerle cabe mí de la misma edad que yo era, con un rostro y*

<sup>3</sup> Enríquez Crisóstomo, *Historia de la vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Ana de San Bartolomé*, Bruselas, 1632, pp. 9-10.

<sup>4</sup> Proceso p. 646.

<sup>5</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo primero, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1933, p. 259.

*unos cabellos largos... Mi continuo deseo era que él me mirase y nunca quitase de mí sus ojos*<sup>6</sup>.

*Tomé devoción con algunos santos; primero a los ángeles, y con ellos a san José, que era yo tan simple que le tenía por ángel, y a la Virgen Santísima primero, que confiaba mucho en ella, y a las once mil vírgenes, y a san Juan Bautista, y a otros santos. Y cada día les pedía me guardasen de pecar y en particular les pedía la castidad.*

*Y con estos abogados yo andaba muy consolada y aficionada al buen Jesús, que me hallaba muy movida de su amor, y todo lo que hacía era deseando que Él me viese y me mirase y se contentase de mí.*

*Estos eran de ordinario mis deseos y pensamientos. Cuando estaba sola miraba por las ventanas a los campos por ver si le veía con harta inocencia; mas como era niña, cuando me juntaba con otras de mi edad y jugaban, yo también deseaba jugar, y un día estaba en la oración consolada, debía de ser consuelo de niños, y dije al Señor: “Señor, dadme licencia, iréme con las otras niñas a jugar y luego volveré”. Y me parecía que el Señor lo gustaba, aunque cuando yo dejaba de rezar a mis devotos algún día, temía si se enojarían y luego tornaba a pedirles perdón y continuaba*<sup>7</sup>.

*Cuando llegué a la edad de los nueve años, fueron tan grandes y tan impetuosos los deseos de hacer penitencia que no sabía de qué manera descansar, poniéndolos por obra, sino que cuando me enviaban fuera de casa a los mandados, me descalzaba los zapatos, gustando de andar sobre las piedras, espinas y nieve, descalza, que es aquella tierra muy áspera y fría, aunque algunas veces me corría la sangre de los pies, y cuando volvía a entrar en casa me tornaba a calzar porque mis hermanos no me riñesen. Otras veces en la iglesia estaba de rodillas de suerte que la carne tocase el suelo, de que me solían hinchar las rodillas y crear postemas*<sup>8</sup>.

*Un día, me acaeció oír un sermón de la pasión a un predicador y pareciéndome que no había declarado los dolores de Cristo como ellos eran, sino deteniéndose en no sé qué de teologías, salí llorando con muchas lágrimas, y preguntándome mis hermanas por qué lloraba, les dije que porque aquel predicador no había sabido predicar*<sup>9</sup>.

---

<sup>6</sup> Ib. pp. 259-260.

<sup>7</sup> Autobiografía A; Obras completas, tomo 1, pp. 282-283.

<sup>8</sup> Peregrinación de Anastasio, diálogo primero, p. 262.

<sup>9</sup> Ib. p. 265.

*Estaba mi alma tan encendida en la Pasión de Jesucristo, que si iba a la iglesia y veía las pinturas de la Pasión del Señor, yo lloraba y quería ser pobre y maltratada por su amor... Lo que podía dar de los vestidos sin que se viese, lo hacía, y me quedaba sólo con lo de encima que se veía, y dábalo a los pobres, y todo lo que podía tomar lo llevaba, y escondía la comida.*

*Y un día díjome una mi hermana: “¿Tú no has comido lo que te dan?”. Yo dije que sí, y mi intención era que si no lo comía el cuerpo, lo comía el alma. Y un día dije al confesor que engañaba a mis hermanos diciéndoles que comía con esta intención, si sería mentira que no la deseaba decir por todo el mundo; mas que creía esto era verdad. Y díjome: “¿Quién os ha enseñado que esto no es mentira, siendo vuestro intento darlo al alma?”. Esto hacía por la Pasión de Jesucristo<sup>10</sup>.*

*Desde esta edad de nueve años me dio el Señor tan gran deseo de servirle siendo monja o ermitaña que, viendo ser imposible alcanzar que mis hermanos me metieran monja, determinéme con una mi compañera<sup>11</sup> que, poniéndonos de hábito de hombres, nos fuéramos a un desierto y lo teníamos concertado y hechas unas esclavinas como ermitaños. Mas a la noche que habíamos de salir de nuestras casas, ni ella halló la puerta de la suya para salir, ni yo pude subir por un árbol por donde pensaba saltar por unas tapias bajas, que por la puerta no pudiera salir sin ser sentida, y así quedamos tratando después que no era voluntad de Dios siguiéramos aquel camino, sino esperar en el Señor que él daría orden como nos metiesen monjas<sup>12</sup>.*

*A los diez años murieron mis padres... y (mis hermanos) me enviaron a guardar el ganado al campo, aunque era cerca del lugar. Yo lo sentía mucho al principio; mas luego el Señor me consoló y los campos me eran deleites y los pájaros me recogían con su canto, que si empezaban a cantar me estaba las horas recogida. Y muchas veces venía el Niño Jesús y se me sentaba en las faldas y le hallaba allí cuando tornaba en mí.*

*Lo que aquí sentía en mi espíritu no lo sé decir, que yo me hallaba en un cielo glorioso, que deseaba vivir allí siempre y que no viera más gentes y quisiera irme a un lugar muy lejos.*

*Y una vez dije al Niño Jesús: “Señor, pues me hacéis compañía, no vamos más donde haya persona, sino vámonos solos a unas montañas, que con vuestra compañía no me faltará nada”. Mas reíase y sin hablar me mostró no era*

---

<sup>10</sup> Autobiografía A, p. 295.

<sup>11</sup> Era su prima Francisca Sánchez Cano, que era como su gemela y estaban siempre unidas.

<sup>12</sup> Ib. p. 262.

*aquello lo que quería de mí. Yo amaba ya tanto la soledad con tal compañía que con ver gente me era la muerte. Algunas veces me tomaban las noches sin sentirlo media legua del lugar y, espantados mis hermanos, me buscaban y reñían. Mas no me espanto que, como no sabían la compañía que yo tenía, ni se lo dije jamás, podían pensar en otra cosa*<sup>13</sup>.

Según declaración de sor Clara de la Cruz, la Madre Ana le dijo a ella y a otras religiosas, que *si pudiera pintar, pintaría al pequeño Jesús en la misma forma en que se le aparecía en su niñez y añadía que era muy hermoso, de pelo rizado sobre los hombros, de color castaño, con un vestido morado, como los “nazarenos”, con unos ojos resplandecientes y ardientes, tan atractivos que no se atrevía a mirarlos fijamente, pensando que, si los miraba, moriría de amor*<sup>14</sup>.

*Cuando llegué a la edad de trece años, que ya mis padres eran muertos... víme afligida, porque siempre había tenido deseo de la castidad. Mas, al fin, determinéme un día a que, si yo hallara un hombre muy rico, muy hermoso, muy agradable, muy santo y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía. Estando en estos pensamientos, aparecióme Nuestro Señor Jesucristo, hermosísimo, como le había visto en el cielo y, hablándome con mucha ternura y amor, me dijo: “Yo soy el hombre que tú buscas”. Desde entonces, me determiné de no me casar y procurar cuanto pudiese ser monja, aunque no sabía dónde ni cómo lo alcanzar por la gran dificultad que entendía en mis hermanos para ello habría*<sup>15</sup>.

## LUCHAS POR LA VOCACIÓN

*Mis hermanos, como me veían ya tan grande, trataban de casarme. Yo no tenía esos pensamientos. Llamaba a la Virgen, que había tomado por Madre, y a todos mis (santos) devotos y acrecentaba las devociones y penitencias. Iba a la iglesia y escondíame en una capilla que había de la Concepción de la Virgen Nuestra Señora, y los pies desnudos y las rodillas desnudas por tierra, llamábala que me ayudase. Y veníanme mil tentaciones terribles contra mis deseos que me atormentaban y afligían. Y con estas ocasiones no faltaban las astucias del diablo. Mas yo tomaba disciplinas y echábame en una cava desnuda, aunque era húmeda, en el suelo, hasta que se templase la furia de la tentación, y dormía sobre unos sarmientos y otras cosas ásperas en lugar de la camisa, y ésta daba a los pobres, porque no supiesen en casa iba sin ella. Y poníame otras veces un cilicio de cerdas*<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> Autobiografía A, Obras completas, tomo 1, p. 283.

<sup>14</sup> Proceso, p. 425.

<sup>15</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo segundo, p. 265.

<sup>16</sup> Autobiografía A, o.c., p. 27.

*Andando con estos deseos (de ser religiosa) me acaeció que no habiendo rezado el rosario de Nuestra Señora por haber tenido muchas ocupaciones (que le solía rezar cada día), cuando a la noche le quise rezar, me hicieron acostar mis hermanas; y yo, por no dormirme sin rezarle, eché conmigo una piedra esquinada que me quitase el sueño. Mas apenas me hube acostado, cuando me quedé dormida con el rosario en la mano, y soñé una manera de sueño que no sé cómo es, mas de que me parece que veía con los ojos un gran resplandor y en él una virgen muy hermosa que me mostró el monasterio de las carmelitas descalzas de Ávila con todas las celdas y monjas y las demás cosas que en él había, y me dijo que ella quería que fuese allí monja. Y luego vi a Nuestro Señor Jesucristo que me dijo lo mismo y me tiró con gran fuerza del rosario que yo tenía en la mano, con que me despertó. Y cuando abrí los ojos no vi otra cosa que una gran luz y resplandor, con que quedé bien determinada de ser monja en aquel monasterio*<sup>17</sup>.

*Por este motivo, yo me excusaba de hablar a hombres ni darlos sujeto que me hablasen y si entraban en casa los amigos de mis hermanos yo me iba fuera, o los hacía rostro como si fueran una mala visión. Este recato traía por verme muchas veces con grandes determinaciones y además las obligaciones con que Dios me obligaba eran grandes y pedían gran pureza y fidelidad. Y lo uno y lo otro combatía en mi espíritu con violencia*<sup>18</sup>.

*Tuve grandes estorbos de ser monja en mis hermanos, porque me querían casar, y particularmente un día me acuerdo que, estando todos ellos juntos en casa de una mi hermana casada, tratando de casarme con un hermano de su marido, mi cuñado, y habiéndole a él enviado a llamar para concluir este matrimonio, me llamaron también a mí. Yo entendiendo para lo que me querían, me ensucí la cara y me vestí lo más sucia y despreciadamente, y tocada de torchones, en fin, lo peor que pude. Y cuando mis hermanos me vieron así, me echaron en horamala, dándome muchos porrazos con palabras afrentosas. Volvíme contenta a mi casa, y desde entonces se comenzó a enfriar aquel matrimonio, porque se resfrió el mancebo viéndome tan mal compuesta. Otras veces me persuadían con muchas razones diciéndome que ya que quería ser monja, por qué no escogía un monasterio honrado y bueno de Orden conocida, y no aquel de carmelitas descalzas, que hacía poco había fundado una loca, Teresa de Jesús, y había habido grandes revueltas sobre aquella fundación.*

*Por este tiempo acaeció venir a nuestro pueblo dos monjas de la Orden de San Jerónimo, y también éstas me persuadieron mucho por orden de mis*

---

<sup>17</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo segundo, p. 266.

<sup>18</sup> Autobiografía A, p. 286.

*hermanos que me fuese con ellas a su monasterio. Mas siempre me tenía Dios firme en mi vocación de monja carmelita descalza, mientras eran mayores las persecuciones de mis hermanos, que fueron tan grandes que una vez habiendo persuadido yo con muchas lágrimas a un hermano mío que fuese a buscar dineros para llevarme al monasterio, díjome que sí haría. Y volviendo a casa, como le instase en preguntarle si traía recaudo, fue tan grande la ira que tomó, que desenvainando la espada, me tiró una cuchillada con tanta furia, que si una hermana mía que se halló cabe él, no le detuviera el brazo, me dejara ahí muerta, y tuvo ella por milagro haber tenido fuerza para detenérsela. Yo me fui huyendo a hincar de rodillas delante de una imagen pidiendo favor. Con esta revuelta y escándalo se alborotó toda la vecindad corriendo a nuestra casa, dando voces, diciendo: ¿qué hay en la casa de Hernán García que se están matando? Entre otros acudió a los gritos un mi tío, y sabiendo lo que pasaba, reprendió mucho a mi hermano, y persuadióle a que me metiese monja adonde yo decía, pues tanto lo deseaba, y a él le había de costar tan poco dinero <sup>19</sup>.*

*Con la persuasión que mi tío hizo a mi hermano para que me llevase a Ávila, se juntó venir por aquel tiempo a predicar en nuestro pueblo desde la misma ciudad de Ávila un (sacerdote) doctor con quien yo me confesé y comuniqué mis deseos, el cual tenía conocimiento con las monjas descalzas y concertó con ellas me recibiesen. Y así mis hermanos me llevaron al monasterio, siendo entonces Priora la Madre María de San Jerónimo, que me mostró mucha gracia ella y todas las monjas que me hablaron, las cuales reconocí ser los mismos rostros que había visto en el sueño que dije, y aún reconocí hasta un jarro en que me dieron a beber. Mas por entonces no me quisieron recibir, que decían no tenían licencia de su Superior para ello, que procurarían la licencia y me recibirían después. Con esto me volvieron a mi tierra, y viniendo por el camino, en un puerto que estaba entre Ávila y El Espinar por donde pasábamos (estando yo sentada cabe de una fuente), vi innumerables demonios que pasaban sobre mí como si fuera una nube de ellos, haciendo muchos regocijos y fiestas porque no me había quedado en el monasterio, y luego pasó como otra nube de los mismos con gran grito, dando a entender que pues lo habían estorbado entonces, que nunca había de ser monja, y su figura de ellos era como de unos hombrecillos muy feos con unas patas muy grandes <sup>20</sup>.*

*Cuando iba a tomar el hábito y después que volví, que no me quisieron dar (el hábito), fueron tan grandes las tentaciones deshonestas y gana que me dio de casarme, pareciéndome que no me podría salvar guardando castidad, y tan grandes los ímpetus y soberbias de la carne, que no me podía valer. Lloraba y afligíame viéndome en tan miserable estado, y acudía a dar voces a Dios en la*

---

<sup>19</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo segundo, pp. 266-267.

<sup>20</sup> Ib. p. 269.

*oración que me valiese, aprovechándome de muchas asperezas de cilicios y disciplinas con que reprimía tan increíble pasión, naciéndome de ella una gran desconfianza de poder perseverar, y tristeza porque no me admitieron las monjas diciendo que no tenían licencia y que no podían sin ella recibirme*<sup>21</sup>.

*Mis hermanos me hacían amenazas de pruebas y me ponían en el trabajo de los trabajadores, y así me cargaban de cosas que había menester fuerzas de hombres, y decían los criados de la casa que ellos no pudieran hacer dos juntos lo que yo hacía. Yo me reía, porque como si fuera una paja me era el peso que me mandaban alzar. Y con esto embebía la fuerza del espíritu, que era tan grande que no podía sufrir si no era con estos entretenimientos. Porque me daban dos carretas, que son como carros, que las llevase a solas y trajese el pan a las eras, y los que segaban hacían las gavillas dos veces más grandes que de los hombres, pensando que no las podría subir en los carros. Yo las cargaba con gran ligereza, de manera que los hombres dejaban de segar por mirarme y se espantaban y no sabían si eran fuerzas de Dios o del mal espíritu.*

*Después que el pan estaba en la era, me daban dos o tres pares de bueyes que los trillase. Mandábanme que los uniese con el yugo al trillo y eran bravos, y Dios me hacía tanta gracia que, llamándolos yo, bajaban la cabeza y se venían al yugo como si fueran corderos.*

*Esto hice y otros ejercicios todo un verano, con grandes soles y calores, que los hace en aquella tierra. Y una vez me enviaron por estos bueyes a la dehesa y no hallaba uno, que se había quedado entre unas breñas, y estando como iba a buscarlos, venía un perro a mí que rabiaba. Yo no lo pensé y acercándose arremetió a morderme. Yo me eché en el suelo de boca por no tomar su aliento. Y subió sobre mí y rompióme todos los vestidos, aunque eran nuevos de aquel día, y aquel animal que no había hallado estaba escondido cerca. Y como vio que el perro me trataba mal salió, hizo cara al perro y con esto me dejó el perro y el animal se llegó a mí como si fuera una persona y me lamía con su boca y púsose en el camino y hacíame de señas que me asiese a él. Yo lo hice y me trajo al lugar, de manera que espantaba a los que lo veían.*

*Otra vez estaba con mi compañera en una sierra con el ganado y estábamos sobre una piedra que estaba en lo bajo de las sierras y vimos venir un pastor de lejos que se venía para nosotras. Tuvimos miedo y metímonos debajo de la piedra y había hierbas a par de ella con que nos tapamos y Dios que nos quería guardar. El hombre llegó y se subió sobre la piedra donde nos había visto. Y decía: “¿Dónde se han ido? ¡Las tales las lleven!”. Estuvimos allí escondidas hasta que era tarde, que veíamos sería ido y de la congoja salimos*

---

<sup>21</sup> Ib. p. 270.

*como si hubiéramos estado en agua mojadas. Cuando vine a casa me decían estaba loca y que era menester quitarme aquella oración y deseos de ser monja, que si iba al monasterio no lo podría llevar y me volvería y los deshonraría; que era mejor atajarlo antes que allá fuese.*

*Esto hacían los parientes, unas veces con rigor, otras veces me mostraban gracia y que lo hacían por mi bien, que no tendría fuerzas para llevar aquel rigor. Y traíanme otras personas que me hablasen y aconsejasen lo mismo, y que mirase que no iba bien, que tomase otro camino.*

*Una noche, que hacía muy linda luna, una parienta pidió licencia a mis hermanos que yo fuese con ella a su lino, que tenía una heredad junto a las casas del lugar, y estando allá oímos un gran ruido, que yo tuve mucho miedo, y rastraban cadenas y daban fuertes gemidos. Y la que estaba conmigo decíame, como me veía turbada: “No es nada, alguna bestia es que pasa por el camino”. Y luego se apareció cerca de nosotras una visión negra mucho y como una estatua de un hombre de dos estaturas tan grande, tan delgado, y llegando cerca de nosotras yo me desmayé y caí en tierra, diciendo: ¡Válgame la Santísima Trinidad! Y la otra cayó sobre mí por quitarme el miedo. Mas en lo que me duró este desmayo, tornando en mí, me asieron de la mano y me llevaron a casa. Y desde el espacio que había del lino hasta mi casa veía yo que iban delante de nosotras, algo apartado, tres personas vestidas de blanco, y dije: “¿Qué gente es aquella?”, y dijéronme: “Deben ser pastores que vienen del ganado”. Y en llegando a las casas desaparecieron.*

*Conocí que era la Santísima Trinidad, a quien yo había llamado. Quedóme este miedo y flaqueza de corazón, de manera que en entrando en un aposento de noche a solas me hacía temor, traía una sombra mala. Díjelo a mis hermanos, hacíanme decir misas, y como no se me quitaba, era por San Bartolomé, había una ermita cinco leguas de allí de este bendito apóstol y en aquella tierra le son muy devotos. Lleváronme a tener una novena allá, y tres leguas antes de llegar pedí licencia a mis hermanos de ir a pie, porque Dios me hiciese merced de sanarme, y diéronmela. Y como iba cansada, antes de entrar en la ermita me senté y quedéme tullida y fue menester que me llevasen. Y entrando en la ermita se me quitó y quedé sana del todo y con seguridad que se cumplirían mis deseos<sup>22</sup>.*

---

<sup>22</sup> Autobiografía A, pp. 288-290.

## ENTRADA AL CONVENTO

Por fin, después de tantas luchas, oraciones y sacrificios, un día la mandaron venir del monasterio de las carmelitas descalzas de Ávila, porque ya tenían el permiso del Superior. El hermano que había intentado matarla lo preparó todo y con algunos familiares la llevaron a Ávila. Nos dice sor Ana: *Ellos todo el camino iban llorando y casi no me hablaban. Yo iba muy alegre, mas por otro camino tan combatida de tentaciones malas, que parecía que todo el infierno se había juntado para hacerme la guerra. Yo no osaba decir palabra que con razón, si la dijera, dijeran era loca entrar en el monasterio de aquella manera. Y las benditas almas me llevaron el mismo día (2 de noviembre de 1570) por la mañana. Y al entrar por la puerta del monasterio, se desapareció toda aquella tempestad, así como si me quitaran un sombrero de la cabeza y quedé como en un cielo de contento, que parecía que toda mi vida me había criado en aquella vida y entre aquellas santas*<sup>23</sup>.

Entraba al convento como hermana lega o de velo blanco. Era la primera lega que aceptaba santa Teresa de Jesús en San José de Ávila, pues al principio todas hacían las labores de la casa, pero con el tiempo se dio cuenta de que había necesidad de hermanas que atendiesen a las necesidades materiales de la casa, a fin de que las coristas estuvieran más desocupadas para el coro y otros asuntos.

Sobre su prima y compañera, *encubrióle Ana su venida al monasterio por no le dar pena, ya que no había lugar más que para una; y cuando supo su venida, dióle mucha pena, que dicen estuvo muchos días que no hacía sino llorar. Como no había lugar para ella en el monasterio, luego envióla a decir, si quería venir a servir en casa de un capellán nuestro, mientras hubiese lugar de poder entrar en el monasterio. Respondió que siete años serviría de balde para que al cabo de ellos la recibiesen. Allá vino y la vio la santa Madre (Teresa) y se contentó tanto de ella que le dio palabra de recibirla lo más presto que pudiese. Y así lo hizo, que la llevó a Medina del Campo (el año 1576 como hermana lega) donde ahora está. Llámase Francisca de Jesús... Lo que sé es que nuestra santa Madre decía que era una de las almas santas que ella conocía. Siempre he oído decir en la mucha reputación que la tienen en su casa*<sup>24</sup>.

Francisca de Jesús murió en el convento de Medina del Campo con fama de santidad el 19 de febrero de 1626, unos días antes que sor Ana.

---

<sup>23</sup> Autobiografía A, pp. 291-292.

<sup>24</sup> Declaración de sor Jerónima de Jesús; Obras completas, tomo 1, p. 756.

## NOVICIADO Y PROFESIÓN

Ella recuerda: *Nuestro Señor me mortificó muy bien, que en todo el año de noviciado se me escondió y tenía grandes sequedades. Yo me afligía más que de los trabajos pesados. Y díjele un día: “Señor, parece que me habéis engañado en traerme aquí y dejarme sola. Si yo pensara estar sin vuestra vista, no viniera, que por teneros con más libertad he venido”. Y díjelo a mi maestra y rióse mucho de mi simplicidad, consolándome que presto volvería el Señor. Y así fue que, en acabando el año de noviciado, volvió su divina presencia como antes. Este año del noviciado me pusieron en altas actividades y ejercicios, porque la casa estaba pobre y traían obra. Yéndose los oficiales (obreros) a comer, trabajaban todas en lo que podían, mas como yo estaba moza y con fuerzas, me ofrecía y érales de gusto; que me dejaban algunas veces sudar dos o tres horas<sup>25</sup>.*

*En julio de 1571, siendo novicia, llegó al monasterio de San José de Ávila la Madre Teresa de Jesús y el mismo día que entró en casa me abrazó y, en viéndome, dijo: “Aunque sea novicia, llévenla a mi celda, que quiero que sea mi compañera. Mas esto yo lo tomé como de gracia, aunque se hizo como lo decía, que me fui a dormir con ella y tenía cuidado de servirla en lo que había menester. Y cuando profesé estaba en la Encarnación. Desde allá mandó que me diesen la profesión, que mis parientes habían pedido la alargasen hasta el día de San Bartolomé, porque era lejos y no podían venir antes. Y la santa no quiso que los aguardasen y mandó que me la diesen el día de Nuestra Señora de la Asunción y envió desde allá a decir lo que se había de hacer como Madre de aquella casa y envió un padre jesuita que predicase, porque era un gran hombre de oficio y por esto puedo decir que me la dio, que las monjas no lo querían hasta que mis parientes trajesen la limosna que habían mandado. Y la santa dijo: “Dénsela luego, no miren en eso”. Y tenían un canónigo amigo que era de los más nobles del lugar, éste la quería tanto que hizo toda la cosa de la profesión<sup>26</sup>.*

El día de su profesión religiosa escribió sor Ana en el libro de profesiones: *Yo, Ana de San Bartolomé, hija de Hernán García y María Manzanas, vecinos del Almendral, hago profesión y prometo obediencia a Dios todopoderoso y a la Virgen gloriosa, su bendita Madre, so cuya Orden está fundada la bendita Orden de Nuestra Señora del Monte Carmelo y a Vos el muy reverendo señor don Fernando de Brizuela, arcediano de Arévalo, provisor de este obispado de Ávila, y a los obispos que por tiempo fueren, y a Vos Madre María de San Jerónimo, Priora de San José, y a las Prioras que por tiempo fueren del dicho monasterio, de vivir sin propio y en castidad hasta la muerte según la Regla de Nuestra*

---

<sup>25</sup> Autobiografía B, Obras completas, tomo 1, p. 433.

<sup>26</sup> Autobiografía B, pp. 473-474.

*Señora del Monte Carmelo. Hecho a quince de agosto de mil quinientos setenta y dos años, y porque es verdad lo firmé de mi nombre de una cruz. María de San Jerónimo, Antonia del Espíritu Santo y el licenciado Brizuela*<sup>27</sup>.

## **JOVEN PROFESA**

Como hermana lega se dedicó a servir a sus hermanas con todo su corazón como si fueran el mismo Jesucristo. Santa Teresa le encomendó varios oficios, especialmente el de tornera y enfermera. Trabajaba mucho, comía poco y hacía grandes penitencias. Uno de sus principios fundamentales era aprovechar bien el tiempo y nunca estar ociosa. Por eso, dicen en el Proceso de canonización las religiosas que la conocieron que, incluso de mayor, cuando iba al locutorio, hilaba lana o lino o cosía. A veces rezaba el rosario y, en ocasiones, ni seguía la conversación con los seculares y, cuando le preguntaban algo, no sabía responder.

*Refiere: Un día, al cabo del año (de noviciado), entrando en una ermita que hay de un Cristo a la columna, aparecióseme el Señor en la cruz, crucificado, y lo primero que me dijo respondiome a unos deseos que tenía de saber, si la sed que tuvo en la cruz era sed natural, y díjome: “Mi sed no fue sino de almas, ya es menester que mires en esto y vayas por otro camino que hasta aquí”. Como si me dijera: “No me busques más Niño”. Y mostróme todas las virtudes en perfección, hermosísimas, de que yo me espanté, que me vi lejos de su hermosura y perfección. Y con esto desapareció el Señor, dejándome muy herido el corazón de su amor y de verle tan herido en la cruz del amor de las almas*<sup>28</sup>.

Era tanto su amor a Dios que casi no dormía por las noches, haciendo oración. Al saberlo la Madre Teresa le dijo: “Hija, en tañendo a dormir, quite la oración y duerma”. *Yo deseaba obedecer, como me lo mandaban, y decía al Señor cuando me iba a dormir: “Señor, yo no tengo licencia de estar con Vos, habéisme de dejar dormir”. Es cosa maravillosa cómo el Señor quiere que obedezcamos, que me dejaba dormir el tiempo que las más, y en despertándome le hallaba luego en el alma, que parecía me estaba guardando en el sueño. Mi cuerpo andaba tan ligero como si no fuera natural, tanto que temía yo no fuese engaño aquello, que andando como iba, se levantaba como una paja y a doquiera que me sosegaba estaba llena de este amor.*

*Y un día, estando sentada haciendo labor cerca del torno, que por divertirme me traían llena de oficios, empezóse mi alma a inflamar en el amor de*

---

<sup>27</sup> Proceso, p. 643.

<sup>28</sup> Autobiografía A, p. 292.

*este Esposo más de lo ordinario, y estando en este acto llegóse a mí el Señor como cuando estaba en el mundo. Venía tan pasito y como detrás, como pudiera venir otro hombre que estuviera enamorado a hacer una gracia a su esposa. Y llegándose más, echó su mano sobre mi corazón y pareció me lo había arrancado; y quedóme tanto dolor en este momento, que sin sentir me quejé. Era tan hermoso que robaba el corazón, y dejómele de tal manera que parecía se quería ir del cuerpo y un dolor excesivo en el corazón. Estas visitas me traían sin poderme divertir (distráer) <sup>29</sup>.*

## **ENFERMEDAD EXTRAÑA**

La santa Madre Teresa de Jesús terminó su trienio de Priora de la Encarnación de Ávila en 1574. Los Superiores la habían puesto para reformar en alguna medida este monasterio de carmelitas calzadas. Y esas mismas religiosas, que no habían aceptado al principio por temor a que les exigiera demasiado, al final querían que continuara, porque se habían acostumbrado a ella y todo estaba mejor que nunca antes. Incluso dejaba como capellán a san Juan de la Cruz.

Después de dejar la Encarnación, la Madre Teresa fundó el convento de Segovia. Quiso llevar a sor Ana de compañera, pero estaba muy delicada de salud y la santa Madre se fue sin ella a la fundación de Beas y Sevilla.

*Dice sor Ana: Duróme esta enfermedad todo el tiempo que nuestra santa estuvo en Beas y en Sevilla, que fue un año. Y un día dije al Señor que me llevase, si era servido o me diese una salud moderada, que pudiese yo traer ejercicio de padecer y no me estorbase de servir a las hermanas. Empecé un poquito poco a andar, aunque con terribles dolores; mas como me podía mandar por mí misma, no me daba pena sino consuelo.*

*Quedé con grande flaqueza y, aunque me acudían con todo lo que podían, las flaquezas eran tan grandes que me daba vergüenza decirlas todas. Y pedí licencia que pudiese comer un poco de pan algunas veces. Traíalo en la fraltriquera, algunas veces de quince días, duro como una piedra, que se podía moler. Y cuando despertaba de noche con desmayo, roía de aquel pan como un ratón y parecía que era como si comiera una sustancia que me sosegaba <sup>30</sup>.*

*Otra vez me dio un desmayo que me quedé sin hablar y estaban todas en las horas (rezando el Oficio) de la mañana y la portera había quedado conmigo y, como no tenía cosa qué me dar, se puso muy triste. Y llamaron al torno*

---

<sup>29</sup> Autobiografía A, p. 296.

<sup>30</sup> Obras completas, tomo 1, p. 437, Autobiografía B.

*fuertemente y fue a responder y, dejándome así sin hablar, halló en el torno una conserva que no sé lo que era, y metiéndome un poco en la boca, torné.*

*Estaba la casa tan pobre que se pasaban hartos días sin tener que comer, aun pan faltaba muchas veces, que lo que a mí me acudían pienso lo quitaban de su sustento. Yo tenía harta gana de padecer, mas como me veía tan flaca y que no podía nada, dije: “Señor, ¿qué cosa es tener estos deseos de padecer, estando así?”. Tornéle a decir que me diese salud para emplearlos o me llevase. Y díjome: “Ahora no conviene, ahora has de padecer muchos trabajos en compañía de mi amiga Teresa”<sup>31</sup>.*

*En la casa de San José de Ávila había mucha necesidad y Dios socorría a veces de modo extraordinario. Dice sor Ana: Me acuerdo que un día cerramos el torno por la noche sin que nadie se acordase de nosotras, y nuestra Madre Priora (María de San Jerónimo) estaba mala en la cama y dábale harto cuidado ver aquellos ángeles (religiosas) sin tener qué les dar. Y díjoles que fuesen a rezar y diesen gracias a Dios de la merced que les hacía. Y de allí a poco llamaron a la puerta de la calle y, siendo importunos en el llamar, mandó nuestra Madre que respondiésemos y diéronnos dos panes grandes y un pedacillo de queso, que no se debía de hallar con otra cosa a quien Dios movió para hacernos esta caridad. Mandó nuestra Madre llamar a todas y que comiesen de aquel pan y queso; y comieron y quedóles para otro día...*

*Otra vez, estando la prelada muy mala, era tan grande la pobreza que no se podía acudir a su necesidad. Y, estando bien descuidadas, llamaron al torno y les dijeron que abriesen la puerta y tomasen una carga de aves y otras cosas de regalos a propósito para la enfermedad que tenía la enferma. Venían de doce leguas de allí de una persona bien sierva de Dios, a quien habían dado noticia de la necesidad que la enferma tenía<sup>32</sup>.*

---

<sup>31</sup> Ib. p. 438.

<sup>32</sup> Obras completas, tomo 1, p. 91,

## ENFERMERA

La misma noche que llegó la santa de Sevilla le dijo: *“Hija, véngase a mi celda, aunque al presente esté enferma”*. Y al parecer no estaba para servirla. Había al presente en casa cinco enfermas en cama con calenturas y una muy mala y con tanto hastío que no comía cosa alguna, que se llamaba Isabel Bautista. Y díjome la santa a la mañana, otro día en llegando: *“Hija, aunque esté mala, quiero que sea enfermera de estas enfermas, que no hay quien las cure. Yo callé por no ir contra la obediencia, mas en mí pensaba: “¿Cómo lo haré que no puedo alzar los pies del suelo?”*”.

Y, como pude, fui a la cocina a aderezar alguna cosa para la que estaba la más mala. Y antes de ir a la celda había una escalera de catorce gradas. Al pie de la escalera yo paré y dije al Señor: *“Ayúdame, Señor mío, que yo no puedo subir un paso”*. Al postrero de lo alto, aparecióseme el Señor, hermosísimo como las demás veces, como cuando andaba por el mundo, y díjome: *“Sube”*. Y diciendo esto me hallé subida a sus pies sin trabajo, y fuese conmigo a la celda de la enferma. Y entrando arrimóse de cuestras a la cabecera de la cama, como un enfermero que quiere regalar a sus enfermas, y díjome: *“Pon aquí eso que traes, y vete a dar a las otras, que yo daré a ésta”*.

Yo fui como si no hubiera tenido mal ninguno, sana y muy aprisa, con deseos de volver a ver a mi Señor. Y, aunque más prisa me di, cuando volví, no lo hallé. Estaba la hermana tan alegre y díjome: *“Hermana, ¿qué es esto que me ha traído, que en vida no he comido cosa que tan bien sepa?”*. Y no la dije cosa de lo que había visto entonces, aunque nos queríamos bien; mas después le pregunté si había estado alguien con ella, y me dijo que no. Y con esto yo callé. Mas díjome que se había hallado tan contenta y confortada en el alma, que no parecía que tenía mal.

Y luego sanaron todas mis hermanas, y la santa me dijo: *“Sea priora de ellas y no me pida licencia; déles lo que viere que han menester”*... Yo me ejercitaba en la caridad de todo lo que se presentaba, gracias al Señor que me había dado la salud y ocasión para ejercitarla, que yo no lo merecía, mas Su Majestad me lo hacía merecer por su amor. Las hermanas se habían espantado cuando la santa me mandó ser enfermera estando tan mala, mas por que se viese la fuerza que Dios ha dado a sus preladados y la que tenía la santa Madre para saber lo que mandaba, lo permitió que todas quedaron admiradas. Yo más, que no merecía tanto bien.

En este tiempo que era enfermera, un día que tenía una enferma muy mala y dejándola sosegando fuíme un poco a una cava a esconderme para rezar; y estando recogida, dijéronme en una voz amorosa: *“Surge”*. Yo dije: *“Dómine,*

*¿qué mandáis Señor?”, que conocí su dulce voz, y no me respondió. Y salí a ver lo que me querrían. Y andábanme a buscar por toda la casa, que me llamaba la enferma. Cuando fui, la hallé muy acongojada de una flaqueza que la había tornado. Y acudía a todos los trabajos de la casa, como la santa me lo había mandado. Acudía también a la santa Madre, en su amorosa compañía, con harto gusto y ligereza, como se puede creer del Señor que lo hacía <sup>33</sup>.*

*Verdaderamente, era un cielo servirla, que la mayor pena era verla padecer; que serían poco más o menos catorce años, porque desde que entré a tomar el hábito me llevó a su celda, que siempre desde que vivió estuve con ella, si no fue en tanto que fue a Sevilla, que quedé enferma. Y todo este tiempo no me parecía un día, y la santa estaba ya tan acomodada a mi pobre y grosero servicio, que no se hallaba sin mí, tanto que un día me dio una calentura grande, y ella se había de partir al otro día de allí para ir a visitar sus monasterios. Yo no estaba para caminar, al parecer, y ella me dijo: “No le dé pena, mi hija, que yo dejaré mandado que en quitándosele la calentura me la envíen luego”. Y a la medianoche me llamó y dijo que cómo me hallaba, y yo miré y no tenía calentura, y ella se levantó de su cama y me vino a ver y dijo: “Es verdad, hija mía, que no la tiene; bien podemos caminar, que yo lo deseaba y la encomendaba a Dios”. Y así fue, que nos partimos a la mañana <sup>34</sup>.*

*En este oficio de enfermera me dio el Señor tan grande gracia, habilidad y salud, que, viéndome la santa Madre tan a propósito para servirle, porque de ordinario andaba enferma, me escogió por su enfermera y me llevó siempre consigo y en su compañía desde que volvió de Sevilla a Ávila hasta que Nuestro Señor se la llevó al cielo <sup>35</sup>.*

---

<sup>33</sup> Autobiografía A, pp. 297-299.

<sup>34</sup> Autobiografía A, pp. 306-307.

<sup>35</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo tercero, p. 274.

## COMPAÑERA DE VIAJE

Muchos fueron los trabajos que padecieron por los caminos. Ella nos dice: *Espántanbanse muchos los que la acompañaban por los caminos de ver los trabajos e infortunios que se nos ofrecían, que a ellos les hacía desmayar y ver a la santa con tan buen ánimo en todo y alentarlos como si no pasara por ella mal ninguno. Algunos días caminaba, siendo todo el día de agua y nieve, y sin hallar poblado en algunas leguas ni llevar alguna defensa para no se mojar, y llegaba la noche a algunas posadas donde no había lumbre ni con qué la hacer ni qué comer y el abrigo de la cama y aposento donde estaba era verse el cielo. El agua que caía de él entraba en el mismo aposento y acaecíale algunas veces tener los vestidos calados. De esta manera y otras semejantes la vi andar por los caminos y con tanto espíritu y alegría que parecía se iba deleitando en padecer. Nunca reparaba por mal tiempo que hiciese en proseguir sus caminos con todas las enfermedades que tenía. Decía a los que iban con ella en tales tiempos: “Tengan mucho ánimo que estos días son muy ricos para ganar el cielo”. Respondió el que iba con ella, que debía ir bien trabajado (cansado): “También me lo ganara yo desde mi casa”.*

*Aconteció llegar a una posada una noche bien necesitada de abrigo, porque de la mucha humedad de los vestidos le había dado mal de ijada y perlesía (parálisis). Y estando yo con ella y, viéndole con grandes temblores, salí a buscar lumbre para calentarle un paño. Viendo esto una persona de bien que estaba en la posada, empezó a decir muchos baldones sobre la santa Madre y cosas que parecía le movía el demonio, porque de personas semejantes no se podía creer tal, porque era un religioso*<sup>36</sup>.

*En una ocasión, se quebró el coche y, como era de noche, no se echó tanto a ver lo que se había hecho. Y así anduvimos tres leguas hasta llegar al lugar, que cuando amaneció y vimos lo que pasaba, nos espantamos cómo había sido posible poder caminar con él; y así decía quien iba con la santa Madre que parecía milagro*<sup>37</sup>.

*Siempre por los caminos traía agua bendita y su campanilla para tañer a silencio y la tañíamos a su hora. Ya sabían los que iban allí que lo habían de guardar en tañendo. Traía su reloj para tomar las horas de oración y, cuando tañíamos al salir de la oración o silencio, no había más que ver, cuando iban algunos mozos, la fiesta que hacían y la alegría que les daba el poder ya hablar. Y siempre tenía la santa cuidado de que en estos tiempos les diesen algo de comer por lo bien que lo habían hecho callar... No era amiga de gente triste ni*

---

<sup>36</sup> Obras completas, tomo 1, p. 6.

<sup>37</sup> Ib. p. 9.

*lo era ella ni quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: “¡Dios me libre de santos encapotados!”. Sacaba pláticas de Dios por los caminos, de suerte que los que suelen ir jurando y travesando (haciendo travesuras) gustaban más de oírla que de todos los placeres del mundo, que así se lo oí yo decir a ellos. Siempre en los caminos era la primera que despertaba a todos y la postrera que se sosegaba de noche*<sup>38</sup>.

*Yendo a una fundación, había gran necesidad de agua por aquella tierra, y los que iban con la santa Madre pidieronle mucho que suplicase a Nuestro Señor les diese agua. Ella hizo que todas las hermanas que iban allí dijese una letanía y así la dijeron luego todas; y antes que se acabase, comenzó a llover y toda la noche llovió mucho. Luego dijo que cantasen un “Te Deum”, dando gracias a Nuestro Señor por la merced que les había hecho en darles agua. Hízoles tanta devoción esto a los que iban allí, que lloraban de ver que lo que habían pedido a la santa que les alcanzase, en tan poco espacio lo habían visto cumplido*<sup>39</sup>.

*Yendo de camino a la fundación de Burgos, hacía tan mal tiempo, lloviendo sin parar, que el Señor le dijo que fuera sin temor. Yendo caminando por la orilla de un río, eran tan grandes los lodos, que fue necesario apearnos, porque se atollaban los carros. Subiendo ya por una cuesta, habiendo salido de este peligro, vimos a los ojos otro muy mayor y fue que vio la santa Madre el carro donde iban sus monjas trastornarse de manera que iban a caer en el río y la cuesta en que íbamos era tan agria (mala), que mucha gente no fuera parte para librarlas ni detener el carro para no caer. En este punto lo vio un mozo de los que llevábamos y se asió a la rueda y detuvo el carro para que no cayese, que más pareció el ángel de la guarda que hombre, porque no era posible poderle detener él solo si Dios no las quisiese librar*<sup>40</sup>.

Hablando en tercera persona declaró sor Ana en el Proceso de la Madre Teresa: *Como persona que ha andado con ella en sus viajes en vida, y fue muy fatigada de dolor de muelas, llegándole la santa Madre la mano al rostro y bendiciéndola, se le quitaba. También estando esta declarante en su compañía y servicio en Valladolid, una tarde, teniendo ordenada la partida para Salamanca, le dio a esta declarante una gran calentura con muchos vómitos que la obligó a irse a la cama, y lo sintió mucho la santa Madre. Y esta testigo, pareciéndole que le había de faltar a su servicio y compañía en esta jornada, y estando aquella noche en su celda, la santa Madre vino a visitar a esta testigo a la media noche y le dijo: “Hija, ¿dormís?”. Y esta testigo respondió: “Madre, durmiendo estaba”.*

---

<sup>38</sup> Ib. p. 11.

<sup>39</sup> Ib. pp. 11-12.

<sup>40</sup> Ib. p. 16.

*Y replicó la Madre: “Levantaos aún como os sentís”. Y ella lo hizo, y se sintió buena y sin calentura. La Madre se holgó y dijo: “Bendito sea el Señor, que he estádole suplicando os dé salud”, y a la mañana fueron a la jornada y no sintió más enfermedad esta testigo.*

*También se acuerda que estando esta declarante en Burgos, en compañía de la santa Madre en la fundación tan trabajosa y dificultosa que allí tuvieron, posaban en un hospital de la Concepción, en un cuarto alto que caía sobre la enfermería de los enfermos; y entre otros, estaba uno muy llagado, al cual cuando se llegaba a curar, el sumo dolor que recibía de las llagas, le obligaba a dar tan crecidas voces, que ellas lo oían arriba, y, además de recibir penas, les afligía e impedía algunos ratos de la oración. Un día, bajando la Madre a visitar a los enfermos y a ejercitarse en su servicio, como solía cuando podía y tenía salud, llegando a este enfermo llagado que tantas voces daba, le dijo: “Hermano, encomendaos al Señor, y llevad con paciencia vuestro mal y no déis tantas voces”. Él le respondió, que el dolor era excesivo y éste le obligaba a hacer la demostración que hacía.*

*La santa Madre le echó su bendición; y confesaba que no le dolían ni dolieron las llagas como hasta allí, ni jamás después se oyeron voces cuando le curaban y con el tiempo sanó de su enfermedad. También se acuerda esta declarante que, estando un día la Madre en Salamanca, hallándose la santa Madre fatigada por tener muchas cartas a que responder, le dijo a esta declarante: “Si tú supieras escribir, ayudarás me (me ayudarías) a responder a estas cartas”. Y ella le dijo: “Deme Vuestra Reverencia materia por donde aprenda”. Dióle una carta de buena letra de una religiosa descalza, y díjole que de allí aprendiese. Y esta testigo le replicó que le parecía a ella que mejor sacaría de su letra, y que a imitación de ella escribiría. Y la santa Madre luego escribió dos renglones de su mano y dióselos; y a imitación de ellos escribió una carta esta testigo aquella tarde a las hermanas de San José de Ávila. Y desde aquel día las escribió y ayudó a responder las cartas que la Madre recibía, sin haber, como dicho tiene, tenido maestro ni aprendido a escribir de persona alguna, ni haberlo aprendido jamás, y sin saber leer más de un poco de romance, y con dificultad conocía las letras de cartas; por do conoce ser obra de Nuestro Señor para que ayudase a la Madre en los trabajos y cuidados que por su amor pasaba con tanta alegría y regocijo <sup>41</sup>.*

*En Burgos, íbamos a una iglesia a oír los Oficios y, estando el Jueves Santo en ella, queriendo pasar unos hombres por donde la santa Madre estaba, como no se levantó tan presto como ellos quisieran, le dieron de coces por*

---

<sup>41</sup> Procesos de beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1934, tomo 1, pp. 172-174.

*echarla a un cabo para pasar. Cuando yo fui a ayudarla a levantar, halléla con tanta risa y contento por esto que me hizo alabar a Dios*<sup>42</sup>.

Otro día en que la Madre estaba inapetente, dijo que *de unas naranjas dulces comiera, y el mismo día se las envió una señora; y trayéndole unas pocas muy buenas, en viéndolas, echóselas (se las echó) en la manga y dijo que quería bajar a ver a un pobre que se había quejado mucho. Y así fue y las repartió a los pobres, y volviendo, dijímosle que cómo las había dado. Dijo: “Más las quiero yo para ellos que para mí. Vengo muy alegre, que quedan muy consolados”. Y bien se vio en el rostro el contento que traía. Otra vez le trajeron unas limas; y como las vio, dijo: “¡Bendito sea Dios!, que me ha dado que lleve a mis pobrecitos”*<sup>43</sup>.

*El día de la Ascensión creció tanto el río y la mucha agua que llegó a la ciudad, que llegó a términos que los monasterios se despoblaban para no ser anegados. Nosotras también nos vimos en este mismo peligro y, por estarlo, aconsejaban a la Madre saliese de la casa. Ella nunca lo quiso aceptar, sino hizo poner el Santísimo Sacramento en una pieza altar, donde nos hizo a todas recoger y estar diciendo letanías. En fin, el trabajo venía a tanto que los muertos desenterraba (el río del cementerio) y las casas se hundían y la nuestra era la que tenía más peligro por estar en un llano y más cerca del río*<sup>44</sup>.

*Creció tanto el agua, que se entró en la casa, y ella era vieja, y a cada ondeada del río se estaba meneando como que se iba a caer, y el aposento de nuestra santa era tan pobre que se veía la luz del cielo por el techo, y las paredes todas hendidas, y hacía harto frío. Entrósenos el río en la casa hasta los primeros suelos, y como estábamos en este peligro, subimos el Santísimo Sacramento en lo alto de la casa, y a cada hora pensábamos ser anegadas, y estábamos diciendo letanías; y desde las seis de la mañana hasta la media noche (del día 24) estuvimos en este peligro, sin comer ni sosegar, que todo lo que teníamos se había anegado. Nuestra santa estaba la más afligida del mundo, que se acababa de fundar la casa y dejóle el Señor a solas, que no sabía si era bien estuviésemos quedas o si salir, como hacían otras religiosas en este tiempo.*

*Estábamos todas tan turbadas, que no nos acordábamos de dar nada a nuestra santa. Ya muy tarde me dijo: “Hija, mire si no ha quedado un poco de pan, que me siento muy flaca”. Esto me partió el corazón, e hicimos entrar una novicia que era fuerte a sacar un pan debajo del agua, que le daba a la cintura, y de aquello le dimos, que no había otra cosa. Y si no entraran unos nadadores*

---

<sup>42</sup> Obras completas, tomo 1, p. 21

<sup>43</sup> Ib. pp. 19-20.

<sup>44</sup> Ib. p. 22.

*pereciéramos. Más parece que fueron ángeles de Dios, que no sabíamos cómo habían venido; y entraron debajo del agua y quebraron las puertas de la casa y empezó a salir el agua de las piezas. Mas quedaron tan anegadas y llenas de piedras, que se sacó más de ocho carros de lo que el agua había traído, y andaba meneándose la pieza de nuestra santa para caer*<sup>45</sup>.

*En fin, concluyo con decir, que la voz de mucha gente, en especial del señor arzobispo, era decir que por estar allí nuestra santa Madre, había atado las manos a Dios para que no pereciese aquel pueblo*<sup>46</sup>.

## SUFRIMIENTOS DE LA MADRE TERESA

Una de las cosas que más le hicieron sufrir a la Madre Teresa fue la lucha interna entre carmelitas calzados y descalzos que comenzó en 1575. Sor Ana escribe: *Acuérdome de una víspera de Navidad que era en tiempo de sus grandes trabajos y persecuciones y que el Nuncio (Felipe Segá, contrario a los descalzos) había dado una patente para que los mitigados (carmelitas calzados) tomasen a todos los descalzos y los prendiesen. Y esta noche le vino un pliego de cartas en que le decían que todos sus hijos serían deshechos y que el Nuncio quería se deshiciesen todas sus casas. Y antes de ir a Maitines le pedí que se fuese a hacer un bocada de colación. Estando en el refectorio (comedor) muy afligida, llegóse el Señor a ella y partióle el pan y púsola un bocado en la boca y díjole: “Come, hija, que ya veo que pasas mucho. Toma ánimo, que no puede ser menos”. Esta noche, estando en Maitines, sus ojos eran fuentes y las que lo veíamos no era menos, que los trabajos eran bien de sentir y de todos me cabía buena parte, como yo la amaba*<sup>47</sup>.

*En este tiempo nuestra santa Madre se quebró un brazo yendo una noche al coro a Completas (el 24 de diciembre de 1577). Era ya oscuro y había una escalera antes de entrar y el mal espíritu la echó de allí abajo que se quebró el hueso por medio y eran grandes los dolores, de que todas estábamos lastimadas. Yo más, porque la quería mucho y sentía sus trabajos y penas.*

*Y con estos ejercicios que el Señor me daba, tenía otras enfermas y era provisora y compañera de cocina, que era menester hacer las cosas de noche, para acudir a la santa y a las demás de día. Y como ella me veía andar tan cansada, tomó una hermana que parecía muy buena y deseosa de servir a Dios. Esta hermana se descontentó luego de la vida y fingía que estaba contenta y que*

---

<sup>45</sup> Autobiografía A, p. 303.

<sup>46</sup> Obras completas, tomo 1, p. 22.

<sup>47</sup> Obras completas, tomo 1, p.309.

*tenía oración, y no tenía ninguna. A la Priora y al confesor los engañaba, y queríanla mucho. Y dióle tentación con la santa y conmigo, y dijo al confesor que yo me confesaba con la Madre Teresa, que mirase que le engañaba y que yo lo estaba también, que aquello era caso de Inquisición. Yo le dije la verdad, mas no me creyó. Díjele que aquella hermana estaba descontenta, y dijo que no era así, que era muy buena y una santa Catalina de Sena y que yo era la mala y que andaba en pecados. Y esto pasaba unos días sin que la pobrecita se conociese.*

*Nuestra santa, aunque callaba, lo conocía, mas esperaba (que era sobrina de un amigo suyo que se la había traído y deseaba que se enmendase), y ella sentía bien el trabajo que esta hermana me daba, que me mostraba mal de palabras que no eran biensonantes a una religiosa. Y el confesor y la Priora estaban en su opinión. Y a los pocos días fuéle forzoso a la santa salir a las fundaciones, y estaba contenta de sacarme de allí por la pena que me daba aquella hermana. Y como la Priora y el confesor estaban tan confiados de ella, tuvo traza de salir del monasterio y casóse muy miserablemente.*

*Y con estos y otros dichos, los inquisidores venían un día por la santa y hacían las informaciones, y viendo no era verdad, lo dejaron. Y como nuestra santa estaba segura y libre de lo que la acusaban, estaba contenta se le ofreciese aquella afrenta. Por esta ocasión y otras pedí a la Priora me quitase del torno, porque no faltaban quien creía las cosas y se tentaba de que la santa me tenía allá, y aunque lo pedí dos o tres veces no lo quiso. Y un día, estando en la misa, estaba con pena, y de la pena me recogí en oración, y estando así se me apareció el Señor en el paso del Ecce-Homo, como cuando Pilatos le sacó al pueblo coronado de espinas, atadas las manos y una soga a la garganta y todo lligado, y toda aquella gritería de los judíos me entraba en la cabeza diciendo: “Crucifícate”. Y llegóse a mí el Señor y con habla amorosa me dijo: “Hija, mírame cual estoy, ¿parécete que son tus trabajos como los míos?”.*

*Estas palabras entraron en mi corazón como saetas y me dejaron tan inflamada, que quedé muy alentada a padecer mucho más que se me ofreciese...*

*Volviendo a los otros trabajos de los caminos, un día, estando en la fundación de Villanueva de la Jara, no había agua sino un pozo muy hondo, y la santa hacía poner un torno para que se pudiese sacar el agua con más facilidad y fue a ver cómo se hacía; y mirándolo, el oficial se descuidó y antes de atar el torno se soltó. Y como Dios la amaba, la quiso dar en qué merecer, y saltando el torno sobre el brazo malo la lastimó de nuevo, y a pocos días se le hizo una postema en aquel lado que estuvo de muerte, si Dios no nos hiciera merced de*

*dejárnosla otro poco. Y estando ya esperando la muerte, se reventó la postema. Y esta pena de la santa nos era a sus hijas la muerte, y a mí en particular*<sup>48</sup>.

Sor Ana, hablando en tercera persona, dice: *Esta pobre hermana en los caminos gozó bien de lo que el Señor le había dicho: que en compañía de la santa pasaría penas y trabajos. Y así fue que, como la santa en los cinco y seis años postreros de su vida anduviese ya tan falta de salud y con un brazo roto, que ni se podía vestir ni tocar, mas podía con el otro escribir algunas cartas porque tenía sano el derecho; así que traía esta hermana el peso de los trabajos de la santa en los caminos y fundaciones, que en este tiempo se hicieron cuatro de nuevo, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, y todos los (conventos) hechos visitaba la santa en compañía de esta hermana, que eran distantes unos de otros, que había hartas leguas y tierras que andar y se pasaban los meses enteros*<sup>49</sup>.

*Esta hermana no descansaba en cama sino se arrimaba un poco junto a la cama de la santa y de día y noche era un continuo cuidado del servicio de su Madre, así de ayudarla y alentarla en sus enfermedades como de despacharle cartas en los negocios que se le ofrecían... Y no hacía mucho, porque muy de ordinario había en la santa una presencia de Cristo que le hacía grande respeto y levantaba su espíritu como si volara en todo lo que ella había menester. Y, cuando murió la santa, esto sintió como si le cortara la vida por el desamparo que le quedaba sin aquella compañía y parecíame que más sentía yo su muerte que si yo muriera*<sup>50</sup>.

## MUERTE DE SANTA TERESA

Después de la fundación de Burgos, deseaba la Madre Teresa llegar a descansar a su monasterio de San José de Ávila. De Burgos fue a Palencia y el 25 de agosto de 1582 salía de Palencia camino de Valladolid. Tuvo que detenerse aquí porque la suegra de su sobrina Beatriz de Castilla y Mendoza quería hacerle pleito a la Madre para que no tuviera valor el testamento hecho a favor del convento de San José por su sobrino Francisco de Cepeda. Lo que más le hizo sufrir a la Madre Teresa fue que sus dos sobrinas, sor Teresita y sor María Bautista, se indispusieron con ella por este motivo. Sor María Bautista era la Priora del convento de Valladolid y dice sor Ana: *Con ser una que la santa quería mucho, en esta ocasión no le tuvo ella respeto, y nos dijo que nos*

---

<sup>48</sup> Autobiografía A, pp. 300-302.

<sup>49</sup> Autobiografía B, Obras completas, tomo 1, p. 447.

<sup>50</sup> Ib. pp. 447-448.

*fuésemos con Dios de su casa; y, al salir de ella, me arrempujó a la puerta y me dijo: “Váyanse ya, y no vuelvan por acá”*<sup>51</sup>.

*De ahí iba a Medina del Campo, que era camino para ir a su monasterio de Ávila, de donde era Priora. Y la noche que llegamos a Medina, tuvo alguna cosa que advertir a la Priora que no iba bien; y lo tomó la Priora con disgusto. Y la santa, de ver que le descomponía así sus hijas el demonio, habiéndole sido tan obedientes, le dio muy gran pena, y se retiró a un aposento y la Priora a otro. Y la santa estaba de esta novedad tan afligida, que no comió ni durmió en toda la noche*<sup>52</sup>.

*Halló allí (en Medina) al padre vicario provincial, fray Antonio de Jesús, que la estaba esperando para mandarla que fuese a Alba; y con haberla Dios hecho tanta merced en esta virtud de la obediencia, fue tanto lo que lo sintió por parecerle que a petición de la duquesa la hacían ir allá, que nunca la vi sentir tanto cosa que los prelados le mandasen como ésta.*

*Fuimos de aquí en una carroza que llevó el camino con tan gran trabajo, que cuando llegamos a un lugarcito cerca de Peñaranda, iba la santa Madre con tantos dolores y flaqueza que le dio un desmayo que a todos nos hizo harta lástima verla. Y para esto no llevábamos cosa que la poder dar si no eran unos higos, y con eso se quedó aquella noche, porque ni aun un huevo se pudo hallar en todo el lugar. Y, acongojándome yo de verla con tanta necesidad y no tener con qué la socorrer, consolábame ella diciendo que muchos pobres no tendrían tanto regalo. Esto decía por consolarme; mas como yo ya conocía la gran paciencia y sufrimiento que tenía y el gozo que le era padecer, creía ser más su trabajo del que significaba (del que manifestaba). Y para remediarse esta necesidad fuimos otro día a otro lugar; y lo que hallamos para comer fue unas berzas cocidas con harta cebolla, de las cuales comió, aunque era muy contrario para su mal. Este día llegamos a Alba y tan mala nuestra Madre que no estuvo para entretenerse con sus monjas. Dijo que se sentía muy quebrantada, que a su parecer no tenía hueso sano. Desde este día, que era víspera de San Mateo, anduvo en pie con todo su trabajo hasta el día de San Miguel, que fue para comulgar*<sup>53</sup>.

*A las cinco de la tarde, víspera de San Francisco, pidió el Santísimo Sacramento... y con estar tan rendida, se levantó encima de la cama, de rodillas, sin ayuda de nadie, y se iba a echar de ella, si no la detuvieran; y poniéndosele el rostro con grande hermosura y resplandor, e inflamada en el divino amor, con*

---

<sup>51</sup> Autobiografía A, p. 305.

<sup>52</sup> *Ibidem*.

<sup>53</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 23-24.

*gran demostración de espíritu y alegría, dijo al Señor cosas tan altas y divinas, que a todos ponía gran devoción. Entre otras, le oí decir: “Señor mío y Esposo mío: ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya que nos veamos; Amado mío y Señor mío: ya es tiempo de caminar. Vamos muy en hora buena; cúmplase vuestra voluntad; ya es llegada la hora en que yo salga de este destierro, y mi alma goce en uno de Vos, que tanto he deseado...*

*Después de haber recibido a Nuestro Señor, le daba muchas gracias, porque la había hecho hija de la Iglesia y porque moría en ella. Muchas veces repetía: “En fin, Señor, soy hija de la Iglesia”. Pidióle perdón con mucha devoción de sus pecados, y decía que por la sangre de Jesucristo había de ser salva. Y a las religiosas pedía le ayudasen mucho a salir del purgatorio...*

*Antes que muriera, llegó a la santa sor Isabel de la Cruz, que padecía gran dolor de cabeza y mal de ojos, cogiéndole las manos a la santa, ella misma se las puso sobre la cabeza, y al punto quedó libre de todo su mal <sup>54</sup>.*

*Antes que muriese, me dijo estando a solas: “Hija, ya es llegada la hora de mi muerte”. Eso me atravesó más y más el corazón. No me apartaba un momento de ella; pedía a las monjas me trajesen lo que había menester; yo se lo daba, porque en estar allí le daba consuelo. Y el día que murió estuvo desde la mañana sin poder hablar; y a la tarde me dijo el padre que estaba con ella (fray Antonio de Jesús) que me fuese a comer algo. Y en yéndome, no sosegaba la santa, sino mirando a un cabo y a otro. Y dijóle el padre si me quería, y por señas dijo que sí, y llamáronme. Y viniendo, que me vio, se rió; y me mostró tanta gracia y amor, que me tomó con sus manos y puso en mis brazos su cabeza; y allí la tuve abrazada hasta que expiró, estando yo más muerta que la misma santa, que ella estaba tan encendida en el amor de su esposo, que parecía no veía la hora de salir del cuerpo para gozarle <sup>55</sup>.*

*Murió teniéndola en sus brazos esta declarante. Y vio esta testigo que antes que acabase de expirar estaba a los pies de la cama Dios Nuestro Señor, de cuya persona salía resplandor grandísimo con mucho acompañamiento de santos y ángeles de la Corte celestial, que aguardaban el alma de la santa Madre para llevarla a su gloria y darle el premio de sus trabajos, y ésta fue visión con los ojos del alma y sentimientos interiores... El resplandor de gloria que salía de la persona de Nuestro Señor hacía una forma de cielo, y esta declarante volvió en sí con un consuelo tan grande y fuerzas muy notables de que estaba privada, que nunca más sintió pena ni nunca hasta hoy la ha sentido*

---

<sup>54</sup> Proceso de beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús, o.c., tomo 3, pp. 361-363.

<sup>55</sup> Fuentes históricas sobre la muerte y el cuerpo de Santa Teresa de Jesús, Teresianum, Roma, 1982, p. 589.

*de la muerte de la santa Madre, la cual luego expiró, dejando grande olor y bueno en toda la pieza...*

*Y su cuerpo quedó tan transparente y lúcido, que las manos parecía se podía mirar en ellas, y que desde el coro alto, estando el cuerpo en la iglesia, relucían las manos con suma admiración, así de las monjas, sus hermanas, como de otras monjas de dentro de Alba que fueron a su entierro... Y de la incorrupción de su cuerpo sabe y ha visto que, cuando la enterraron, porque no pudiesen sacar el cuerpo de allí, hicieron echar mucha cal para que comiera la carne y mucha piedra, que después oyó decir a los que la desenterraron que serían como dos carretadas*<sup>56</sup>.

La Madre Teresa de Jesús murió el 4 de octubre de 1582. Al día siguiente, en vez de 5 de octubre, de acuerdo a la reforma del calendario ordenado por el Papa Gregorio XIII, sería el 15 de octubre.

## **REGRESO A ÁVILA**

*Después de la muerte de la Madre, yo deseaba quedarme en aquel convento (de Alba), mas el prelado ni las monjas de Ávila que era mi convento, no lo quisieron. Enviaron luego por mí. Yo estaba un poco perpleja y la santa se me apareció y me dijo: “Obedece, hija, a lo que te mandan y vete”.*

*Y después que yo estaba en el convento de Ávila, yo rezaba a la santa y me encomendaba a ella, y dájelo al confesor. Y él me dijo que era mal hecho encomendarme a la santa, que no era canonizada, y mandóme que no lo hiciese. Esta noche, durmiendo, se me apareció la santa muy gloriosa y resplandeciente y con grande gloria, y dájome: “Hija, pídemme todo lo que quisieres, que todo te lo alcanzaré”. Yo desperté diciendo: “Yo os pido el espíritu de Dios, que sea siempre en mi alma”, y desapareció, dejándome asegurada de la opinión que tenía de su santidad, y estaba con pena de lo que el confesor me había mandado. Y con esta visión se me quitó todo, que aunque yo no dudaba de su santidad, mas como el confesor me lo mandaba, era pena, porque me dijo no la rezase como a santa...*

*Yo deseaba que su santo cuerpo volviese a Ávila, y un día, estando pensando si sacarían su santo cuerpo, estando yo con deseo de saberlo, lo encomendaba a Dios y quedéme dormida. Y lleváronme los ángeles al sepulcro y mostráronme el cuerpo como estaba entero y el olor y fragancia y el color, de la manera que después le sacaron, y estos ángeles me mostraron dos manguillas*

---

<sup>56</sup> Proceso de beatificación y canonización de Santa Teresa de Jesús, o.c., tomo 3, p. 170.

*que estaban en sus brazos, enteras como se las había puesto. Y dijéronme estos ángeles: “¿Estás contenta? ¿Quieres otra cosa?”. Yo dije que sí, que más lo tuviera si la viera en su convento de Ávila, mas que el duque no lo consentiría. Dijéronme: “De los duques no hagas caso, como el Rey lo quiera, que es el que hace y deshace”...*

*Antes de que esto sucediese, la Orden deseaba traer a Ávila el santo cuerpo <sup>57</sup>. Yo con la aflicción que tenía lo encomendada a Dios y díjome el Señor: “No estés en pena, que él vendrá a esta casa”. Yo estaba importuna a Dios. Deseaba saber cuándo sería y respondiéronme que por la Presentación de la Virgen, mas faltaba casi un año. Y fue así, que este día la sacaron de la casa de Alba y la trajeron a la de Ávila, adonde fue recibida con grandes alegrías y luminarias. Parecía toda la casa un cielo de las luminarias que había, y la santa hacía muchos regalos a sus hijas, que no iban a parte del convento que no se les aparecía y consolaba <sup>58</sup>.*

## **TRASLADO DE SU CUERPO A ÁVILA**

El cuerpo de la Madre Teresa de Jesús fue exhumado el cuatro de julio de 1531 después de nueve meses de enterrado. Se halló que estaba incorrupto con muy buen olor y aparecía sangre fresca. El año 1585 tuvo lugar la segunda exhumación por determinación del Capítulo de los padres descalzos realizado en Pastrana en octubre de ese año, que mandó que se llevara el cuerpo al monasterio de San José de Ávila.

*Cuando el santo cuerpo de la Madre Teresa de Jesús llegó a Ávila no se podrá decir las lágrimas y devoción con que desenvolvieron aquel santo cuerpo, echadas todas a sus pies, besándoselos que como testigo de vista lo puedo esto decir bien. No hubo apartarlas de allí en toda la noche, cantando himnos y salmos y otros ratos regando aquellos santos pies con lágrimas. En fin, pasaron aquella noche en alabanzas a Dios de la merced que les había hecho. Si se mirara entonces con advertencia de pensar que se había de escribir esto, se pudieran decir muchas cosas que resultaron en alabar mucho a Dios...*

*Nuestra Madre María de San Jerónimo, pidió al prelado licencia para poder andar con el santo cuerpo y ella y otras dos hermanas le quitaron toda la*

---

<sup>57</sup> La Orden había concertado con don Álvaro de Mendoza, obispo de Ávila, al fundar la santa el primer monasterio, el colocar el cuerpo de la santa en el monasterio de San José de Ávila, muriese donde muriese. El Capítulo de Pastrana de octubre de 1585 ordenó el traslado del cuerpo a Ávila. El cuerpo de la santa llegó a Ávila el 21 de noviembre de 1585, según la beata. En realidad fue algún día más tarde. La exhumación tuvo lugar el 24 de noviembre.

<sup>58</sup> Autobiografía A, pp. 308-310.

tierra. Y, andando haciendo esto, toparon con un paño que le habíamos puesto cuando murió, por la mucha sangre que se le iba. Éste estaba podrido todo, salvo un pedazo en que había caído sangre. Éste corté yo y le di a nuestra Madre y guardóle envuelto en un papel. Éste pidió el prelado después y, cuando se le fue a dar, estaba el papel todo ensangrentado; y tanto estaba calado que no causó poca admiración a los que lo vieron, que decían que lo tenían por más milagro que estar el santo cuerpo entero como estaba.

*El tiempo que estuvo el paño en el papel para pararse así no fueron cuatro horas. Hicieron que se mudase en otro papel y en otros; y en todos se teñía como el primero y lo mismo hacía en todos los paños que se envolvía, y de esta manera se tiñeron muchos que se dieron a personas que los pedían con devoción... La tierra que se quitó del santo cuerpo se repartió por nuestros conventos y en los papeles que se envolvía escribían de las casas que iban calados como de aceite. De este aceite los paños que se le ponen hoy día sobre el cuerpo salen manchados de él; y no sólo ha sido del aceite sino algunas veces ha acaecido salir manchas de sangre, particularmente en uno que se envió al obispo don Álvaro de Mendoza <sup>59</sup>.*

Pero el duque de Alba, al darse cuenta de que se habían llevado el cuerpo de la santa, presentó un pleito y consiguió que el Papa Sixto V mandara a los padres descalzos que devolvieran el santo cuerpo a Alba, lo que se hizo el 23 de agosto de 1588, en que llegó a esa ciudad y donde se encuentra desde entonces hasta la actualidad.

## APARICIONES

Después de muerta la Madre Teresa se apareció muchas veces a sus hijas. Nos dice sor Ana: *En este tiempo en que estuvo (su cuerpo) en aquel convento (de Ávila) regaló mucho a sus hijas, mostrándoseles muchas veces y consolándolas en sus aflicciones de espíritu. En el coro la veían muchas veces en la silla prioral. Una noche la vio una hermana estar echando la bendición a la prelada, que era nuestra Madre María de San Jerónimo. Y no sólo verla en el coro sino en el refectorio, que estando en él un día, comiendo, yendo a tomar la jarra para beber, vio la misma Madre que la santa le echaba la bendición en el agua <sup>60</sup>.*

---

<sup>59</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 70-71.

<sup>60</sup> Ib. p. 72.

El padre Hilario de San Agustín certifica que *sor Ana le contó que santa Teresa se le apareció muchas veces en el convento de Ávila, a quien veía en el lugar de la Priora mientras recitaban la liturgia de Maitines* <sup>61</sup>.

Otra vez, *sucedió que enloqueció una religiosa improvisadamente y se pasaba con ella harto. Y teníamosla semanas para repartir el trabajo. Nos lo ordenaba así la prelada. Y en la semana que yo la tenía, que había durado siete meses que andábamos con ella, estándome un día vistiendo para ir a despertar a las hermanas, se me apareció la santa Madre y con la mano me hacía señas que me fuese en pos de ella, y, siguiéndola, se fue a la celda de la loca y llegó a la puerta y desapareció. Y la hermana sintióme; yo no osaba entrar sola y díjome: “No tengas miedo, entre que yo estoy buena”. Y abrí la puerta que estaba con llave y vi que era verdad, que estaba buena y rezando de rodillas, y díjome: “Aquí ha estado la Madre de Dios y nuestra santa, y me han sanado”. Nunca más le tornó aquella locura. Era víspera de la Visitación de la Virgen y aquel día confesó y comulgó como todas* <sup>62</sup>.

A veces *nuestra santa Madre me consolaba con sus olores suaves como si tuviera a mi lado su santo cuerpo y, aunque no lo veía, sentía siempre que me confortaba. Particularmente una vez que, estando un día tan cansada que parecía que tenía todo el cuerpo rompido (sic), porque todas las demás religiosas estaban malas; que no había casi sino yo que anduviese levantada para servir las a todas. Y viéndome así, fui una mañana al sepulcro de nuestra santa y díjele: “Madre, ayúdeme porque mi cuerpo no puede más de cansancio, dadme fuerzas que no deseo sino servir a todas”. Y sentí en el espíritu que la santa me decía: “Andad, que yo lo haré”. Y con esto me fui a la cocina y descubrí las cenizas las cuales dieron tal olor como si la santa estuviera allí, de lo que quedé de tal manera confortada que me parecía que jamás había estado cansada, haciéndolo todo con tanta facilidad como si mi cuerpo no fuera nada. Y este espíritu me duró el tiempo que todas las enfermas convalecieron* <sup>63</sup>.

*Muchas veces olían las sartenes y todo cuanto yo tocaba en la cocina a las reliquias de su santo cuerpo, que era cosa maravillosa, como si ella las hiciera con sus manos* <sup>64</sup>.

---

<sup>61</sup> Proceso, p. 239.

<sup>62</sup> Obras completas, tomo 1, p. 450.

<sup>63</sup> Era en San José de Ávila a fines de noviembre de 1585; Obras completas, tomo 1, p. 516.

<sup>64</sup> Autobiografía A, p. 312.

## TRASLADO DE SOR ANA A MADRID

La Madre María de San Jerónimo, prima de santa Teresa, fue nombrada Priora del convento de Madrid en 1591, y quiso llevarse de Ávila a sor Ana. Los Superiores aceptaron. En el convento de Madrid habían surgido diferentes problemas y pensaron que la Madre María de San Jerónimo podría solucionarlos, pues algunas religiosas de Madrid habían conseguido un Breve de Roma. Esto era, en alguna medida, como querer salir de la obediencia de la Orden.

Por eso, la santa se le apareció un día llorando. Sor Ana le preguntó: *“¿Por qué llora, pues está (en el cielo) donde no puede tener pena?”*. Y díjome: *“Mira, hija, las monjas que se me van de la Orden... Los tres primeros meses hizo el Señor a la Priora tanta gracia que la santa se puso en su lugar y gobernaba ella, que yo la veía tan claramente como cuando estaba viva, y me hacía harto respeto que no le podía mirar, que siempre que iba con recados a la Priora, no la veía sino a la santa. Y decían: “¿Qué Priora es está que nos imaginábamos que era recia y parece más ángel que criatura? ¿Cómo hemos tenido tanta contradicción en traerla?”. Estaban todas admiradas que no sabían qué decir, que estaba la casa y ellas como en un cielo... Después de estos tres meses, la santa no se veía más, sino la Priora que, como buena discípula gobernaba sus tres años con mucha prudencia y discreción. Mas con todo no era la paz como antes, porque las cosas pasadas se renovaban algunas veces...”*

*Yo andaba con mucho deseo de paz y servía y acudía a las monjas con mucho amor y alegría, de manera que se fiaban de mí sin que yo perdiese la ley que debía a mi prelada. Cuando iban a mí tentadas con ella, yo las decía: “Nuestra Madre os quiere mucho; no penséis otra cosa de ella, y si no probadlo, id a ella con llaneza, que yo sé que os desea servir en todo lo que pudiere”. Y a la Priora le decía, sin dar queja de las monjas, sino mirando a Dios y a la caridad: “Madre mía, las monjas os quieren bien; consuélelas cuando vengan a Vuestra Reverencia, que en verdad son buenas, mas están encogidas; muéstreles buena gracia”.*

*Todos estos tres años traje este ejercicio, tomando lo que se ofrecía de pena, que como era por el buen Jesús no me parecían penas, sino una suave música. Algunas veces sentía mi alma en estas ocasiones que era la oración tan íntima, que era como cuando un hombre se duerme en una fortaleza y andan muchos vientos, y el que está en lo bajo seguro hácele aquel sonido dormir un sueño en grande dulzura. Otras veces me parecía que el Señor me traía como el palo de la corcha sobre el agua, que no se aniega por borrascas que vengan.*

*De esta manera me traía el Señor con tanta familiaridad en mi alma que parecía no se apartaba de mi lado, y con verdad no sabría decir los regalos y*

*favores que el Señor me hacía y lo que pasaba a esta pecadora con aquel pequeño trabajo que pasaba. Diré algunas cosas que se me acuerdan en particular.*

*Una fue que estaba dando de comer a una enferma después del refectorio y la enferma era una de las que estaban oprimidas y, a su pesar, había venido la Priora; y con esto y con la pena que tenía díjome algunas palabras pesadas. Yo no la respondí palabra, ni hice semblante de nada de darme pena, que tenía a Dios en mi corazón, antes me compadecí de ella en mi alma y no me parecía me agraviaba a mí sino al Señor. Y acabándola de servir, la enferma se fue al jardín. Yo me fui a mi celda y sentíame tan llena de Dios que en poniéndome de rodillas me vino un gran recogimiento; y estando en él, sentí que Cristo Jesús se puso a par de mí, como jardinero, y puso su brazo debajo de mi cabeza y reclinóme sobre su sacratísimo brazo y díjome el Señor: “Aquí verás qué cosa es vivir sin queja y lo que es caridad”. Yo entendí como si me lo dijeran: el que está en caridad está en Dios y Dios en él. Mostróme haberle agradado mucho lo que había hecho en aquella ocasión <sup>65</sup>.*

*Otra vez, en este mismo tiempo, había gran falta de agua que se perdían los panes en esta tierra y hacíanse hartas procesiones y el cielo estaba como de bronce y no se veía en él señal de agua, y llegó al torno mi padre confesor y díjome (era yo tornera): “¿No pides a Dios que llueva?”. Yo le dije: “No, padre, que hartos buenos hay que lo pidan”. Y mandóme en obediencia que me fuese a la oración y que en ella lo pidiese al Señor. En esta hora vinieron unas personas principales a hablar con una hermana suya, y la Priora me mandó ir por tercera, y no le dije lo que el confesor me había mandado, con intento de estar allí rezando, y así lo hice. Y estando en el confesonario, que estaríamos como media hora, salimos y era tanta el agua que parecía se abría el cielo. Yo me había recogido con intento que se haría la obediencia del confesor; y así fue, que no había señal alguna de agua, mas Dios, por su misericordia, nos enseña la fuerza que tiene mi alma con la simplicidad de la obediencia.*

*En otro día, víspera de San José, yo era de cocina y tenía licencia de levantarme en despertando; y estando en este día con deseo de oír el sermón y la misa con sosiego, fuíme a la cocina bien de madrugada y guisé toda la comida con tanta oración y presencia de Dios que me parecía no tenía cuerpo, sino que el espíritu mandaba. Todo se me hacía como lo pensaba y deseaba, sin sentir casi trabajo, y con esto sentía alegría y dulzura con todas las que me habían menester. Vino la hora de la misa y estaba ya toda desembarazada y yendo a oírla y empezando la misa creció en mí el espíritu y más recogimiento. Llegando la hora de comulgar, era tanta la reverencia que estaba en mi alma con el*

---

<sup>65</sup> Autobiografía A, pp. 312-316.

*Santísimo Sacramento, que hallándome sin ser yo nada delante de Dios, me parecía que todo lo que tenía en mí era como si fuera lenguas de reverencia. Y acabando de comulgar sosegóse este ímpetu y quedóme una paz y recogimiento. Y en este recogimiento vi a mis dos lados cuatro animales blancos como corderos, postradas las bocas en la tierra, que adoraban a Dios que yo había recibido. Y oí una voz que me decía: “Semejante a éstos es tu reverencia”. Y entendía en esto que decían: “Estos son los cuatro animales del profeta Ezequiel, del Apocalipsis”<sup>66</sup>.*

*Después de esto, estando en una fundación y enferma, que estaba casi tres días casi sin comer bocado, era desde el Jueves Santo hasta el sábado después de los Oficios, que me comenzó esta indisposición de un sentimiento que tuve de la Pasión el Jueves Santo, cuando encerraron el Santísimo Sacramento y quedé con desmayo. Al cabo de estos tres días no se me antojaba sino unas naranjas dulces y en aquella tierra no se crían, sino que vienen de lejos. Yo no dije que las deseaba por no ponerlas en cuidado. Y estando comiendo vino un pobre al torno y llamó y pidió limosna y dijo a la portera: “Tome estas tres naranjas y llévelas a una enferma que tienen”. Cuando yo las vi, alabé al Señor, no tanto por comerlas, aunque no las he visto jamás tan lindas, como de ver la bondad del Señor, que así cuida de las que en él esperan. Gran cosa es dejar algo por su amor, que sabe bien pagar<sup>67</sup>.*

## EN OCAÑA

*El 22 de noviembre de 1595 acompañó a la Madre María de San Jerónimo a la fundación de Ocaña. Estando en esta fundación de Ocaña, la noche de Navidad, después de los Maitines, me quedé recogida y en sueños me mostraron la venida que había de hacer a la Francia. Entráronme en un mar muy oscuro que me daba temor y me enviaron con unas compañeras que no eran mis conocidas, sino una conocí después en este recogimiento. Me hallé forzada mi espíritu antes de esta vista en un vivo deseo de ser mártir, y aunque algunas veces se me han apretado estos deseos, no tan perfectos como esta vez, que me hallaba con una conformidad y gozo, tomándolo por Dios con el más encendido amor que en esta parte he tenido<sup>68</sup>.*

En Ocaña permaneció de 1595 a 1598.

---

<sup>66</sup> Ib. pp. 316-317.

<sup>67</sup> Ib. pp. 318-319.

<sup>68</sup> Ib. p. 319.

## EL SEÑOR LE HABLA DE FRANCIA

Estando en el convento de Ávila tuvo la siguiente revelación: *Se me mostró Nuestro Señor como cuando andaba por el mundo, mas con grandísima hermosura y Majestad, pero por otra parte afligido, dándome a entender la mucha pena que tenía y tocándome en el hombro, me dijo: “Hija, ayúdame. Mira las almas que se me pierden en Francia”. Y fuéme mostrando todo el reino y estas tierras de por acá cómo se están abrasando en herejías y grandes pecados. Y de aquel tocarme en el hombro me parece descargó su pena y me la dio a mí tan grande y sentí tan gran dolor que me parece me moría. Los efectos con que quedé de este arrobamiento y visión fue un amor tan abrasado con aquellas almas y las de todos mis prójimos que me parece me iba secando... Y de noche no me dejaba dormir el Señor con su continua presencia, la cual acrecentaba en mí siempre esta sed de almas; tanto que mis preladas me mandaban que no tuviese oración en la cama sino que durmiese. Y así le decía al Señor que me dejase dormir, que me lo habían mandado, que en tañendo por la mañana a despertar se sirviese en volver. Y así, en despertando, lo sentía yo muy puntualmente a mi lado por tornar a hablarme de las almas y mostrarme el deseo que Su Majestad tenía de que no se perdiesen*<sup>69</sup>.

*Se ha de advertir que hará tres años que, no habiendo memoria de tratarse esto de Francia, ni habiendo oído palabra de que había de ser, lo veía muchas veces claro en la oración por una manera que no sé decirlo; ni entonces hasta ahora lo comuniqué con criatura alguna y ahora lo hablo por habérmelo mandado... En espíritu veía esta ida de nosotras a Francia sin saber cosa exteriormente. Era... como quien entra en un aposento de un rey lleno de luz y ésta era mi alma, donde Dios me mostraba y muestra con gran claridad, sin ruido de palabras, cosas de su voluntad. Y entre éstas veía que lo era esto de Francia y que a mí era a quien más pertenecía el deber de aceptarlo y efectuarlo. Y mostrábaseme esto tan claro, sin decírmelo, como si me pusieran delante un libro para que lo leyera. Y con tener esta claridad pasé por ello en silencio y quietud tanto tiempo, pareciéndome que si era de Dios, Su Majestad lo sacaría a luz...*

*Un día, pensando si esto sería voluntad de Dios y estando en oración y mi espíritu con gran serenidad, vi en él una visión sin conocer entonces quién era. Mostróseme un personaje hermosísimo y de poca edad, aunque con el aspecto grave. En viéndole advertí si era san Dionisio Areopagita<sup>70</sup> al cual he tomado por abogado en estos negocios como tan tocantes a él. Era su habla y traje como*

---

<sup>69</sup> Obras completas, tomo 1, p. 204.

<sup>70</sup> Primer obispo de París hacia el año 270, según una leyenda tardía, ya que otros dicen que murió de obispo de Atenas.

*el de allá y pasando por delante de mí, que con esta brevedad fue el verle, volviéndose a mí me dijo: “Aparéjate (preparate) que sin duda has de ir y no digas ahora nada”*<sup>71</sup>.

*Un día, cuando me persuadían que no viniese a Francia, decíanme que a qué había de venir una mujer que no sabía como los hombres predicar y enseñar, que para rezar sólo, desde allá lo podía hacer. Y veía que tenían razón, mas como habían pasado otras cosas en mi alma, no sabía cuál me creer. Y un día, acabando de comulgar, estaba en esta confusión y oí que me decían: “Ve, que así como a la liga se pegan lo pájaros, se pegarán las almas y quedarán para Dios presas”*<sup>72</sup>.

*Una vez le prometí (a Dios) de no excusarme de esta ida tan dificultosa y llena de trabajos como Su Majestad me ha mostrado, por más contradicciones que se me ofreciesen*<sup>73</sup>.

## **CAMINO A FRANCIA**

El proyecto de fundar Carmelos en Francia se debió a un francés de origen español, Juan de Quintadueñas y Brétigny, que había conocido a las carmelitas en Sevilla en 1583. Juan de Quintadueñas era un hombre muy espiritual, que años más tarde abrazaría el sacerdocio. Pero, para comenzar, tradujo las obras de Santa Teresa de Jesús al francés para que fuera conocida en Francia. Las tradujo y publicó en francés en 1601 y 1602, ayudado por un monje cisterciense.

Pronto la lectura de sus obras dio el apetecido fruto. Madame Acarie era una mujer de la alta sociedad de París y obtuvo del rey francés, Enrique IV, la autorización para fundar el primer Carmelo en Francia. Ella involucró a su primo, el futuro cardenal, Pierre Bérulle, que tramitaría todos los permisos necesarios para la fundación.

En febrero de 1604 Pierre Bérulle viajó a España para concretar las candidatas que comenzarían la andadura en Francia y se llevó la sorpresa de que el alma de este proyecto, la Madre María de San José, acababa de morir. Entonces Bérulle apostó por Ana de San Bartolomé por ser él uno de los tres Superiores que por nombramiento papal estarían a cargo de las carmelitas hasta que llegaran a Francia los padres carmelitas descalzos. Esta decisión no gustó al Nuncio ni a otros, por ser sor Ana de velo blanco, una simple lega, por lo que no

---

<sup>71</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 116-118.

<sup>72</sup> Ib. p. 127.

<sup>73</sup> Ib. p. 115.

podía ser Superiora ni tomar el mando de la expedición. Sus propias compañeras escogidas, de velo negro, no la veían con buenos ojos. Fue elegida capitana del equipo sor Ana de Jesús Lobera y con ella iban también sor Leonor de San Bernardo, sor Isabel de los Ángeles, sor Isabel de San Pablo y sor Beatriz de la Concepción. Se reunieron los seis en el convento de San José de Ávila alrededor del 20 de agosto de 1604.

El 29 de agosto emprendieron su viaje a París. En total iban, entre seglares y monjas, franceses y españoles, una expedición de veintidós personas, entre las que iba también un sobrino de sor Ana de San Bartolomé, Toribio Manzanas, que iba a estudiar teología a París.

Con ellos salió también el padre General fray Francisco de la Madre de Dios, que los acompañó una parte de la primera jornada. *Cuando se despidió, pidiéronle les echase su bendición. Esto hizo harto sentimiento de su parte y de las religiosas. Él, de ver ir a sus hijas, que como padre las amaba, ir solas a tierras extrañas y con gente extraña que, aunque eran y son tan siervos de Dios no se conocía al presente su virtud tal cual es, y las hijas y el padre hacían un gran sacrificio a Dios. Y no es de espantar hubiese este sentimiento y lágrimas, porque fueron muy violentados los corazones del sentimiento de esta partida, dejando para siempre su tierra y prelados de tanta religión y que como mujeres flacas y más sujetas a variedad que los hombres, no podían dejar de temer y dudar si su viaje sería de Dios que, aunque había muchas esperanzas, lo era*<sup>74</sup>.

*Un problema que se presentó en el camino fue que a algunas religiosas les vino la gran tentación de descontento y deseo de tornarse, que les parecía se iban a perder. Esto hizo a todos gran turbación por estar ya en camino y todo asegurado... Pero, aunque tres estaban tan combatidas que debían ser las más fuertes, las otras tres no lo estaban y decían que ellas proseguirían hasta morir. Y con esto fue deshaciéndose la tentación, porque volver las unas y no las otras era nota de más murmuración*<sup>75</sup>.

Y añade sor Ana: *Las compañeras, como vieron mi inutilidad (Creían que no serviría para nada en Francia, pues como hermana lega sólo servía para cocinar y limpiar)... Venían con harta razón mortificadas. Quiso el Señor que yo no sintiese esto hasta ser partida, que ya no tenía remedio. Y en el camino, desde los primeros días, iba sintiendo como imperfecta su cansancio. Y un día permitió el Señor que todas me lo mostrasen y dijesen algunas cosas pesadas que yo las sentí mucho y me hallé muy confusa de mi venida. Y estando así, como íbamos por el camino, el Señor se me puso delante muy herido de los azotes y con la*

---

<sup>74</sup> Obras completas, tomo 1, p. 175.

<sup>75</sup> Ib. p. 176.

*cruz a cuestras y díjome: “Yo seré contigo, esfuérzate”. No me quedó más pena y me parecía ya que todo el mundo era mío y que yo era señora de grande libertad en mi alma. Y aunque las veía así, me era consuelo el ser despreciada por Dios en aquellas poquitas cosas.*

*Después de esto, que era antes del mediodía, nos apeamos en un pueblo a oír misa y, aunque las cosas iban así, como extrañas y que no me hablaban, no tenía pena. Después de haber comido en este lugar nos partimos; cerca de allí había un gran río y, al pasar de la puente, yo sentí un gran temor como si viera muchos demonios que nos querían tumbar en el río y el coche medio trastornado. Yo empecé a llamar a la Santísima Trinidad, porque el cochero y la gente quedaba atrás y no había en aquel espacio otro más socorro que Dios. Y diónosle que, aunque el mal espíritu trabajaba por turbarnos y ahogarnos en el río, no le dieron lugar. Mas saliendo de la puente allí junto, en uno como barranco que estaba más bajo que el camino y lleno de monte y zarzas, allí arrojó el coche con tanta fuerza que parecía a todos que habíamos de perecer. Y algunas de las compañeras fueron bien heridas y la Madre Ana (Lobera) se cogió un pie que le tuvo muchos días muy malo. Yo iba en el estribo de la parte que cayó el coche y todas cayeron sobre mí y los líos (paquetes) que iban en él también, y con dar de rostro sobre las zarzas y árboles, no sentí cosa más que si estuviera en algodón, ni el peso de las demás, aunque las oía dar gritos de los dolores de sus heridas. Y se detuvieron algo en sacarlas por estar tan metido todo en el barranco. Yo me parece que no tuve pena ni dolor sino de las demás. No sé qué se hizo el Señor que cosa más dulce no podía ser que lo que yo sentía. Todos pensaban que yo era muerta, porque estaba debajo y, cuando llegaron a mí y me vieron reír, se espantaron...*

*Desde aquí todo el camino traje una presencia de la Santísima Trinidad tan eficaz en el alma que nada me la quitaba, ni los peligros, que había hartos, ni el cansancio que veía llevaban conmigo. Todo me llevaba recogida y en oración como si estuviere en la celda.*

*No sé si fue este día u otro en un camino muy estrecho entre dos riberas que sólo casi cabían dos coches. Toribio iba a pie y arrimado a un estribo y no vio el peligro hasta que no tenía remedio de manera que claramente lo cogía el coche y le hacía pedazos porque iba con fuerza y nadie lo podía socorrer, que estas cosas son tan en breve que hasta que es hecho no se puede nada. Todas vieron este peligro, yo también. A la Madre Ana le dio tan mal de razón que no la podían tornar.*

*Yo fui sin ninguna mudanza en mi alma y tan fiada de la compañía de la Santísima Trinidad que en aquel instante se lo ofrecí hiciese de él y de mí su*

*voluntad y vi claro estaba con él y le libraba y todas le esperaban muerto. Y después me decían: “¿Cómo Vos no os habéis turbado de ver tal cosa?”...*

*Antes de llegar a Bayona tuvimos un día de aguas y cuestras que ni en coche ni en caballo podíamos ir sino a pie, todas llenas de barro, pies y hábitos, y mojudas lo que bastaba. Todos iban cansados, trabajados y enfadados lo posible; y para enmendar este trabajo habían ido algunos a Bayona para tener buena posada y enjugarnos. Y como Nuestro Señor es bueno, quiso probar a sus siervos y siervas la paciencia, y, antes de llegar, tomónos la noche en un gran monte, y tan oscura, que la mano propia no veíamos más que si estuviéramos en un limbo. En fin, la buena posada hubo de ser quedarnos allí. Era la víspera de San Mateo apóstol y ayunaban todos; y quiso Dios que fuesen tan desproveídos, que cosa no había, ni pan ni vino, ni agua sino del cielo, que era tanta que parecía caía por boca de cántaros, y el aire tan desahogado, que todo parecía venía al suelo; y la mar que estaba cerca daba los bramidos, que en otro tiempo yo padeciera harto miedo. La madre Ana de Jesús tan mala y penada de verlo todo así, le dio un accidente, que en toda la noche no parecía sino que se quería morir, y todo era subir y bajar del coche con gran aflicción... Estábamos nueve dentro del coche; seis religiosas y tres francesas, y todas casi en pie por dar un poquito de lugar a la enferma, que esto sólo era de pena, que lo demás todas daban gracias a Dios <sup>76</sup>.*

## CARMELO DE PARÍS

Al fin, después de casi dos meses de viaje, llegaron a las afueras de París el 15 de octubre de 1604. Sor Ana refiere: *Llegando a París, yo me fui con licencia de la prelada a guisar la comida con gran gusto, como lo había tenido siempre en aquella condición que era de hermana lega <sup>77</sup>.*

Al día siguiente fueron a visitar la abadía de San Dionisio, donde fueron bien recibidas por los monjes benedictinos, quienes les enseñaron las maravillas de la abadía. Y el día 17 llegaron a la casa que les tenían preparada. Era un antiguo edificio benedictino, dedicado a Nuestra Señora de los Campos, que había comprado la princesa de Longueville para alojar de momento a las carmelitas hasta que su casa estuviera preparada.

Según dice la Madre Ana de Jesús: *En este primer alojamiento: la iglesia tiene diez capillas hermosísimas. Cada una parece un templo de los muy suntuosos de allá. Y en esta iglesia hay muchos sepulcros de santos... Hasta*

---

<sup>76</sup> Obras completas, o.c., tomo 1, pp. 166-168.

<sup>77</sup> Autobiografía A, p. 337.

*ahora tenía aquí un priorato que nos han comprado que es casa y hermosísima huerta y 400 ducados de renta. Estos se han siempre de distribuir en la iglesia y así serán para misas y cosas de ella. Y en esta casa, que está junto, estamos mientras se acaba la nueva*<sup>78</sup>.

El 18 de octubre se inauguró el primer Carmelo de Francia en París con el nombre de La Encarnación y fue elegida Priora sor Ana de Jesús.

*Reuniéronse luego algunas novicias doncellas, ricas y principales y muy capaces para toda la observancia de la Regla. Han salido tales que todas aquellas primeras son ya Prioras y subprioras y maestras de novicias, y van en todo con mucha observancia de sus Constituciones. Los días que se había de dar el hábito, por secreto que quisiésemos hacer, era el concurso de gente tanta que desde qué hora de la noche estaban aguardando a la puerta de la iglesia para tomar lugar, de manera que, al hábito, no se podía entrar en la iglesia, que se ahogaba la gente. Y eran las voces que no se oía cosa de la misa ni lo que se hacía al hábito. Días había más de cincuenta coches en el circuito del monasterio*<sup>79</sup>.

También entraron en el Carmelo dos damas protestantes que se habían convertido y que eran damas de honor de la Reina Madre, Catalina de Medicis.

*Estas damas habían sido heréticas y, viendo hacer los muros de aquel convento, preguntaron qué era aquella obra y dijéronles: Un monasterio de unas monjas hijas de Teresa de Jesús, cuyos libros han salido ahora. Ellas buscaron el libro... y Dios las tocó y se convirtieron años antes de que viniésemos. Y como la Madre Leonor de San Bernardo, que estaba de subpriora conmigo, tiene tan buena gracia, a pocas veces que nos vinieron a ver, las ganó la voluntad y pidieron con muchas veras el hábito. La reina lo sentía, porque las quería mucho. Fue gran ejemplo en toda la ciudad y en toda Francia su conversión y movieron a muchas otras que cada día se convertían*<sup>80</sup>.

El día de la toma de hábito de estas dos damas entró en la clausura la Reina Madre y su séquito. *Estuvieron toda la misa dentro del coro, sosegadas, mas en viéndolas dar el hábito, la reina empezó a llorar y más cuando las vio echar en el suelo sobre un paño de jerga. Entonces, todas las otras damas se acercaron a ellas, unas de un lado y otras de otro, puestas de rodillas, llorando como si fueran muertas, hasta que las levantamos. Había en la iglesia gente que se subían unos sobre otros, que no cabían con ser muy grande*<sup>81</sup>.

---

<sup>78</sup> Ana de Jesús, *Escritos y documentos*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1996, pp. 136-137.

<sup>79</sup> Obras completas, tomo 1, p. 178.

<sup>80</sup> Ib. p. 408.

<sup>81</sup> Ibídem.

## EL VELO NEGRO

Sor Ana era de velo blanco o hermana lega y no de coro. Durante la vida de la Madre Teresa de Jesús, ella le había insistido algunas veces para que fuera de coro y darle así el velo negro, pero sor Ana se había negado y la Madre no quiso insistirle. Pero al terminar el año 1604, a los dos meses de su estancia en París, le plantearon sus Superiores franceses esta cuestión; pues, siendo de velo negro, podría ser fundadora y Priora de alguna Comunidad y, siendo tan pocas, se veía necesario, ya que había muchas vocaciones que deseaban ingresar y eran muy pocas españolas para dirigir las fundaciones. Sin embargo, nunca se había dado el caso de que una hermana lega dejara su vocación de velo blanco por la de velo negro. De ahí que la Madre Ana de Jesús Lobera, Priora de París, le decía que eso no podía ser, que iba en contra del espíritu teresiano. Según ella, era algo inaudito que una freila o lega pudiera ser Priora y fundadora de conventos.

Esto también le hizo sufrir. Dice: *La prelada (Madre Ana de Jesús) no quería. Yo estaba sola y ella me tenía a veces en una celda una hora entera, diciéndome cosas de harta temeridad, que no los creyese, que me condenaría y que por mí se perdería y relajaría la Orden en Francia y en España*<sup>82</sup>.

*Yo estaba combatida de grandes temores, como se puede pensar, porque en viniéndome a hablar los preladados, decían al contrario y que había de ser, que el General de España les había dicho lo hiciesen en llegando. Y de las compañeras, todas eran contrarias a la opinión de los preladados, si no era la Madre Leonor de San Bernardo, que siempre fue de esta opinión. En los caminos y entonces ella me consolaba, que lo había bien menester, y pasaron unos días en dares y tomares. Y como la Madre estaba fuerte en su parecer y los preladados en el suyo, yo entre dos aguas que me combatían, vino el padre Cotón, jesuita, que le trajeron los preladados que me hablase para persuadirme a lo que querían. Y él, como me veía tan perpleja, díjome: “Yo y todos los de mi convento haremos misas y oraciones nueve días para que Dios dé luz en este negocio, y lo que sintiéremos nos ha de obedecer en conciencia”.*

*Y en estos nueve días el Señor se me apareció dos o tres veces, que me consolaba, que lo había bien menester. Era hermosísimo y muy alegre, y hablábame de buena gracia, y una vez me dijo con su dulce palabra y amorosa: “Ten ánimo, que no puede ser menos”. Y al cabo de esta novena vino el padre jesuita y díjome que cómo estaba. Yo le dije que con harta pena, sin decirle lo que me pasaba con el Señor y con la santa, que también se me había aparecido y*

---

<sup>82</sup> Autobiografía A, p. 337.

*consoládome. Y díjome: “Que en conciencia estaba obligada a obedecer, y creo que os lo puedo mandar en obediencia de parte de Dios, y así lo hago; y pecaréis si hacéis otra cosa”.*

*Esto les dijo a los Superiores, que lo deseaban. Y, al fin, obedecí, bien turbado mi espíritu, que no me aseguraba en nada. Como la santa no me decía nada, ni venía, sentíalo mucho; porque sólo una vez vino a consolarme. Yo estaba muy asida a lo que me solía decir. Y estando así, trájome a la memoria el Señor cómo antes que partiese de España se me había aparecido mi santa Madre, y, en su presencia, me vi que tenía el velo negro y la dije: “¿Madre, quitaréme este velo?”. Y díjome: “Déjale estar”, y mostró una manera de tristeza de lo que había de padecer con él. Y llegó con ella otra Madre, que también era muerta, muy santa mujer, y había sido mi maestra en el noviciado y traía en su mano un platillo con un licor que parecía cosa del cielo y díjome: “Come de esto y esfuérsate, que lo has menester. Y dióme una cucharada y mostróme ella entonces un espíritu alegre y corajudo. Esto me consoló un poco en la ocasión que voy diciendo”<sup>83</sup>.*

*Diéronme el velo el día de la fiesta del bautismo de Nuestro Señor, que me hacía pensar que era traza suya y que lo quería así como veía que me había de consolar, que lo es para mí ese misterio. Y desde la mañana aquel día —que me dijo algunas palabras con que me confortó— le sentía andar a par de mí y como un padre con un hijo que le ve con pena y le quiere consolar. Y al tiempo que nos sentamos en el refectorio, yo lo sentía a mi lado”<sup>84</sup>.*

---

<sup>83</sup> Autobiografía A, pp. 337-338.

<sup>84</sup> Obras completas, tomo 1, p. 181.

## FUNDACIÓN DE PONTOISE

A los dos días de la imposición del velo negro, la enviaron a fundar un Carmelo en la ciudad de Pontoise. Llegó el 15 de enero, tres meses después de su llegada a Francia. Dice ella: *Vinieron todos los regidores de fuera del lugar, media legua y todo el pueblo en procesión con tanta devoción y solemnidad que apenas se podía pasar por las calles de la mucha gente que salió; de manera que estuvimos detenidos hasta la noche antes de entrar en casa. Era para alabar a Dios la devoción con que la gente recibió aquella fundación; y hoy día se la tienen y Dios, por aquellas hermanas, hace y ha hecho mucho bien en la villa*<sup>85</sup>.

A los pocos días recibieron el hábito cuatro novicias. Después se marcharon las acompañantes y se quedó sola con sor Isabel de San Pablo, que sabía francés, pero se enfermó y tuvo sor Ana que asumir su responsabilidad de Priora sin saber el idioma ni entender el breviario en latín.

Dice: *Yo no sabía lo que había de hacer en el coro, que no sabía el breviario. Iba al coro y estaba con aquellas novicias puntualmente, como nos dice la Constitución. Ellas eran tan buenas lectoras, que sabían el breviario como unos doctores, y me lo enseñaban. Yo iba a ellas como novicia, y en las demás cosas me esforzaba en enseñarles lo que habían de hacer, porque la Madre subpriora, que era maestra de novicias, estaba lo más en la cama y no lo podía hacer. Ella era de Flandes y habíala llevado su padre a España, huyendo de las guerras y herejías; y sabía muy mal hablar el español, y tanto como el francés. Yo no sabía lo uno ni lo otro; era cosa de harta pena verme allí muda y sola. Yo acudía a Su Majestad, pedíale que remediasse esta necesidad, pues me había puesto en ella. Yo llamaba a la Virgen y a nuestra santa Madre y a san José. Era tanto lo que reíamos con toda la pena que, en juntándonos las novicias y nosotras, quedábamos mudas y reíamos de esto. Mas duró pocos días que, como Dios es padre de misericordia, les dio gracia que me entendiesen mi lengua: los seglares y ellas me entendían a mí mejor que a la subpriora.*

*Un día, yo deseaba hacer Capítulo y fuíme el Santísimo Sacramento y díjele al Señor que deseaba hacerlo y que no sabía cómo, que no me entenderían. Y díjome su Majestad: “Abre las Constituciones y ahí hallarás lo que has de decir”. Yo fui y les dije los puntos que dicen allí acerca de la obediencia. Y, acabado, yo las vi que lloraban y reían, todo junto, y díjelas: “¿Han entendido lo que les he dicho?”. Y dijeron todas las palabras como yo las decía, con tanta alegría que lloraban de consuelo de que Dios hacía gracia de entender mi lengua. Y desde aquel día nos entendíamos*<sup>86</sup>.

---

<sup>85</sup> Autobiografía A, p. 339.

<sup>86</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 405-406.

*Otro día, pedía muy encarecidamente a Nuestro Señor la vida de una religiosa que estaba muy al cabo, porque los padres que nos gobernaban me mandaron que así lo hiciera. Aparecióseme el Señor, diciéndome: “¿Has de querer otra cosa sino la que yo quiero?”. Y así se la llevó el Señor*<sup>87</sup>.

*En otra oportunidad, estaba dando quejas a Nuestro Señor que no era para lo que me mandaba y decíale mi pobreza: que era como una paja. Y díjome el Señor: “Con paja enciendo yo el fuego”.*

*Otra vez, pensando en mi poco ser y cosas de mi nada, hablóme el Señor y díjome: “Así te quiero, sin ser ni saber nada, para hacer por ti lo que yo quiero; que los sabios del mundo con sus prudencias humanas no me escuchan, que piensan que lo saben todo”*<sup>88</sup>.

*Yo estaba en este convento muy consolada, y aquellas hijas iban, con gran consuelo mío, en la observancia de la Regla y Constituciones, y veía que los prelados iban mirando de volverme a París por prelada. Yo lo sentía mucho, por ser villa de Corte y grandiosa, tornar de nuevo a ser Priora allá; y estando un día recogida, en una manera de pena interior, y como confusa de no me hallar bien resignada a ir a París, y parecía lo quería Dios, y dábame escrúpulo excusarme. Y así hice de nuevo una gran determinación, y dije al Señor: “Haz de mí, Señor, lo que fueres servido; bien veo que no soy para ello, y me vienen grandes temores, y demás de esto me es gran desprecio hallar la honra. ¿Por qué me queréis, Señor, dar este trabajo?”. Y aparecióseme el Señor en la humanidad y en su gloria, y había una claridad tan grande desde el cielo adonde estaba, hasta mí, como si estuviera cerca, y díjome: “Así han de andar los que hacen las obras de Dios, como yo anduve en la tierra: afligido con las honras y deshonoras”. Y en esto sentí un gozo y regalo y amor, quedando confundida. Tomé de nuevo ánimo para venir*<sup>89</sup>.

En este tiempo, la Madre Ana de Jesús Lobera dejó el priorato de París y se fue a fundar a Dijon. Por este motivo, a los nueve meses de la fundación del Carmelo de Pontoise, los Superiores la enviaron a asumir el cargo de Priora de París.

---

<sup>87</sup> Ib. p. 201.

<sup>88</sup> Ib. p. 340.

<sup>89</sup> Autobiografía A, p. 341.

## PRIORA DE PARÍS

*Cuando me hube de venir (de Pontoise a París) me sacaron por la noche, porque el lugar me había tomado tanto amor que creían que, si lo sabían, no me dejarían salir; ni las hijas lo sabían, sólo la subpriora. Mas por secreto que lo hacíamos, me vio una que despertó, que yo tenía puesto el manto blanco y ésta comenzó a dar voces, llorando y corriendo en pos de mí. Despertaron las demás, que fue una gran tribulación ver aquellos ángeles quedar en pena. Yo la llevaba y también, porque Nuestro Señor me había mostrado lo que se me emparejaba (preparaba) en qué padecer. Yo me esforzaba lo que podía por ver que era Dios el que lo quería, y los Superiores y todas las novicias de París lo habían pedido; que era harta virtud la suya, y veían mi poco talento y menos para ellas, que eran cortesananas y grandes señoras; en quererme por Priora se puede ver su mucha virtud y cuán de veras habían dejado el mundo <sup>90</sup>.*

*Vino por mí (a Pontoise) uno de los prelados y trajo consigo un sobrino mío que estaba estudiando en París. Y para que no me conociesen las gentes, me quitaron la capa blanca y me pusieron el herreruelo y sombrero de mi sobrino, y así salimos hasta fuera del lugar, que en aquel lugar no se cierran las puertas <sup>91</sup>.*

*Y a los pocos días que había venido, me mandaron que también tuviese las novicias, que no hubiese otra maestra que, aunque estaba otra de las compañeras de España y sabía la lengua, quisieron que yo lo fuese y ella rigiese el coro. Túvelas un año hasta que había ya muchas profesas que, cuando vine, no había ninguna. Y cuando salí de allí, había dado la profesión a veintiocho y todas muy contentas <sup>92</sup>.*

*El primer año que yo estuve allí lo pasé muy pacífico; y fue de gran consuelo para mí, que las novicias andaban tan observantes en todo lo que era de religión y tan regaladas de Dios, que, con ser damas muy principales las más, parecían a las niñas y que se habían vuelto al estado de la inocencia según su simplicidad, y muy claras y afables conmigo, como si las hubiera criado. Y aunque por una parte tenía este consuelo de ver que aquellas almas iban tan bien, en mi interior no me faltaban penas en el oficio de Priora y en las ocasiones de él, que aunque estaba, como digo, entre unos ángeles, el hacer señal y otras cosas y verme tan incapaz, que no sabía leer el breviario y me hacían rezar como si le supiera.*

---

<sup>90</sup> Obras completas, tomo 1, p. 184.

<sup>91</sup> Autobiografía A, p. 342.

<sup>92</sup> Obras completas, tomo 1, p. 184.

*Esto me afligía mucho, que me parecía era el mayor desprecio y humillación que había tenido; y todo me apretaba: que no sabía si se había errado en lo que se había hecho y de los que me lo habían mandado. Una vez quise dejar el breviario, y estando en esto me habló el Señor y me dijo: “No le dejes, mortifícate y di lo que supieres. Yo lo quiero así”. Esto me dijo estando en oración. Yo me alenté con esto y lo hice; y de noche, después de todas recogidas, estaba las horas mirando en el libro lo que había de decir al otro día. Y lo que había rezado en el coro lo tornaba a pasar; que como me había dicho esto el Señor, tenía escrúpulo de no mirarlo bien, aunque estaba trasudando de congoja. Y después de esto, Nuestro Señor me hacía tantas gracias que le sentía a par de mí en el coro. Yo andaba con tanta luz y consuelo que entendía latín como si lo supiese, en el tiempo que sentía su compañía, lo que no hacía cuando se me apartaba. Algunas veces estaba tan cerca, que le pedía se apartase un poco, que ardía mi corazón de su presencia, que no lo podía sufrir; y así lo hacía. Otras veces me hacía tantas gracias, mas no se acercaba tanto; parecía que estaba entre los ángeles mi alma, y que lo eran las que rezaban conmigo. Una noche en sueños me hallé diciendo el breviario, y vi que estaba un mancebo de buen parecer mirándome cómo no acertaba, y que iba turbada de su respeto, y díjome: “No te turbes, que lo que queremos es lo que importa a la obra”. Como si dijera que cuidase de lo demás, que, aunque no lo supiese bien, que no dejase de decirlo y que me mortificase.*

*Un día me mandó uno de los prelados que encomendase a Dios el que sería más a propósito para nuestro Visitador, y fuíme al Santísimo Sacramento. Y estando en esto, me vino un grande recogimiento y regalo, con una vista clara de lo que Dios amaba las almas y lo que quería que las que habíamos venido fuésemos dulces, y díjome el Señor: “Tú serás sal de la tierra”. Yo me espanté, porque esperaba respuesta de lo que había pedido y no me la dio el Señor sino tan lejos de lo que yo pensaba, que me quedé espantada<sup>93</sup>.*

*Yo me estaba en París, y consolada mucho de ver cómo todo iba bien y que cada día acudían muchas a pedir el hábito. Mas Nuestro Señor permitió que mi contento se templase y tornase en penas y harto grandes trabajos, porque estos señores (los Superiores franceses) comenzaron de temerse de mí que deseaba que viniesen los religiosos. Yo se lo dije que era verdad: que lo veía que convenía que estuviesen sujetas a la Religión (Orden), aunque fuese después de sus días y que si no, que esto no quedaba bien y que Dios lo quería así. Esto les dio gran trabajo conmigo y a imaginar cosas que no me pasaban por pensamiento. Y Dios se me escondió de manera que el alma no parecía lo había*

---

<sup>93</sup> Autobiografía A, pp. 342-344.

*conocido, en tan grandes temores que no parecía me quedaba fe, y sin nadie con quien comunicar. Sólo Dios sabe el peligro en que yo veía mi alma*<sup>94</sup>.

## **PROBLEMAS CON PEDRO BÉRULLE**

Pedro Bérulle era uno de los tres Superiores puestos por la Santa Sede para dirigir a las carmelitas descalzas en Francia. Estos Superiores debían dirigirlas hasta que los padres carmelitas descalzos fundaran casas en Francia. Éste había sido el compromiso tomado antes de venir de España, pero como esta posibilidad se veía muy cercana, el padre Pedro Bérulle, futuro cardenal, empezó a trabajar para que la jurisdicción de las carmelitas no pasara nunca a los carmelitas descalzos y empezó a poner dificultades.

*Dice la Madre Ana de San Bartolomé: Acabado este año primero, el demonio, padre de cizañas, puso en los Superiores sospechas de mí; que hasta entonces me querían en extremo. Y empezó este disgusto que tomaron conmigo, porque empezaron a temer de tener yo las monjas tan de mi mano, que si venían los Religiosos de la Orden a Francia que todas se quedarían conmigo debajo de su obediencia. Y era así verdad, que no pensaban ellas otra cosa, porque todo lo que me veían hacer, decían era todo santo. Y con estos miedos usaron de una traza muy fina y ordenada del padre de las mentiras, y fueron poco a poco ganando las monjas; y de que las tuvieron ya en buena gracia, dijéronlas: “No tratéis con la Madre vuestras almas, que su espíritu no es para vosotras. Ella es extranjera, y más, española. No os fiéis de ella, que si quiere a los frailes, os darán una vida muy cruel. Son recios; no es para vosotras su término”.*

*Yo de este principio no sabía nada. Y veía a las monjas que se retiraban de mí; y en lugar de aquella llaneza que me mostraban, era muy al revés. Y espantada dije un día al prelado que no sabía lo que era, que las religiosas no me hablaban ni trataban conmigo, después de profesas, como antes, ni trataban cosa conmigo; que las hallaba en extremo mudadas. Díjome: “No es menester que os hablen, ni Vos a ellas, que vuestro espíritu es malo; no queremos que se les pegue, tenéis demonio y odio contra nosotros”, y cosas de esta manera: y que si yo tenía un demonio, la que trataría conmigo tendría dos.*

*Yo estaba ya con pena, y esto me la dio harto, y de tal manera que se veía bien era del mal espíritu esta cosa.*

---

<sup>94</sup> Obras completas, tomo 1, p. 187.

*Este mismo día, acabando de comulgar, estaba recogida y en visión me mostraban una gran cruz que parecía no era posible poderla llevar. Yo me conforté como pude y la abracé; y quedé confusa de no saber lo que sería...*

*Algunas veces me enviaban los Superiores a las súbditas; unas veces, unas, y otras, otras, que me dijese mis faltas y lo que ellos querían. Y yo lo sentía por lo que ellas se echaban a perder de su simplicidad y espíritu con que habían comenzado.*

*El Señor venía de poco en poco, de días en días, me daba una consolación con palabras de amor, luego se iba y me tornaba a mi soledad. Una vez me enviaron una monja que me había querido mucho. Venía muy libre y resuelta, y empecé a decir reprensiones, como si ella fuera la Priora, que yo no tenía mortificación, que cómo sentía lo que los prelados hacían conmigo, y otras palabras bien descompuestas. Yo lo sentía mucho, como he dicho, por ver su estrago de perdición. Yo estaba sangrada y con calentura, y el natural flaco lo sentía mucho; y traíame el demonio tantas razones para que yo la respondiese para que otro día no se atreviese a otra cosa. Mas lo que la dije fue que se fuese y me dejase. Y fuíme al coro a encomendarlo a Dios. Y respondiome el Señor: “¿De qué estás triste? ¿No te habías de consolar de que digan de ti lo que quisieren y te tengan por simple y de poco valor? Me lo dijeron y otras cosas peores”<sup>95</sup>.*

Los Superiores franceses querían gobernar el convento de París a su gusto, pasando por encima de su autoridad de Priora. Eso le hacía sufrir mucho. Ella escribe: *Si han de recibir a alguna monja, no me lo dicen a mí, sino a las demás y (lo mismo) si la han de echar... Una y muchas veces me ha dicho don Pedro Bérulle que no tengo que tener pena ni cuidado, que ellos lo tendrán... Y las monjas conmigo están tan retiradas como si no me conociesen, si no es para hacer una manera de quererse holgar y jugar conmigo como amigas en el mundo, mas no con otra sumisión de súbditas. Y si alguna me viene a dar cuenta de su alma con devoción que Dios la toca, dice que no quiere que lo sepa nadie... Algunas veces digo a algunas que comulguen y luego van a preguntar si lo harán a la maestra y, si les manda que no lo hagan, sin decirme nada, se quedan sin comulgar. Y no son solas las novicias, sino también las profesas de un año...*

*Una vez me dijo una hermana, estando hablando conmigo, ¿no sabéis cómo quieren echar a tal hermana? Dije: “No me han dicho cosa estos señores, mas sea lo que mandaren, que yo no puedo (hacer) nada en eso; antes creo que, si pudieran, me enviarían a mí también”. La buena hermana fue y le dijo al*

---

<sup>95</sup> Autobiografía A, pp. 344-345.

*prelado lo que yo había dicho. Yéndome a confesar, lo hallé tan enojado que no sabía qué tenía y díjome: “Vos os quejáis de nosotros y pegáis vuestro mal espíritu a las monjas. No les habléis palabra ni a las novicias ni a las profesas”.*

*Y me dijo muy buenas cosas que no son para decir. Otro día, vino a tornar a reprendirme. Yo creo que ni seglar, ni monja, no he oído tales cosas y tal término... Yo estaba sangrada de un día y el otro purgada y, aunque le decía que me dejase por amor de Dios, que me fatigaba, era su gana decir lo que quería, que no aprovechaba. Pedíle que me diese con quién confesar y dijo que no quería ni era menester, que yo fuese a contar las cosas de la Religión a otros que a ellos, que eran prelados y podían hacer lo que quisiesen. Esto me apretó tanto que en mi vida me he visto en tan grande extremo de desconsuelo, porque el demonio debía tener licencia que yo me hallaba dudosa de mi salvación, viendo que Dios me había dejado tan a solas, sin luz en el alma y sin ninguna criatura que me la diese, sino que me ayudaban a desconfiar que tales cosas me decía: que tenía mal espíritu y demonio y que estaba obstinada <sup>96</sup>.*

*La víspera de san Dionisio, de quien yo soy devota, estando en oración, me hizo el Señor merced de visitar el alma y transformarla en Sí con grande unión y, aunque esto no duró, los efectos fueron más, que quedó todo tan endiosado el alma y cuerpo, que parecía no tenía acciones naturales ni aun un pequeño movimiento.*

*El mismo día del santo, acabando de comulgar, fue lo mismo. Aunque esta gracia pasaba en breve, los accidentes y disposición han durado más de quince días, de manera que, aunque yo no veía nada, sentía dentro de mí una majestad en el fondo del alma como que veía a la Santísima Trinidad; y no era ver, mas tenía más fuerza el sentimiento que si lo viera... En esta ocasión se me ha aparecido la santa Madre y mostrado muy favorable. No sé cuántas veces ha sido. Y el bueno y santo Julián de Ávila (que fue el primer capellán del convento de San José de Ávila y ya estaba muerto). Entrambos muy alegres y gozosos de ayudarme. La Madre me daba su mano diciendo que me asiese a ella, que me quería ayudar a pasar mi pena. Estas visitas me dejaban siempre confortada y con nuevo ánimo de padecer <sup>97</sup>.*

*Otro día, viéndome muy afligida de los prelados confesores que no me querían dar crédito de lo que les decía, se me apareció el Señor ligados sus pies y sus manos, que me consoló en aquella aflicción. Otra vez, estando delante de una imagen de Nuestra Señora me pareció salir de ella un suavísimo licor que penetraba hasta lo más hondo del alma con tan gran consuelo que no lo sabría*

---

<sup>96</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 141-143.

<sup>97</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 161-162.

*decir. Otra vez, estando en la ermita de Cristo, se me apareció puesto en la cruz, diciéndome cuánto le dolían las almas que se le condenaban, y entonces vi una prensa o lagar donde se exprime el aceite. Díjome el Señor que así habían de ser afligidos y atormentados y oprimidos sus amigos para dar fruto*<sup>98</sup>.

*Y aquellos señores no sosegaban de sus invenciones. Poníanme a la puerta de fuera unas personas que guardasen el monasterio por ver si yo escribía o hablaba con algunas personas, y de dentro una tornera de quien más se fiaban, y que esta se hiciese amiga conmigo para que me sacase mis pensamientos, que entrando como familiar en mi celda mirase si yo tenía algún escrito y me lo tomase. Yo lo veía todo y hacía que no lo veía y mostraba buena voluntad, teniéndola bien diferente, de hacer confianza de ella haciendo que la tenía. Yo estaba ya tan llena de sus enredos que, aunque era fuera de mi condición, decía que una malicia se había de curar con otra; y así yo la tenía en disimular en muchas cosas, y esto no me era pequeña cruz, que salía fuera de mi condición.*

*Yo me pasaba las noches enteras sin dormir, pidiendo al Señor me ayudase y enseñase su voluntad; y a la mañana yo las despertaba para ir a la oración y Dios me hacía merced que con las penas yo acudía a todas las cosas de la Comunidad, aunque muchas veces se rompía mi corazón, y casi me desmayaba de la fuerza que me hacía.*

*Había un Cristo en el Capítulo, de piedra, grande y muy ligado. Yo le tenía mucha devoción, y todos los días (en estos dos años que duró esta tempestad) llevábale cada día de mañana en levantándome, un manojito de flores, y cuando no las había, ramitos verdes de laurel u otras cosas semejantes; y cuando hallaba pensamientos, que llaman de yerba, se los llevaba y se los ponía a los pies a las llagas, y le pedía me diese buenos pensamientos por sus llagas. Y las horas que yo podía entre el día me retiraba allí a solas y rezaba, como quien predica en seco donde nadie le oye. Y un día en la hora de la siesta y silencio, me fui allí y de la aflicción que traía mi alma, en entrando me arrimé al muro y quedeme desmayada y me parecía se me acababa la vida. Y en esta aflicción me habló este Cristo y me dijo, mostrándome su agonía, que venía atadas las manos como cuando le desataron de la columna después de coronado de espinas y desnudo sentado sobre una piedra, y llegóse a mí. Díjome con mucha dulzura: “Hija, mírame cual estoy por ti, atado y ligadas mis manos, y cómo estoy esperando hagan de mí lo que quisieren”. Y díjome: “Así te quiero como amiga”. Y desapareció. Y con este favor tornéme en mí un poco y con aliento de pasar a lo que faltaba*<sup>99</sup>.

---

<sup>98</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo quinto, p. 281.

<sup>99</sup> Autobiografía A, pp. 347-348.

## EL CARMELO DE TOURS

En 1608 amainaron las dificultades que sor Ana tenía en París y expuso su deseo de renunciar al priorato de París, aconsejando que eligieran a sor Magdalena de San José, que sería una de las grandes prioras francesas. El padre de la nueva Priora de París, que había sido ordenado sacerdote, tramitó con los Superiores carmelitas la fundación de un Carmelo en Tours, del que él sería el capellán.

Aceptado el compromiso, sor Ana salió de París el 5 de mayo de 1608 e inauguró el nuevo Carmelo el 18 de mayo. Allí la situación era muy distinta que en París. En Tours dominaba la población protestante, que no vio con buenos ojos la nueva fundación. Dice ella: *Tomaron los heréticos gran odio conmigo y decían era una mala mujer, ídolo de los papistas. Y quiso mi ventura que una devota de la casa, muy sierva de Dios, convirtió una mujer pública con sus buenas razones y trájola un día a nuestra iglesia y tóvola hasta la noche en el aposento de las demandaderas. Yo no lo sabía, y a la noche, porque no se la quitasen, la llevaron a otra casa con otras mujeres... que la buscaban y la vieron entrar en la iglesia y casa de las demandaderas. Dijeron éramos otras tales y que teníamos niños dentro de casa. Esto se hizo con tal malicia que los mismos católicos de la casa dudaban, y fue tan fundada esta maldad, que fue menester que yo llamase un día a un magistrado, que era amigo, y le dije que deseaba tomar su aviso para trazar algunas piezas en la casa, que como no era hecha para monasterio estaba desacomodada; que nos hiciese merced de entrar hasta los graneros y todo lo bajo, lo que le pareciese mejor.*

*Esto hice, porque decían tenía yo puerta en lo alto por donde entraban hombres, y sin decirle a este señor mi intento, entró y lo vio, y dijo después: “Yo sé la inocencia de estas religiosas y que es falso lo que dicen de ellas, que tenían puertas. Yo he andado por toda la casa y estado en la clausura”.*

*Estas eran unas cosas que a mí no me daban pena, porque tarde o temprano se había de ver la verdad, y, aunque más decían, me reía de todo. Y veinte leguas se divulgó esta fama, que son todos lugares de herejes, que no nos podían ver. Y uno de los prelados vino desde París, que era sesenta leguas; y vino por la posta a saber cómo se publicaba aquella maldad.*

*En esta borrasca acordábame en ella que, viniendo a esta fundación, la santa Madre salió al camino, como si fuera viva, y vi que estando con ella pasábamos por entre espinas y no nos picaban. Y llegóse a mí la santa y me dijo: “Ve con ánimo, que ahora yo te acomodaré un poco mejor”. Y así fue verdad, que, después que me alejé de estos señores que gobernaban diferentemente de lo*

*que muchas cosas mandaba la Regla, yo tenía más paz y libertad de hacer lo que en París no me dejaban; y así estas deshonras y testimonios, que todo era por mí, érame como espinas de lejos que no me llegaban a herir.*

*Después de esto, como continuaban los herejes en tener odio con nosotras, un día en casa de un gran hereje rico hicieron un agujero al corral donde teníamos unas gallinas. Yo lo hice cerrar, diciendo que alguno de sus criados me quería tomar las gallinas y que creía no lo sabía el señor de la casa, que era muy airado. Esto le confundió; que no pensásemos que era herético. Y me dijeron se había vuelto cristiano, por ver que no nos quejábamos con los del magistrado que habían venido a hacer información, que le teníamos por honrado; y decían: “Estas teresianas, que no queríamos, nos han de convertir a todos a la fe”.*

*A la verdad, yo lo deseaba. Los trataba con mucho respeto y honor. Yo tenía allí buenas religiosas que lo deseaban y rezaban por ellos. Y con todas aquellas deshonras dio aquel monasterio tanto olor de virtud, que venían de muy lejos damiselas ricas y principales a pedir el hábito, que hubo una vez de veinte juntas deseantes, que era para alabar a Dios.*

*Dios me hacía allí hartas gracias, aunque estaba sin confesor, sola y nadie con quien comunicar mi espíritu, que el que tenía no sabía palabra de español, ni yo el francés. En fin, me confesaba. Y los prelados venían de año a año, mas no me daba pena. Yo estaba allí bien consolada de Dios. Él me hacía las gracias que en otro tiempo me había quitado; y me hacía algunas que por muchos días me dejaban fuerte de su espíritu, y que con gran facilidad se podía hacer los ejercicios de penitencia y de virtud<sup>100</sup>.*

*En Tours, aunque estaba consolada, que los prelados estaban lejos, poco me duró, porque tenía una subpriora que era toda de ellos. Les avisó que tenía yo una portera de quien me fiaba, y me la quitaron y pusieron otra de su gusto. Y habían hecho que se pusiesen dos llaves al torno, y que ninguna de las dos dejasen el torno abierto, porque viesan si yo escribía a España; y que ellas las tomasen y se las enviasen a ellos, así las que venían de España como las que yo escribía a allá.*

*Y aunque esto me pudiera dar pena, porque yo lo veía, hacía que no lo veía y escribía cosa que no se me daba nada que lo viesan, porque lo que yo deseaba era ver los religiosos nuestros reformados en Francia. Ya yo estaba cierta de eso, que el Señor me lo había mostrado que sería, que estando en París, antes de venir a Tours, me lo mostró el Señor. Veía muchos religiosos de*

---

<sup>100</sup> Autobiografía A, pp. 354-356.

*capas blancas por la Francia, de que el Señor me consoló, mostrándome que lo deseaba; y con esto no me daban pena sus invenciones para impedirlo. Las monjas me querían bien, y la santa Madre se me aparecía algunas veces y me consolaba. Y una vez, en particular, vino a mí como si estuviera viva y me asió de la mano y me llevó por un largo camino fuera de Francia, y así fue que presto me vine a Flandes.*

*Otra vez me mostró que estaba bien enojada con las francesas, que no amaban la Religión. Y fue esta visión como un sueño: que estando en oración en el coro, venían a mí las monjas y me dijeron: “Nuestra santa esta aquí, y se ha tapado con el velo y no nos ha querido ver”. Yo fui, y en llegando, se descubrió y me abrazó. Y es que hacía esta gracia por mostrarme que no estaba contenta que se acomodasen fuera de la Orden con aquella gente, que lo relajaba todo.*

*Esta vez que he dicho que me llevaba por un largo camino, habíame asido por la mano, y en todo aquel día, aunque me lavaba y andaba en uno y en otro, no se me quitaba el olor que era de sus reliquias<sup>101</sup>.*

## **CAMINO A FLANDES**

Antes de cumplir los tres años de Priora de Tours, le ofrecieron ir a la fundación de Rouen, pero ella declinó, porque quería ir a París, donde estaban a punto de establecerse los carmelitas descalzos. Los Superiores franceses aceptaron, aunque con reticencias. Su salida de Tours no pudo hacerse con tanto secreto como al salir de Pontoise. Ella dice: *No sé qué era que, aunque ellos (Superiores franceses) no mostraban estima de mí, el pueblo, doquiera que salía, mostraba tanto como si yo fuera algo para ellos. Y al salir de Tours, con no haberlo dicho a los del lugar, se juntó tanto número de gentes que estuvimos harto tiempo, después de salidos del monasterio, que pensamos no poder salir, y los que venían conmigo dijeron que habían pensado ser ahogados.*

*Viniendo a París, los padres (descalzos) que habían ya hecho su fundación me venían a ver algunas veces; y viendo los deseos que tenía de pasarme a la (obediencia) de la Orden, pusieron en ello cuidado. Y como los veían venir, díjome un día Monseñor Bérulle que no me pensase ir a los padres de la Orden, que él no me dejaría ir, pues estaba en su obediencia... Un día entré en una ermita de la Santa Cruz que está en el jardín y, poniéndome de rodillas, me vino una suspensión con un ímpetu de amor de Dios. Y está allí un Cristo en la cruz. Este Cristo me tomó entre sus brazos con gran amor y dijo: “Yo quiero*

---

<sup>101</sup> Autobiografía A, pp. 358-359.

*que vuelvas al Carmelo”, y quedóse como se estaba. Y deshecha esta visión, yo quedé como abrasada en una llama de amor de Dios...*

*Por la noche, vínome a llamar al locutorio (Monseñor Bérulle) y díjome: “Aquí me han traído una patente del General para que vayáis a Flandes. ¿La habéis pedido?... Él se turbó y me dijo que él no me dejaría ir, que estaba en su obediencia. Yo dije que me iría, que la debía obedecer. Él me quiso llevar por amor, obligándome con muchas razones, mas yo me estaba muy entera en lo que me convenía volverme a (la obediencia) a mi Religión. Estuvo mucho rato prometiéndome hacer conmigo muy diferente de lo pasado. Y como no me movía, díjome: “Hagamos una cosa: yo se la prestaré a los padres para alguna fundación con condición que me la vuelvan, pero me ha de prometer obediencia antes que me vaya de aquí”. Le dije: “Yo no lo haré, que no prometeré otra fuera de mi Orden”. Enojóse tanto que estaba como loco y mandóme ir a la celda y que no saliese de allí hasta que me lo mandase... Fuíme a la celda y estuve allí muy alegre. Mandáronme ir a comulgar y que me volviese y que me encomendase a Dios para que me mostrase la verdad... Estuve así ocho días. El día de nuestra santa (Teresa de Jesús) a la noche, en sueños, la santa vino y mostró sacarme de la casa y que quería me fuese. Y él cada día deseaba saber si me mandaba la santa quedar, porque él se lo pedía y todas las monjas estos días hacían oración y penitencias porque no me viniese. Y díjele que la santa, aunque era en sueños, me mostraba que era que viniese a la Orden y que el Señor me lo había dicho<sup>102</sup>.*

*Estando para partir desde Tours con gran contradicción de cómo quedaban aquellas hermanas y, si era bueno dejarlas para venir a Flandes, se me apareció la santa Madre Teresa de Jesús y me dijo que era su voluntad que viniese a Flandes. Y poco antes que partiese de Francia, vi una vez un gran resplandor y en él una casa grande y en ella una doncella que me recibió con grande amor, yo a ella no menos; y, cuando yo entré en esta casa de Amberes y vi a la hermana Isabel Teresa de Jesús, me parece que era la misma que había visto estando en Tours<sup>103</sup>.*

*Y un día de octubre de 1611 salió de París camino de Flandes. Nos dice: Salí antes del amanecer fuera del lugar adonde me llevaron, que estaban allí los religiosos aguardando. Dios me dio tan grande consuelo de verme vuelta a la Orden que me parecía estaba como cuando echan una piedra en un pozo y se va al centro y allí reposa como en su gloria y paraíso<sup>104</sup>.*

---

<sup>102</sup> Autobiografía B, Obras completas, tomo 1, pp. 468-470.

<sup>103</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo quinto, p. 282.

<sup>104</sup> *Ibidem*.

Ana había llegado a Francia con cincuenta y cinco años y ahora se iba para siempre con sesenta y dos. Su primera escala en Flandes fue el convento de Mons.

## CARMELO DE MONS

Al llegar a Mons toda la Comunidad la recibió con mucho amor y respeto. Y al amparo de este ambiente fraterno vivió un año de tranquilidad y sosiego. Desde allí aprovechaba para escribir a los carmelos franceses para animarlos en su vida espiritual y preocuparse por las religiosas conocidas. En una carta que le escribió a la Madre Claire du Saint Sacrement, su sucesora en el Carmelo de Tours, le dice: *Deseo saber si la pequeña Magdalena ha profesado y mi buena hermana María de San Elías. A todas encomiendo mucho en mis oraciones. A Florentina me cupo en suerte traer. No lo pensaba, mas Dios lo ordenó de manera que las que estaban concertadas, que eran unas seglares, se deshizo de manera que fue forzoso traerla, quizá por su salud, que está otra. Tiene más salud y está gorda, que no la conocerán.*

*A la Madre subpriora muchas encomiendas y a Margarita y a María de la Concepción, a Ana y Catalina y a todas, que me encomienden a Dios. Yo he tenido salud y ahora la tengo más que suelo. De que V. R. no la haya tenido me pesa mucho. Dios se la dé, Madre mía, y esté cierta que la quiero bien y que es más de lo que piensa. Yo las amo muy de veras.*

*Yo me estoy ahora en Mons hartamente consolada con la Madre Isabel de San Pablo, mas no creo que nos durará mucho este contento, porque todas dos iremos presto cada una a su parte; yo avisaré a V. R. adonde fuere. A Cracovia (Polonia) irán presto monjas de aquí y de otros monasterios también; diré las que fueren... Yo no creo iré, porque el padre fray Tomás no quiere que vaya tan lejos; acá hay hartamente adonde trabajar... Yo no olvidaré mis francesas; podrá ser moriré con ellas.*

*Yo he enviado a buscar unas imágenes; si las hallan, irán con ésta y, si no, en otra. A la señora Jator y a sus hijas mis encomiendas, y a todos los amigos, a René y Magdalena y las de su compañía también. Y quédese con Dios, Madre mía. Cuando me quiera escribir, envíe a Juan Simón la letra o al padre Dionisio, que los dos las enviarán ciertas<sup>105</sup>.*

Su estancia en Mons quedó para siempre en el recuerdo de esta Comunidad. Y, al año de vivir allí, se presentó un día el padre Tomás y la invitó

---

<sup>105</sup> Obras completas, tomo 2, pp. 259-261.

a ser la fundadora del Carmelo de Amberes. Ante el miedo de aprender un nuevo idioma con sus 63 años, dice: *Acabando de comulgar, yo estaba con cuidado y parecíame era dificultoso venir a otra lengua y oí una voz dentro de mí que me decía: “No temas, que esta fundación resplandecerá con el tiempo como un hacha que da mucha luz”*<sup>106</sup>.

El 17 de octubre de 1611 partió en compañía del padre Tomás y tres monjas con dirección a Amberes. De camino a Bruselas se detuvieron día y medio en el palacio de Mariemont, porque la Infanta Isabel Clara Eugenia, hija del rey Felipe II, y su esposo el Archiduque Alberto de Austria, soberanos de los Países Bajos, querían conocerla. Este sería el comienzo de una gran amistad entre nuestra santa y la Infanta, que duraría hasta el fin de su vida.

Al llegar a Bruselas fueron recibidas por la Priora, la Madre Ana de Jesús Lobera, con toda solemnidad: con velas encendidas y cantando el *Te Deum*. Allí encontró a su querida sor Leonor de San Bernardo, que la acompañaría a Amberes y sería, como en Pontoise, su subpriora.

## CARMELO DE AMBERES

El 29 de octubre de 1611 llegó a Amberes desde Mons. Fueron hospedadas en la ciudadela por don Íñigo de Borja y su esposa Elena. Y tomaron posesión del convento el 6 de noviembre. En la primera casa estuvieron tres años hasta que pasaron a otra más acomodada a sus necesidades.

El día que tomó posesión de la primera casa de Amberes, sólo tenía 50 florines, pero el pueblo se dio cuenta de sus necesidades y nunca les faltó ayuda material para el convento. Ella misma comenta: *Vinimos aquí en tanta pobreza que no teníamos sino 50 florines prestados, y los padres jesuitas nos dieron recaudo (cosas) para decir la primera misa, que no teníamos cosa, y los del Magistrado no nos querían; querían tornarnos a enviar, y Dios lo ha todo allanado de tal manera que de toda la villa está este monasterio estimado y, en tres años que ha estamos aquí, está más proveído que otros de diez años. Hemos comprado el mejor sitio del lugar... La santa (Teresa de Jesús) es la Priora, que lo más ordinario me imagino que la ando sirviendo como lo hacía cuando era viva, y que lo demás ella lo hace. Y sin ser muchas veces imaginación, actualmente la he sentido conmigo y que lo hace todo. Dios me ha dado en esto tanta paz y consuelo que nadie lo podrá creer...*

---

<sup>106</sup> Autobiografía B, Obras completas, tomo 1, p. 471.

*Un día, la santa se me apareció muy alegre y me dijo: “Ahora, hija, Vos me habéis de hacer un placer”. Yo le dije: “¿Qué será?”. Y respondió: “Tal padre te lo dirá”. Ese mismo día por la tarde vino una carta del prelado que estaba en Roma en que me ponía una obediencia que los demás monasterios repugnaban aceptar, y lo mismo las religiosas hallaban dificultad.*

*Pero como yo estaba fuerte en que se debía hacer la obediencia y ellas son buenas almas, luego se rindieron a lo que yo les decía; y de esto los prelados fueron bien contentos de estas hijas y no hubo en nada dificultad. De donde yo he sentido favorables consuelos, como si Dios y la santa me fueran obligados por esta resignación<sup>107</sup>.*

Uno de los días se enfermó de gravedad una religiosa, María del Espíritu Santo. Como no conocían aún a ningún médico, la Madre Ana se dirigió a la puerta a ver si pasaba alguien que la pudiera ayudar. Eran las cuatro de la mañana y la única persona que pasaba en ese momento era precisamente el médico Luis Núñez, quien entró a visitar a la enferma y que, desde esa noche, se hizo muy amigo de las religiosas, convirtiéndose en médico gratuito de la Comunidad. Él sería quien atendería a la Madre Ana en el momento de su muerte.

A los pocos días de la fundación, el 21 de noviembre, ya tomó el hábito la primera novicia Isabel Dompré, dama de alta alcurnia, sobrina del arzobispo de Cambray. Recibió el hábito de manos de su tío junto con otras dos jóvenes.

En los principios del Carmelo de Amberes un joven soldado mallorquín dejó la milicia para entrar de carmelita descalzo. Llegó a ser el padre Clemente de Santa Catalina, Prior del convento de Amberes, y quien dará la extremaunción a la beata antes de morir. También tuvo la alegría de ver la conversión de un hereje, que ejercía de mago. Pero la mayor alegría fue su encuentro con el padre Jerónimo Gracián, que había sido provincial de los descalzos, gran amigo y compañero de Santa Teresa, y a quien habían expulsado de la Orden por algunas calumnias. En ese momento, pertenecía a la Orden del Carmelo Calzado y llegó a Amberes a dar unas prédicas a los soldados y a las religiosas con motivo del Adviento.

---

<sup>107</sup> El asunto era probablemente una carta que escribió en 1613 el padre Juan de Jesús María sobre las Constituciones, que debían observar las religiosas.

## LAS CARMELITAS INGLESAS

Varias jóvenes católicas inglesas, perseguidas en su país, fueron acogidas para ser religiosas en Amberes, fundando un Carmelo al amparo de la Madre Ana. Esta fundación se inauguró el 1 de mayo de 1619. Años después, se separaron de la obediencia de la Orden, lo que para sor Ana fue una gran pena y decepción.

En una carta escribe: *Estas pobrecitas inglesas y las de Lovaina no conocen lo que se pierden y, pues no lo conocen, quédense en su ceguedad, que el mal espíritu las engaña con esta libertad*<sup>108</sup>.

En otra carta de enero de 1626, a la Infanta Isabel Clara Eugenia, le manifiesta su disgusto: *Ahora de nuevo le crecen los cuidados de estas pobres inglesas que me tienen harto enojada; y deseo que Vuestra Alteza ponga su poder en resistirlas o mandarlas ir de su tierra si no se ponen a la Orden que, pues son extranjeras y tan libres que, si le pierden el respeto a Vuestra Alteza, no merecen que las tenga cortesía y con esta libertad podrán poner costumbres de su tierra y meter otro día una herejía, lo que Dios no quiera; mas todo se puede temer de sus atrevimientos. Suplico a Vuestra Alteza haga este bien a nuestra Religión, que no tenemos otro amparo ni defensa sino a Vuestra Alteza*<sup>109</sup>.

Ciertamente al negar la obediencia a los Superiores de la Orden, mal aconsejadas por sus Superiores, le dieron muchos dolores de cabeza a sor Ana, que se consideraba su Madre espiritual.

## SU SECRETARIA

Cuando la Madre Ana se alojó en el palacio de Mariemont, residencia de la Infanta y de su esposo el Archiduque, se fijó en una de sus damas. La Infanta Isabel Clara Eugenia le preguntó por qué la miraba fijamente, y le respondió que llegaría a ser carmelita. La joven aludida se asustó y dijo llorando: *¿Cómo tengo que ser monja si no tengo gana?* A lo que sor Ana dijo: *No llore que, cuando venga a ser monja, lo será de buena gana.* Siete años después esta joven madrileña que formaba parte de la Corte, profesó y se convirtió en la secretaria de sor Ana. Se llamó Clara de la Cruz y profesó en manos de nuestra beata el 11 de abril de 1619.

---

<sup>108</sup> Carta al padre Fernando de Santa María del 8 de julio de 1622; Obras completas, tomo 2, p. 728.

<sup>109</sup> Obras completas, tomo 2, p. 923.

A la Madre Anne de saint Joseph le escribe en abril de 1619: *No he respondido antes por la profesión de la hermana Clara de la Cruz, que se ha hecho con mucha solemnidad y vino tanta gente de la Corte que no sabíamos dónde los hablar, que por Sus Altezas han venido todos esos señores. ¡Bendito sea Dios que ya son todos idos! Yo soy tan mal cortesana que parece salgo de una prensa. Está muy contenta nuestra hermana y todas lo estamos, que es muy buena religiosa*<sup>110</sup>.

Sor Clara de la Cruz fue su gran apoyo de sus últimos años de vida como secretaria y ayuda en todo sentido.

## NUEVO CONVENTO

Una de sus principales preocupaciones era la construcción del nuevo monasterio de Amberes, pues desde el principio estaban en una casa alquilada y provisional. Escribe a la Madre Leonor de la Misericordia: *Dicen los maestros que de aquí a un año estará hecho, mas yo creo que serán dos, porque los inviernos son largos y no se puede en esta tierra hacer obra con el frío, que se cae con todo. Tenemos el sitio mejor que hay en Amberes, que, aunque hemos venido las postreras, Dios nos lo ha guardado, que hace treinta años que tratan de comprarlo los demás monasterios y nunca se habían concertado. Dicen son las más lindas frutas y jardines, que el Archiduque no los tiene tales. Ahora un año me llevaron los padres a verlo y cayóme tan en gracia que, aunque se han presentado otros sitios, no me han contentado, siempre los he despedido. Ahora estamos muy contentas*<sup>111</sup>.

La Comunidad se trasladó al nuevo alojamiento en la primera mitad de 1615. El 15 de agosto tomó el hábito una dama de la Infanta y se puso la primera piedra del convento, que se estaba aún construyendo. Nos dice: *Hemos tenido aquí a la señora Infanta y al Archiduque, que vinieron a meter monja una de sus damas, hija de un grande, es un ángel y tiene principios de ser una santa; es de dieciséis años. De camino, puso Su Alteza la primera piedra de nuestra iglesia con gran solemnidad y muy gran número de pueblo. Fue el día de Nuestra Señora de Agosto. Hizo hacer grandes tiendas en nuestros jardines, que es donde se hace el edificio. Mas la tienda de Sus Altezas, que lo veíamos desde los desvanes, era cosa muy de ver, y a la Serenísima Infanta verla entrar, tan propia, en la zanja a meter su piedra con muchos siervos de Dios y caballeros. Primero dijeron una letanía en procesión en derredor de la fosa, y la Infanta estaba de rodillas debajo de su tienda en tanto que la decía. Esta piedra lleva el*

---

<sup>110</sup> Obras completas, tomo 2, pp. 484-485.

<sup>111</sup> Obras completas, tomo 2, p. 360.

*obispo delante de ella, y ella la toma abajo y la asienta en el lugar que está hecho* <sup>112</sup>.

El Carmelo nuevo de Amberes fue inaugurado en 1615 y ha sobrevivido hasta la actualidad. En mayo de 1618 los carmelitas descalzos fundaron una casa en Amberes, lo que para sor Ana fue motivo de gran alegría. En marzo de 1623 llegaron a Amberes las carmelitas descalzas del convento de Borges, que decidieron abandonar la ciudad ante la intransigencia del ya conocido Pedro Bérulle. Fueron acogidas por la Madre Ana y después de tres meses fundaron el Carmelo de Jeper.

### **BEATIFICACIÓN DE LA MADRE TERESA**

Uno de los más grandes deseos de la Madre Ana de San Bartolomé era poder poner el Carmelo de Amberes bajo la advocación de santa Teresa de Jesús. En la Semana Santa de 1614 le escribía al padre Tomás de Jesús si ya había sido beatificada la Madre Teresa y si podía poner a su Carmelo el nombre de la nueva beata. La beatificación tuvo lugar en Roma el 24 de abril de 1614 y así ella pudo poner al Carmelo de Amberes con el nombre de beata Teresa y San José.

En el mes de setiembre de este año fueron las grandes fiestas en Amberes con motivo de la beatificación. Ella escribió a una carmelita descalza del Carmelo de Consuegra en España: *Hubo misa pontifical y el día octavo vino todo el cabildo de la iglesia mayor y después de la misa teníamos un rico sermón y se hubo de quedar para después de vísperas, porque todos estos señores de la iglesia y el magistrado quisieron llevar la santa y el Santísimo Sacramento en procesión y así congregaron a todas las Órdenes y Cofradías e hicieron una procesión muy solemne, que dicen los naturales no la habían visto jamás tan devota y con tanta paz y unión... Estaban las calles aderezadas con altares y música y sonetes. Cuando paraban, en el espacio que iba en la procesión entre nuestra santa y el Santísimo, dicen que iban 300 hachas (antorchas) ¡Qué sería lo demás! Iban delante de la santa muchas niñas bellamente aderezadas como vírgenes con unas cestitas de flores en las manos. Esto hizo mucha devoción... Nuestra santa ha sido honrada y se va cada día más conociendo.*

*Los padres del Carmen llevaban en hombros las andas en que iba la santa y, cuando llegaron a su convento, la metieron dentro en un altar que tenían en medio de la iglesia, hecho para este propósito, y allí cantaron los frailes un “Te Deum” al órgano. Todos los días de la octava fue el concurso de la gente tanto que tenía dos alabarderos a la puerta para que entrase la gente con moderación.*

---

<sup>112</sup> Ib. p. 374.

*Antes de encerrar el Santísimo Sacramento decíamos nosotras las Completas cantadas, que tenemos algunas buenas voces... Estaba la iglesia que no cabía la gente. En fin, nuestra santa ha sido honrada y se la va cada día más conociendo<sup>113</sup>.*

*Al padre Francisco de la Madre de Dios le dirá que la fiesta de la santa ha sido una fiesta del cielo<sup>114</sup>.*

*El padre Jerónimo Gracián murió ocho días antes de la fiesta de la beatificación de nuestra santa Madre. Vino de fuera de la villa de Bruselas y vino tarde, que estaban las puertas cerradas y hacía muy terrible frío. Quedóse en una hostelería mal acomodado y dióle un cólico y él se vio luego que se moría. Y confesóse y díjole el confesor que no se moriría, y él dijo que sí, que la santa se le había aparecido y así este mismo día murió a las tres<sup>115</sup>.*

## **DEVOCIÓN A LA BEATA TERESA**

La Madre Ana se convirtió desde la beatificación de la Madre Teresa en una de las principales propaganditas de su devoción y repartía reliquias por doquier. A través de ellas Dios hacía muchos milagros por intercesión de la santa, lo que hacía que cada día la conociesen más, la invocasen más y la amaran con más veneración.

*En una carta escrita a la Madre Catalina Bautista le dice: ¡Si supiese los bienes que se hacen con las reliquias que me envía y cómo permite Dios por el bien y honra de la Religión que sea más conocida y que tengamos tal fundadora como una tan gran santa! He repartido más del medio de la jerga a pizquitas y a nadie lo doy que deje de hacer efecto para la necesidad que se les aplica. Hará seis días que estaba una señora, que es de las amigas de la casa, y me vinieron a decir que le había dado un accidente que se moría... Y enviando una reliquia y con estar siete médicos a la cabecera, no sabían qué hacer y, en poniéndole la reliquia, empezó a mejorar y ahora me dicen está buena del todo con tanta alegría de todos en su casa, que me envían mil alabanzas de nuestra santa, porque la que estaba desahuciada tres días ha, verla buena es gran milagro.*

*Otra señora vino aquí tan mala tres días ha en una carroza y la trajeron como muerta y dos médicos con ella y muchos criados, y todos decían era locura salir de su casa. Yo me espanté ver su atrevimiento... Yo le di un poquito de la*

---

<sup>113</sup> Obras completas, tomo 2, pp. 338-339.

<sup>114</sup> Ib. p. 335.

<sup>115</sup> Obras completas, tomo 2, p. 361.

*jerga y se lo puse al estómago... Y a la mañana me envió a decir que estaba toda buena.*

*Otra estaba que tenía como mal de corazón y se le encogían los nervios y la lengua gorda como de perlesía (parálisis). Y envié a un hijo suyo unas cordaduritas de estas reliquias y ella lo tomó. Y estando con este mal, sin poder hablar se puso una sobre su lengua y mejoró y acostumbrolo unos días y a cuatro meses y más no le ha vuelto este mal...*

*Esto he dicho por ser más fresco y breve, que si hubiese de decir las cosas que cada día hace nuestra santa, sería menester hacer un libro de las mujeres que libra de peligros en sus partos; y otras, desesperadas de tener niños, se encomiendan a ella, y ya viejas algunas, y los tienen. Esto dé consuelo a V. R. de lo que me envía... Y me busque alguna carta de la santa, que en Salamanca o en Alba tendrán alguna, mas no diga que son para mí, que no las darán, sino para otra necesidad<sup>116</sup>.*

*Al conde de Buccoi le había dado, cuando se fue, una reliquia. Y andando en la pelea con los enemigos, se le cayó y al cabo de que venció y hubo una victoria, echó de menos su reliquia y prometió pagarle bien a quien la hallase. Fuéronla a buscar y estaba en medio de la carrera de todos los caballos sin que se hubiera pisado, sino tan sana como si la tuviera en su cuello. Otro día se fue un poco a pasear y los enemigos se entraban en la plaza de los nuestros. Llamáronle aprisa los capitanes y él estaba sin armas y dijéronle: “¿Cómo, señor, estás desarmado, y los enemigos con nosotros?”. A lo que respondió: “Vamos, que yo tengo aquí mis armas, que es la reliquia de santa Teresa”. Y fue así y tuvieron una gran victoria y tomaron y mataron esta vez muchos de los contrarios. Otras muchas cosas pudiera decir maravillosas que cada día me escriben de allá<sup>117</sup>.*

*A la Madre Elvira de San Ángelo le escribía: Me envíe algo de mis santos, de la Madre y del Padre (Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz) que por acá es bien empleado cualquiera pizquita de reliquia que viene y hacen muchos milagros y bien a muchas almas... Por el bien de las almas envíen lo que pudieren que yo luego lo reparto a los que vienen con devoción, que se va extendiendo mucho la de nuestra santa<sup>118</sup>.*

---

<sup>116</sup> Obras completas, tomo 2, pp. 615-617.

<sup>117</sup> Carta a una carmelita descalza, Amberes entre 1613 y 1615; Obras completas, tomo 2, p. 380.

<sup>118</sup> Carta a la Madre Elvira de San Ángelo, Amberes, 17 de agosto de 1618 ó 1619; Obras completas, tomo 2, p. 463.

Ella pedía reliquias a diferentes conventos de España y, a la vez, compartía lo que le enviaban con otros Carmelos. Ya había cinco en Flandes, uno en Colonia (Alemania) y otro en Cracovia (Polonia).

## SU CANONIZACIÓN

A partir de la beatificación fue aumentando en toda Europa el conocimiento del poder de intercesión de la beata Teresa de Jesús. Fue canonizada el 12 de marzo de 1622 por el Papa Gregorio XV.

Sor Ana escribe: *Me consolé el día de su canonización... Yo quedé en paz y gozo, que lo he tenido de ver esta santa honrada como lo merece de Dios y de su santa Iglesia. Bendigamos día y noche al Señor que la escogió para poner en ella tantas gracias, que es de su gloria mostrarlas en sus amigos*<sup>119</sup>.

Para la Infanta Clara Eugenia fue una gran noticia, pero no pudo festejarla, porque todavía estaba de luto por la muerte el año anterior de su esposo el Archiduque Alberto y de su hermano el rey Felipe III de España. Además, por no tener descendencia, la soberanía de los Países Bajos regresaba a la Corona de España, a su sobrino Felipe IV. La fiesta se celebró sin grandes solemnidades el 13 de junio de 1622.

En una carta a la Madre Ana de la Ascensión le escribe: *Bien me pude dar el parabién (por la canonización), porque, aunque no lo merezco, me lo puede dar de sus hijas por lo que le deseo y me gozo, que es uno de los contentos que yo puedo tener en este mundo hasta que la vaya a ver... En quererla y en consolarme de las honras que Dios y el mundo le hacen, no daré a nadie ventaja en esto*<sup>120</sup>.

---

<sup>119</sup> Carta al padre Fernando de Santa María, Amberes, abril de 1622; Obras completas, tomo 2, p. 711.

<sup>120</sup> Obras completas, tomo 2, pp. 719-720.

## LIBERTADORA DE AMBERES

A partir de 1621, en que terminó la tregua pactada con los holandeses, comenzaron de nuevo las guerras. Sor Ana vivía estas problemas en carne propia y oraba por el feliz éxito de la contienda a favor de los católicos para que los protestantes holandeses no impusieran sus errores y expandieran sus falsas doctrinas.

En una carta que escribe a su prima y amiga de la infancia sor Francisca de Jesús le dice: *Estamos todas con salud, mas metidas en guerra con estos holandeses que nos hacen hartas molestias. Ahora se acaban las treguas y está todo este país en armas. Dios les dé la victoria a los nuestros, si es servido. El Señor no quiere que hagamos paz con los enemigos, aunque muramos en la demanda*<sup>121</sup>.

Muchos militares que la conocían y la estimaban como a una santa, acudían a ella antes de partir al frente para pedirle alguna cosa suya para usarla como reliquia y protección de Dios. La misma Infanta le pedía consejos. Sor Clara de la Cruz, que fue su secretaria y había sido en otro tiempo dama de la Infanta, escribe: *En un caso de harta importancia siguió el parecer de nuestra Madre contra el de todos los ministros y aun del Rey: tanta era la fe que tenía en ella y, no sólo en este caso lo mostró, sino en todas las ocasiones que se ofrecían, pues otra vez don Iñigo de Borda le dio parte del poco reparo (defensa) que había en este Castillo (de Amberes)... para que Su Alteza lo mandase remediar. Y respondióle: “Del castillo de Amberes, ni de esta villa, no tengo ningún cuidado, porque estoy más segura con la defensa de las oraciones de la Madre Ana de San Bartolomé que con cuantos ejércitos allí podía tener*<sup>122</sup>.

Estas palabras de la Infanta parecieron una premonición, pues en dos oportunidades, en 1622 y 1624, salvó con sus oraciones a la ciudad de Amberes de ser tomada por los holandeses.

El 27 de julio de 1622 la Infanta informaba el rey de España de la decisión de asediar Bergen-op-Zoom, pero el ejército enemigo se acercaba con 30.000 hombres, de los que 8.000 eran de caballería y 20 cañones. El 5 de octubre el general Spínola tuvo que levantar el cerco y se retiró. Sor Ana se sentía culpable y dijo: *Mis pecados son grandes y soy bien pecadora, pues Dios nos castiga de esta manera*<sup>123</sup>.

---

<sup>121</sup> Obras completas, tomo 2, p. 643.

<sup>122</sup> Declaración autógrafa de Clara de la Cruz de mayo de 1630, que se encuentra en el Archivo de las Madre Carmelitas de Amberes.

<sup>123</sup> Declaración de sor Beatriz de San José del 10 de mayo de 1630 en el Proceso de canonización.

Después de esta retirada, el camino a Amberes estaba libre y podía presumirse un ataque en cualquier momento. Eso fue lo que ocurrió en diciembre de 1622 y Dios liberó a Amberes de una derrota segura por intercesión de sor Ana. Ella misma lo refiere: *El día que Mauricio (de Nassau) vino con grande Armada y determinación de tomar Amberes, tomó una noche toda la más de su gente en muchas barcas; y hacía una noche muy serena y apacible, y decía a los suyos alegremente: “Vamos, sólo Dios o el diablo me quitarán la empresa”, y asegurándolos tendrían Amberes y que vendrían bien ricos. Y llegando frontero en Amberes, se levantó una tormenta y gran aire frío, que se heló toda el agua y se anegaron todas las barcas y la gente en un momento; sólo Mauricio se libró con harto trabajo anegándose y trepando por el agua, tanto que se le abrió el cuerpo, que nunca más tuvo salud hasta que de eso murió.*

*Esta noche, sin saber la traición con que venía, me dio gran miedo desde las doce, y me puse en oración, alzadas mis manos al cielo con gran ímpetu; y cansándoseme los brazos, fui a bajarlos, y pareció que me los tornaron a levantar diciéndome no sé yo quién: “No es hora, tenlos en alto”. Y así estuve casi hasta el amanecer, que sentí que estaba hecho lo que pedía. Esto fue así verdad*<sup>124</sup>.

Sor Teresa de Jesús, que le sucedió en el priorato de Amberes, escribió: *Pasaba las noches en oración clamando a Dios por estas necesidades como lo hizo aquella noche cuando los holandeses quisieron venir a tomar Amberes, que antes de acostarse nos dijo a todas en el coro con grandísimo fervor: que por amor de Dios que rezásemos bien y apretásemos a Dios por estas cosas de su Iglesia, y esto tornaba a repetir con tanto ímpetu, que nos espantábamos, y pensábamos que había tenido nuevas, que se había de hacer alguna gran empresa. Y preguntádoselo dijo que no sabía esto, mas que Dios le ponía este espíritu; y desde las dos de la mañana se puso en oración hasta que yo fui a su celda a la mañana antes de ir al coro como lo tenía de costumbre, y en entrando me dijo: “¡Ay, hija!, y qué cansada que estoy, que parece tengo el cuerpo molido, alguna gran traición debe de haber, porque toda la noche parece he peleado y de la fuerza que me han hecho para que yo rezase que al momento que yo quería bajar los brazos que tenía levantados para clamar a Dios, me decían siempre reza más, más, más, y aunque hubiera peleado con un ejército no creo estuviera más cansada, que estoy toda en agua”. Y así fue menester mudarle la túnica, y a la mañana sosegó y dijo: “Ya está hecho”, y dos o tres horas de ahí vino la nueva de cómo había faltado muy poco para que los holandeses tomasen Amberes, y fuíselo a decir a nuestra Madre, la cual dio hartas gracias a Dios por*

---

<sup>124</sup> Relaciones de gracias II, 28.

*esta merced. Hartas veces decía sentía había alguna traición, y de ahí algunos días venían las nuevas cómo era verdad*<sup>125</sup>.

También el padre Hilario de San Agustín, entonces Prior en el Carmelo de Amberes, declaró en el Proceso: *El año 1622, en la fiesta de San Andrés, vino... a visitar una mañana a la dicha venerable Madre, que entonces dijo que pasó la noche en oración y en una agonía, y que pidió al Señor Dios que librara de un peligro inminente a la ciudad de Amberes. Y poco después entendió que venía una ingente escuadra, formada por el conde Mauricio, jefe del ejército de Holanda, con un gran aparato bélico; y él confiaba tanto en su éxito, que decía abiertamente que todo estaba tan organizado que solamente Dios podría impedirlo; y animaba a sus soldados a luchar para conseguir un gran botín y muchas ventajas; y cuando ya la escuadra estaba navegando, capitaneada por él y sus principales, surgió un viento huracanado y frío; peligraba su misma nave, algunas se hundieron y el resto de la escuadra andaba a merced de los vientos, terminando todo en un gran desastre, y tanto los soldados como los marineros luchaban por salvarse*<sup>126</sup>.

La segunda liberación sucedió en 1624. Este año, en setiembre, el general Spínola estaba comenzando el asedio a la ciudad de Breda y se temía que los holandeses para hacer desistir del asedio podían atacar Amberes. Y esto es lo que ocurrió la noche del 13 al 14 de octubre de 1624. La misma sor Ana nos cuenta cómo lo vivió: *Estando acostada y dormida, desperté a unos gritos que daban en el dormitorio; y en despertando, los oía y llamé. Viniendo las hermanas les dije: “Vayan por las celdas, miren quién está mala, que dan gritos”. Y dijeron: “Todas duermen y nadie está mala”. Yo les dije: “Vístanse y vámonos al Santísimo Sacramento, que debe de haber alguna traición, que parece ser nuestra santa la que nos despierta”; y fuimos. Yo dije al Señor: “Aquí os traigo vuestras siervas, para que os pidan lo que deseo, que yo no puedo nada”. Y así lo sentía, que me hallaba confusa delante del Señor. Y estuvimos un poco, y luego sentí, sin ver ni oír nada, que nos podíamos ir. Olvidábaseme (decir) que junto con los gritos que oía, oí tañer al arma en el castillo y miré por las ventanas si había luces en él, — que se ve desde nuestra casa—; no había nada, todo estaba oscuro; y con todo, sentí que había algo malo*<sup>127</sup>.

*Al día siguiente la Infanta sabía lo que había pasado en el castillo y en las carmelitas de Amberes, y envió al padre Hilario de San Agustín, que estaba de Prior en Bruselas, a donde Ana para informarse mejor. La Infanta escribía el 18 de octubre un relato detallado e interesante al padre Domingo de Jesús María:*

---

<sup>125</sup> Proceso pp. 43-44.

<sup>126</sup> Proceso p. 241.

<sup>127</sup> Relaciones de gracias, II, 29.

*“El domingo después de la octava de la santa Madre Teresa. a las tres de la mañana, vino el enemigo con tres mil infantes y mil caballos y treinta carros con escalas y instrumentos, algunos nunca usados, y llegó con unas barquillas hechas de juncos a poner dos escalas al castillo de Amberes, y por ser la noche la más terrible de aire y oscuridad que se ha visto no pudieron ser sentidos ni haberse sabido antes de su venida, porque todos traían bandas rosas y los carros con las cruces de Borgoña como los nuestros de munición; y a todos los villanos y gente que toparon decían que era nuestra gente que venía a hacer escolta a un convoy. Y como suelen venir muchas veces así, todos lo creían, y los estaban aguardando en Amberes, espantándose mucho cuando anocheció cómo no llegaban y pensaban les había acontecido algo. Pero ellos llegaron como digo a las tres y por la mucha tempestad parece que no pudieron echar tan bien el puente que traían tan bien hecho de juncos; y quiso Dios que el centinela con toda la oscuridad le pareció veía algo en el foso, y así se echó de bruces sobre la muralla para verlo mejor, y en fin le pareció veía algo y era una de las barquillas y así preguntó: “¿Quién va allá?”, y le respondieron “amici” (amigos). Él con eso disparó su mosquete y llamó al cuerpo de guardia que comenzaron a tirar y tocar arma con que vino el castellano y cuantos había en el castillo hasta las mujeres, con que se retiraron los enemigos. Y al amanecer hallaron las escalas y las barcas y todos los instrumentos, que se retiraron tan aprisa que lo dejaron todo.*

*Yo le aseguro que con uno que subiera y hubiera muerto al centinela estaba hecho el negocio, porque primero que se sintiera, fueran señores del castillo; porque de más de haber poca gente por haberse sacado alguna para Breda, estaban todos malos, que no había sino 25 sanos, pero sanos y enfermos todos acudieron, y a algunos se les han quitado las calenturas. Todos tenemos por cierto que las oraciones de la Madre Ana de San Bartolomé nos han librado, porque a las doce fue a despertar a sus monjas muy aprisa para que fuesen a hacer oración al coro, que había una gran traición. El enemigo tenía trescientas barcas en Lillo para acudir luego con más gente, pero el aire se lo estorbó y las echó todas por allí, de manera que ya ha librado Nuestro Señor dos veces a Amberes con una tempestad; y es lo bueno, que como hacía tal aire dije yo a las damas riendo, que sin duda el enemigo debía de venir a Amberes y Nuestro Señor nos quería defender con otra tempestad como la pasada<sup>128</sup>.*

*El soldado de guardia del que habla la Infanta era Andrés de Cea, quien cinco años más tarde declaró en setiembre de 1629 sobre lo sucedido en la noche del 13 al 14 de octubre: “Confieso yo, Andrés de Cea, soldado del castillo de Amberes, que el día décimo o décimo tercero de octubre del año 1624 estando yo de centinela una noche de tan grande oscuridad, lluvia y vientos, que no se*

---

<sup>128</sup> Carta autógrafa que se encuentra en el Archivo de las Carmelitas descalzas de Amberes.

*podía descubrir nada, y vi alguna cosa negra en las aguas; dudando qué podría ser me eché por tierra, porque otramente no era posible discernir nada, y entonces vi que era una pequeña barquilla, que pasaba debajo del puente de socorro, y luego avisé a otro centinela para que llamase al cabo de escuadra, y viniendo, dije que había visto pasar la barquilla debajo del puente. Él respondió que no veía nada. Repliqué yo que se echase por tierra como estaba yo, y que viese. Hízolo así y habiendo bien reconocido, tocó armas; con que huyó el enemigo, dejando todos los instrumentos que había traído consigo”<sup>129</sup>.*

El obispo de Amberes investigó el hecho y tanto gobernantes como soldados y pueblo reconocieron públicamente a sor Ana como la libertadora de Amberes.

El padre Hilario de San Agustín dice sobre este suceso: *El año 1624, cuando el marqués de Spínola, en nombre del Rey de España, puso sitio a Breda, el conde Mauricio, Príncipe de Orange, jefe del ejército de Holanda, destinó a varios miles de soldados para conquistar por astucia el castillo de Amberes, y, cuando bien entrada la noche, en medio de una tempestad, atacaron con armas de fuego en la puerta, llamada Auxiliar, llevando consigo muchos y eficaces pertrechos bélicos para destruir puentes y llevar a cabo otros objetivos planeados, para entrar en el castillo, la venerable Madre Ana, hacia media noche, se despertó y, al oír un gemido, tocó en el tabique para llamar a la Madre subpriora, y le mandó que abriera las celdas de las religiosas y viera si alguna estaba mal y gimiendo; y después de hecho todo eso, encontró a todas bien dormidas; entonces le dijo a la misma Madre subpriora que ella presentía que la ciudad de Amberes estaba en un gran peligro, y que despertara a todas las monjas para ir al coro a orar a Dios por esa necesidad; después de hecha la oración, comenzó el bombardeo, y parecía que el enemigo estaba cerca del castillo, realizando el plan indicado, pero, dejando las armas bélicas, se marcharon abandonando todo.*

*El padre deponente dice que entonces él estaba de Prior en Bruselas, y que le escribió la venerable Madre Ana contándole todo lo que acaba de decir, y que le enseñó las cartas de la Serenísima Infanta Isabel, que las conserva, y cree que las envió al Rey Católico de España, y la Serenísima Infanta mandó que él fuera a Amberes, para que se enterara de todos los detalles y le informara con la mayor rapidez. Y el padre deponente dice que la venerable Madre Ana le dijo que el gemido fue de la santa Madre Teresa, que le mandó orar, y cree que dicha revelación es evidentemente milagrosa, y que la liberación del castillo se debió a la intercesión y a las oraciones señaladas. Y dice también el padre deponente*

---

<sup>129</sup> *Ibíd.*

*que estas dos liberaciones de la ciudad de Amberes son conocidas y públicas en todos los lugares de Bélgica y otras Provincias*<sup>130</sup>.

Y añade el padre Hilario de San Agustín: *El actual Rey de España, al saber que el castillo de Amberes se había librado de la invasión de los holandeses por las oraciones y la intercesión de la Madre Ana, escribió a la Infanta Isabel Clara Eugenia para que diera a este convento de Amberes una limosna de cerca de tres mil florines, más o menos, y que la misma Infanta proveyera de modo que el convento de la Madre no sufriera penuria, y la misma Serenísima Infanta todos los meses se preocupaba de hacer una limosna de cincuenta escudos*<sup>131</sup>.

## RENDICIÓN DE BREDA

Muchos de los soldados que estaban en el asedio de Breda tenían reliquias de la Madre Ana. A tanto llegaba la confianza en sus oraciones. La primera carmelita flamenca, sor Teresa de Jesús, en su declaración en el Proceso afirma: *La estimaban tanto que se veían por muy dichosos de poder alcanzar una carta de su mano y la guardaban como un tesoro, así príncipes, cardenales como personas particulares. En el sitio de Breda algunos hacían tanta estima de sus cartas que siempre las llevaban debajo de las armas como amparo fuerte y nunca les sucedía ninguna desgracia. Venían personas de lejos sólo para hablarle y, de muchas partes, pedían su consejo en cosas de mucha importancia*<sup>132</sup>.

El 5 de junio de 1625 el marqués de Spínola logró la rendición de Breda. Este hecho fue inmortalizado por el famoso pintor español Velázquez en su pintura la *Rendición de Breda*, en la que el gobernador holandés Justino de Nassau entrega las llaves de la ciudad a Spínola. Este cuadro se encuentra en el museo del Prado de Madrid.

En el mes de julio, la Infanta quiso ir personalmente a Breda para hacerse cargo de la situación y quiso pasar por el convento de la Madre Ana para saludarla, agradecerle sus oraciones y pedirle su bendición. Sor Clara de la Cruz, testigo presencial, refiere: *Al salir (la Infanta) se hincó de rodillas y le pidió la bendición, besándole el escapulario... y llamó al marqués y a todos los demás caballeros que estaban allí, casi toda la Corte, y dijo a nuestra Madre: “Ahora*

---

<sup>130</sup> Proceso, p. 242.

<sup>131</sup> Proceso, pp. 238-239.

<sup>132</sup> Proceso, p. 47.

*dadnos la bendición a todos y con eso no hay para qué temer ningún peligro (por el camino)* <sup>133</sup>.

En las declaraciones del Proceso de canonización Su Alteza Isabel Clara Eugenia manifestó que *tiene por cierto que por tres veces Nuestro Señor libró esta villa de Amberes del enemigo por las intervenciones y oraciones de la venerable Madre* <sup>134</sup>.

Otra intervención de la Madre Ana tuvo lugar en la batalla de la Montaña Blanca (Chequia) ganada por las tropas católicas. Las tropas imperiales eran conducidas por el general Tilly y por Carlos de Longueval, conde de Bucquoy. Tuvo lugar el 8 de noviembre de 1620. En los procesos para su canonización algunos testigos dirán que la beata Ana manifestó ese mismo día: *“Este día los cristianos han obtenido una gran victoria”*. *A los ocho días llegó la noticia del hecho. Ella había orado intensamente por la victoria* <sup>135</sup>.

## ÚLTIMA ENFERMEDAD

La Madre Ana empezó a sentirse peor de salud desde 1624. La Infanta la quería tanto que le enviaba sus propios médicos y las medicinas necesarias. En esos momentos de enfermedad lo que más pena le daba era que la sirviesen, pues estaba acostumbrada durante toda la vida a servir y no a ser servida. Y por ello decía: *Si Dios me llevase ya, no las doy trabajo y allá las podré ayudar más que acá* <sup>136</sup>.

Entre otros males le dio un par de años antes de su muerte una apoplejía y no podía hacerse entender como quisiera. Sor Clara de la Cruz anota: *Aun con todo su mal no dejaba de barrer las escaleras medio a gatas y su celda y hacer su cama con peligro muchas veces de caer y descalabrarse y aun matarse. Mientras estábamos en las Horas (Oficio) en invierno iba al jardín y traía leña y nos hacía lumbre para cuando saliésemos del Oficio* <sup>137</sup>.

En 1626, tres o cuatro meses antes de su muerte, quedó totalmente imposibilitada para caminar o vestirse sola. Sor Clara de la Cruz escribió: *Estos postreros meses de su vida era ya de manera que parecía que no vivía en este mundo y así nada de él se le podía tratar, sino sólo de la eternidad; y para*

---

<sup>133</sup> Proceso, p. 114.

<sup>134</sup> Proceso, p. 574.

<sup>135</sup> Testimonios del Proceso del Archivo del convento de las Madres Carmelitas descalzas de Amberes.

<sup>136</sup> Declaración de sor Teresa de Jesús que se conserva en el Archivo de las carmelitas descalzas de Amberes.

<sup>137</sup> *Ibíd.*

*aliviarse hacía que le cantasen aquellas coplas de nuestro padre fray Juan de la Cruz que dicen: “¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?... En sólo esto encontraba consuelo y, como digo, la tuvo el Señor en este estado los postreros meses de su vida hasta que la llevó a gozar del premio que merecía”<sup>138</sup>.*

Una de las cosas que más la mortificaba era que las personas importantes se preocuparan de ella, enviándole médicos y cosas para su salud. Lo que sí pidió fue una reliquia de la santa Madre Teresa de Jesús.

*Dos meses más o menos antes de su muerte comulgaba todos los días y esto muy de mañana, hacia las tres o cuatro. Y la enfermera que la cuidaba le dijo al padre deponente (Juan de la Madre de Dios) que la Madre se despertaba a medianoche y acudía a ella con grandes deseos de comulgar, preparándose con gran devoción hasta las tres o cuatro de la madrugada; y esta devoción se manifestaba todavía con más intensidad a la hora de comulgar con manifestaciones de humildad y otras actitudes externas... Además, todo los días, cuando se exponía en la iglesia el Santísimo Sacramento del altar, ella acudía con mucha devoción y no pedía que le llevaran de allí hasta la reposición del Santísimo, a no ser que por caridad y debido a su oficio exigieran otra cosa. De la misma forma y devoción oía la misa diariamente, mientras podía, debido a su enfermedad<sup>139</sup>.*

El 4 de junio de 1626, con 76 años, se sintió muy mal. Hacía dos años que había tenido amagos de hemiplejia y, aunque sanó milagrosamente, siempre le quedaron algunos achaques.

Dice el padre Crisóstomo Enríquez: *Diéronla la extremaunción y, en recibéndola, se le mudó el rostro mostrando gran alegría y un modo de risa; abrió los ojos, por extremo lindos, mirando de hito en hito por espacio de casi un cuarto de hora en alto, hacia la pared de su cabecera, como que veía todo su bien; y con esto expiró con una paz y quietud que parecía que dormía un sueño dulce... Una hermana se arrojó a sus pies en el mismo instante que expiró y sintió un olor muy fuerte y suave a modo de reliquias y le duró por todo el día sin poder despedir de sí aquel olor; y, por casi todo el convento, se sintió por mucho tiempo un olor muy suave que no se puede comparar a cosa de la tierra; y esto lo olían en diferentes veces todas las hermanas del convento.*

*Como la apoplejía le trabó la lengua, no pudieron las religiosas preguntarle qué miraba cuando estuvo con los ojos levantados en alto un cuarto de hora, pero el Señor quiso engrandecer la humildad de su sierva y se lo*

---

<sup>138</sup> *Ibíd.*

<sup>139</sup> *Proceso*, p. 329.

*manifestó a la venerable Catalina de Cristo, estando en oración en Ávila. Ella escribió a la Madre Clara de la Cruz: El Señor me dio a entender en la oración que estaban a su cabecera todos los santos y toda la Trinidad y la Madre de Dios y nuestra santa Madre y el maestro, santísimo padre san José, con las demás vírgenes; y en saliendo su bendita alma del cuerpo, fue al cielo derecha con cánticos celestiales de todos los santos y santas y ángeles*<sup>140</sup>.

Se fue de este mundo ante la presencia del médico amigo de la comunidad, del padre Prior de los carmelitas descalzos de Amberes y de todas las religiosas de su convento. Se fue sin ruido a los 76 años de edad el 7 de junio de 1626, muy poco tiempo después de la muerte de su prima y amiga de la infancia Francisca de Jesús, que había muerto el 19 de febrero de 1626.

### ALGUNOS MILAGROS

El padre Clemente de Santa Catalina afirma que *el cuerpo de la Madre Ana de san Bartolomé, después de su muerte, fue expuesto en el coro de las monjas frente a una cruz, como es costumbre entre ellas aunque sean legas; pero ante el inmenso gentío del pueblo, algunas monjas, sin que supieran nada los Superiores, acercaron los pies de la Madre a la ventanilla donde se da la comunión; por lo que fueron regañadas también por el mismo padre deponente. Y esta afluencia de la gente, no sólo provenía de la devoción y la veneración de los ciudadanos de Amberes, sino también de otras ciudades. Y oyó e incluso lo vio él mismo cómo la gente daba sus rosarios a las monjas para que los tocaran al cuerpo de la Madre para satisfacer así su devoción*<sup>141</sup>.

El padre Crisóstomo Enríquez escribió: *Despoblóse Bruselas y, no sólo plebeyos, sino nobles y muchos príncipes y princesas, se partieron al punto para ver y venerar aquel castísimo cuerpo antes que le enterrasen. Estaba en el coro de las monjas con el rostro tan blanco y tan hermoso que bien manifestaba la gloria de que gozaba su dichoso espíritu. La multitud del pueblo fue excesiva. El primer día tocaron al santo cuerpo más de 10.000 rosarios e imágenes. Colíjase de aquí la multitud que concurrió a su entierro. Hasta el martes la tuvieron descubierta y en este tiempo no cesó la gente de engrandecer sus maravillas y publicar sus grandezas*<sup>142</sup>.

*Uno de los más celebres milagros fue el que hizo a Isabel Jansens, que estuvo hechizada dos años y medio y poseída del demonio; y, aunque la*

---

<sup>140</sup> Enríquez Crisóstomo, o.c., pp. 743-744.

<sup>141</sup> Proceso, p. 281.

<sup>142</sup> Enríquez Crisóstomo, o.c., pp. 750-751.

*exorcizaron varias veces, nunca pudieron librarla hasta que el padre Enrique Lanciloto, de la Orden de San Agustín, le aplicó las reliquias de la venerable Madre y entonces, sin poder resistir, la dejó el demonio, estando en la iglesia de los padres agustinos de Amberes.*

*Este milagro, después de riguroso examen, fue aprobado por el obispo de Amberes. Y así por él como por otros obispos de estas provincias están ya aprobados más de 150 con que Dios ha manifestado la santidad de su sierva <sup>143</sup>.*

*La hermana María Margarita de los Ángeles declaró que sor María de San José se encontraba muy afligida y recurrió a la protección de la Madre Ana de San Bartolomé y recibió un gran alivio, pues se le apareció en figura muy gloriosa y esta aparición tuvo lugar el primer año de la muerte de la venerable Madre Ana; y añade que la Madre se le apareció repetidas veces a la misma hermana María de San José en visiones intelectuales. Y esto sabe, porque se lo contó la misma hermana María de San José <sup>144</sup>.*

*Diego Hernández certificó: Después de la muerte de la venerable Madre Ana de San Bartolomé, María López, doncella hija de un soldado del castillo de Amberes, estando huérfana vino a ser ciega de manera que andaba guiada por un muchacho pidiendo limosna por el castillo. Y en aquel tiempo, pidiendo María López una limosna a la mujer del alférez Lucas Domingo, la mujer le dijo que si tenía fe se encomendase a la V. M. Ana de San Bartolomé, que estaba muerta poco antes en el monasterio de las carmelitas descalzas y que tendría salud, dándole también alguna reliquia de la Madre. Y que María López, en aquella conformidad, se encomendó a la Madre y que, después el deponente la topó (encontró) sana de un ojo en dicho castillo y, preguntándole de qué manera había sido sanada, respondió que se había sanado por intercesión de la Madre Ana... La sanación ha sido publicada por el castillo y a algunas personas de la villa de Amberes sin saber si también fue publicada por otras villas. Y fue la sanación publicada por la misma María López y por otros que la habían visto ciega y después sana <sup>145</sup>.*

*El capitán Pedro Sierra manifestó que el año 1627, estando en Bruselas y viniendo a su casa de la capilla de Nuestra Señora del Socorro, se halló muy malo y se puso en cama tomándole una apoplejía de manera que, en poco tiempo, perdió todo el entendimiento y juicio y quedó de esta manera cuatro horas continuadamente sin acordarse de nada, sino que en principio habiendo mandado llamar al doctor Francisco Álvarez, medico, lo vio, el cual le aplicó*

---

<sup>143</sup> Enríquez Crisóstomo, o.c., p. 760.

<sup>144</sup> Proceso, p. 488.

<sup>145</sup> Proceso, p. 638.

*algunos remedios y le oyó decir que el deponente no tenía más de media hora de vida y que se confesase; sin que lo pudo hacer por haber perdido el entendimiento. Y pasadas las dichas cuatro horas, volvió en su juicio y halló que le habían aplicado un rosario de la Madre Ana de San Bartolomé al cuello y su velo a la cabeza y le dijeron las personas presentes cómo le habían aplicado dichas reliquias y había dado tres saltos diciendo: “San Bartolomeo, San Bartolomeo, San Bartolomeo me ha tocado”. Y así, poco a poco, volvióle la salud entera de manera que el día después salió de casa sano, sin haber jamás tenido después la dicha enfermedad*<sup>146</sup>.

El padre Clemente de Santa Catalina por su parte anotó que *el año 1629 Lorenzo Rull, sargento mayor, tenía fiebres continuas peligrosísimas durante algunos días de tal modo que estaba ya desahuciado por los médicos... El dicho Lorenzo Rull pidió que le llevaran y le pusieran la capa de la Madre Ana y, apenas se la pusieron, inmediatamente empezó a dormir y después del sueño se vio que estaba sano. Y este hecho fue tenido por milagroso por parte de los médicos y del mismo padre deponente y de otras personas que conocían la enfermedad*<sup>147</sup>.

---

<sup>146</sup> Proceso, p. 600.

<sup>147</sup> Proceso, pp. 293-294.

## SEGUNDA PARTE CARISMAS Y VIRTUDES

### DONES SOBRENATURALES

#### a) PROFECÍA

Sor Ana tenía por gracia de Dios conocimiento de muchas cosas futuras. El padre Hilario de San Agustín nos dice que *la Madre estuvo dotada del don de profecía. Siendo él provincial, fue a despedirse de la venerable Madre para ir al Capítulo General y ella le dijo que a la vuelta no la encontraría viva. Y así ocurrió*<sup>148</sup>.

Sor Clara de Jesús manifestó que *por revelación de la misma venerable Madre Ana sabe que la reina de España, sin tener todavía ningún niño, pidió a la venerable Madre que rezara a Dios a fin de que tuviera un hijo y la Madre le respondió que, después de un parto de dos hijas, tendría un hijo, como ocurrió de hecho. Y el hijo que tuvo después de dar a luz a dos hijas es el Serenísimo Rey actual de España Felipe IV*<sup>149</sup>.

El año 1626 la Madre Ana de San Bartolomé le preguntó a la esposa del doctor Luis Núñez, la señora Francisca Godínez, si deseaba tener todavía más descendencia y, como le dijera que sí, y la venerable Madre añadiera si prefería hijo o hija; habiendo ella respondido que prefería un hijo, la venerable Madre, con una breve oración previa, dijo que también las mujeres podían ser útiles para la Iglesia, trayendo como ejemplo a santa Teresa. Y finalmente dijo a la misma señora Francisca que iba a dar a luz una niña como así sucedió, no habiendo la señora Francisca tenido hijos desde hacía diez u once años. Y esto sabe la declarante porque estuvo presente entonces y lo oyó así<sup>150</sup>.

El padre Hilario de San Agustín afirma que *la misma Madre Ana le contó que, cuando ella lloró por la conversión y arrepentimiento de Antonio Pérez (secretario del Rey Felipe II, que por cargos graves fue depuesto y huyó a Francia). Dios le reveló que se convertiría y que se salvaría. Y después de la muerte de Antonio Pérez, el Señor le reveló que su alma se había salvado*<sup>151</sup>.

---

<sup>148</sup> Proceso, p. 241.

<sup>149</sup> Proceso, p. 449.

<sup>150</sup> Declaración de la hermana Ana de San Bartolomé, Proceso, p. 610.

<sup>151</sup> Proceso, p. 240.

Sor Leonor de San Bernardo declaró que *en la ciudad de Amberes el señor Luis de Monsalvo, gran bienhechor del monasterio de las descalzas de Amberes, sufría pleuresía y estaba ya desahuciado por los médicos y pidió a la deponente que la Madre orara por él. Y la Madre, que estaba en el huerto, le dijo a la deponente que el señor Luis no moriría de aquella enfermedad. Y se curó alrededor de los cuatro días siguientes*<sup>152</sup>.

Sor María Margarita de los Ángeles refiere que *la hermana Leonor de San Bernardo, que entonces era subpriora del monasterio de París de la misma Orden y estaba a punto de morir, totalmente desahuciada de los médicos por su continua fiebre y disentería de varios meses, se encomendó a las oraciones de la venerable Madre Ana de San Bartolomé quien, a la vuelta de la oración, le dijo con cara alegre: “Estáte de buen ánimo, hija, pues no morirás de esta enfermedad” e inmediatamente cesó la fuerza de la enfermedad y poco después recuperó totalmente la salud*<sup>153</sup>.

También el padre Juan de la Madre de Dios cuenta un caso: *Hacia fin del año 1625 padecía fiebres tercianas que luego se hicieron continuas y luego derivaron en otras fiebres, de modo que el mismo deponente temiera por su salud, si esa era su voluntad de Dios. Y la Madre Ana le escribió diciéndole: “Yo he comulgado por vuestra reverencia y le encomendaré también esta noche, y estése de buen ánimo, porque Dios le ha enviado esta fiebre para su bien y le concederá la salud. Es necesario que trabaje y con los trabajos gane el cielo. Y mostró esta carta, diciendo que era de la letra y mano de la Madre Ana. Y que luego empezó a mejorar su salud*<sup>154</sup>.

*El año 1620, por el mes de setiembre u octubre, sin acordarse del día preciso, teniendo el deponente dos hijas, las mayores de otras, por nombre doña Catalina María Cano y doña María Ana Cano, ya casaderas y con apariencia de casarse, las cuales vivían con tanto recogimiento y modestia en su casa que el deponente no sabía lo que había de hacer con ellas, porque no se certificaba si se inclinaban a casar o hacerse religiosas. Y hallándose ocasión de casar la mayor con persona de partes tomó tanta pesadumbre de vérselo antepuesto que estuvo muy mala y así le prometió que a ella ni a ninguna de sus hermanas forzaría a otra cosa que a seguir su voluntad en toda honra y reputación, conforme su calidad. Y así hallándose el deponente en este conflicto y con deseo del bien de todas y particularmente de las dos mayores arriba dichas, fue al monasterio de las carmelitas descalzas de esta villa a consolarse y suplicar muy humildemente a la Madre Ana de San Bartolomé para que suplicase a Nuestro*

---

<sup>152</sup> Proceso, pp. 275-276.

<sup>153</sup> Proceso, p. 489.

<sup>154</sup> Proceso, p. 349.

*Señor Dios todopoderoso fuese servido de encaminar el pensamiento y deseos de sus hijas para mayor gloria suya y honra de ellas (advirtiendo que las dichas doncellas en su vida habían hablado ni visto a la Madre), la cual respondió al deponente, riéndose, estas palabras: “Señor Juan Gómez Cano, antes que sea un mes, poco más o menos, sus hijas han de estar y entrar en esta casa por monjas de ella”; a lo cual el deponente respondió a la Madre riéndose: “Paréceme, Madre mía, que Vuesta Reverencia se burla de mí”, y otras palabras tocantes a esta materia. Al fin, persistiendo la Madre en lo que había dicho, y el deponente, considerando su santidad y buena fama y casi muy espantado, le dijo que si así era la voluntad de Dios que se hiciese para mayor honra y gloria suya. Y vuelto a su casa dijo a su mujer: “Hermana, yo he estado con la Madre San Bartolomé y me ha dicho, después de algunos discursos que he tenido con ella de nuestras hijas, que dentro de un mes han de ser monjas de su monasterio; harás bien de llevarlas allá para que las vean y las conozcan y ver lo que habrán de hacer”.*

*Y así dentro de un día o dos su madre las llevó a ver a la Madre, la cual, como supo estaban allí, juntó a todas sus monjas y en llegando ellas las vieron, y todas comenzaron a decir “bienvenidas nuestras hermanas” sin tratar otra cosa más que la vista. Después de tres o cuatro días las dichas sus dos hijas, sin padre ni madre ni otra persona, volvieron al monasterio y pidieron la plaza de monjas, la cual la Madre y todo el monasterio sin ninguna contradicción se la concedieron luego. Y después de pasado este acto volvieron a casa muy contentas, y una noche, cenando con sus padres, acabada la cena se levantaron y se pusieron de rodillas delante de su padre pidiéndole su bendición, y repetido que para qué, respondieron que querían ser carmelitas descalzas, a lo cual el deponente replicó que para qué querían entrar en una Orden tan estrecha, y que fuesen a otros monasterios donde habían estado sus tías; sobre lo cual persistieron que en aquella Religión querían morir; y así fueron vestidas el día de Nuestra Señora de la Presentación de dicho año, y después profesas, y de presente viven en el monasterio. Añadiendo más, que la Madre Ana le dijo al señor deponente que habían de entrar en dicha Religión otras más de sus hijas como ya entró algunos años después la una de ellas en el monasterio de la Orden en Malinas, llamada Juana Francisca del Santísimo Sacramento, y otra está para entrar en otro monasterio de la misma Orden<sup>155</sup>.*

---

<sup>155</sup> Juan Gómez Cano; Proceso, pp. 548-549

## **b) PERFUME SOBRENATURAL**

Es un olor de exquisita suavidad que sale de algunos santos o de sus sepulcros o reliquias. Sor Clara de la Cruz manifestó en el Proceso: *De la oración salía algunas veces con un rostro tan inflamado y resplandeciente que nos ponía admiración, porque parecía que relumbraba y que todas cuantas arrugas tenía en el rostro se le quitaban, quedando como de edad de treinta años. De sí echaba un olor tan suave y agradable que, a veces confortaba, en particular el brazo en que nuestra santa Madre (Teresa de Jesús) murió, le olía de manera que algunas veces no parecía sino las mismas reliquias de la santa*<sup>156</sup>.

Sor Catalina de Cristo declaró que *la Madre María del Espíritu Santo, hasta hace poco Priora de este convento, le daba a esta deponente para oler una campana que ordinariamente estaba en el refectorio y que usan las superiores para dar señales y que la Madre Ana también usaba. Y dice esta deponente que, acercando a la nariz la campana para olerla, percibió un olor bueno tal como lo decía la Madre María del Espíritu Santo. Y que el hierro no podía naturalmente emitir un olor así y la deponente tiene por cierto que esta campanilla no estuvo colocada sobre algún lugar que olía bien o agradablemente por el hecho de que permanece siempre en el refectorio*<sup>157</sup>.

Sor Catalina de San Ángel cuenta que *la celda en que murió la venerable Madre Ana de San Bartolomé y parte también del dormitorio más cercano, durante algunos días después de su muerte, produjeron un olor dulce y fuerte, no de otro modo que si hubiera procedido de muchas y variadas flores, y que la manta con que había sido cubierto el cadáver de la venerable Madre, al ser extendida en el huerto, llenó del mismo olor suave una parte del mismo huerto de manera que las monjas que pasaban por allí lo olieron*<sup>158</sup>.

Sor María Margarita de los Ángeles sabe que *después de la muerte de la Madre Ana de San Bartolomé sus vestidos emitían un olor extraordinario que interiormente recreaban el alma e incitaba a la devoción. Pero no puede especificar qué clase de olor era, aunque era suave y agradable. Ese olor no provenía de aromas o de olores de otro género sino de los mismos vestidos. Añade también que ese mismo olor percibía la deponente semejante a cuando vivía la venerable Madre Ana. Y ha oído también decir a otras monjas que antes y después de su muerte percibían ese mismo olor*<sup>159</sup>.

---

<sup>156</sup> Proceso, p. 110.

<sup>157</sup> Proceso, p. 381.

<sup>158</sup> Proceso, p. 620.

<sup>159</sup> Proceso, p. 471.

Sor Clara de la Cruz añade que *un año después de la muerte de la Madre Ana, con motivo de la venida del padre General de los carmelitas descalzos, padre Matías de San Francisco, se exhumó su cuerpo... La deponente impuso su mano al cuerpo de la Madre Ana y, al retirarla, se dio cuenta de que olía bien y mandó que olieran otras religiosas, en particular la hermana María de Jesús, María de San José y otras, que olía bien la mano de la deponente. Y su cuerpo fue hallado íntegro y seco en esa oportunidad en que fue trasladado a otra caja*<sup>160</sup>.

Cuando en 1634 se abrió el sepulcro en presencia de la Reina Madre Cristianísima (María de Médicis, reina de Francia) en presencia también del deponente (Padre Juan de la Madre de Dios) tres veces él sintió cierto olor extraordinario, suave y agradable, que también percibieron algunas monjas allí presentes<sup>161</sup>.

Sor Catalina de la Madre de Dios, anota que *hace cerca de diez o doce años, al acercarse al sepulcro de la Madre Ana de San Bartolomé, sintió una fragancia de extrema suavidad y de tanta difusión que no duda fuera una gracia de Dios que le había concedido. Y dice que después de ver si podría venir de alguna otra fuente cercana al sepulcro, no encontró nada que pudiera emitir esa fragancia. Y al volver de nuevo hacia el sepulcro para orar sintió de nuevo la misma fragancia, aún más fuertemente, de modo que ya no podía dudar que viniera de otro lugar más que del mismo sepulcro de la Madre Ana. Y entonces se llenó de abundante gozo y lágrimas*<sup>162</sup>.

### c) BILOCACIÓN

Es la gracia de Dios de poder estar en dos lugares al mismo tiempo, aunque algunos teólogos niegan esta posibilidad y dicen que en uno de los dos lugares está sólo en apariencia o un ángel está en su lugar.

Ella habla poco de sus dones sobrenaturales, pero podemos suponer que estos casos ocurrieron con relativa frecuencia.

Ella misma escribe: *Una vez enfermó un padre que me confesaba. Yo lo sentía porque lo quería mucho. Y estaban otros enfermos con él en el convento (de padres carmelitas descalzos de Ávila). Y un día vino el prelado (Superior) a ver a nuestra Madre (Priora) y, estando con ella, le dijo: “Yo me voy, que dicen*

---

<sup>160</sup> Proceso, p. 416.

<sup>161</sup> Proceso, p. 325.

<sup>162</sup> Proceso, p. 543.

*que dos padres se mueren y uno en particular”. El padre fray Juan de San Cirilo estaba en lo último y, como era mi confesor, fuíme a encomendarle a Dios y sentí en mi alma una fe y satisfacción de que no moriría. Me dormí y en “sueños” me llevaron a verle y, mirándole, dije: “Este padre no tiene sino una gran flaqueza”. Dije al enfermero: “Déle acá algo de comer”. Yo le di no sé qué a comer y volvió en sí y dijo: “¿Qué me han dado que me hallo bueno?”. Y “desperté” y oí que doblaban (a muerto) en el convento. Y todas las hermanas me decían: “Encomiende a Dios al padre fray Juan que es muerto”. Yo no lo creí y como era tornera envié a los padres con licencia a saber quién era el muerto. Y era otro, que él estaba mejor. De a pocos días me vino a ver y me agradeció la visita <sup>163</sup>.*

¡Cuántas otras veces visitaría personas lejanas por la gracia de Dios!

#### **d) ÉXTASIS**

Al igual que en otros santos, tuvo sor Ana muchos arrobamientos y éxtasis. A veces la encontraban fuera de los sentidos corporales sin darse cuenta de lo que hacía o de dónde estaba. Dice: *Un día estaba en oración en la ermita y vínome un recogimiento. Y en él me mostraron una vista de la eternidad y de la Santísima Trinidad que, aunque lo vi, no sé decir cómo era. Y estando así recogida, tañeron al refectorio a la colación y, sin sentirlo, como quien dormía, me levanté a la campana y vine al refectorio y hasta que me senté a la tabla (mesa), que me cayó un poco de agua en las manos, no torné en mí, que parecía había sido un sueño <sup>164</sup>.*

Y esto le pasó muchas veces. En una ocasión dice: *Me fui a una cruz que estaba en el patio y tenía un humilladero de piedra donde iban las religiosas a hacer oración y me hallé tan llena de amor de Dios que me hiqué sobre las piedras de rodillas. Y hacía tan fuertes hielos, y sin sentir el tiempo, me quedé recogida, que cuando tañeron a Maitines me fui a levantar y estaban los hábitos pegados a las piedras del hielo. Yo me maravillé que no había sentido más frío que si hiciera calor <sup>165</sup>.*

---

<sup>163</sup> Autobiografía B, Obras completas, tomo 1, pp. 445-446.

<sup>164</sup> Autobiografía A, pp. 296-297.

<sup>165</sup> Autobiografía A, p. 333.

### e) DON DE LENGUAS

Es poder de comprender lenguas extranjeras o que a uno le puedan comprender. La Madre Leonor de San Bernardo manifestó en el Proceso que la misma Madre Ana le contó que, *cuando no sabía escribir ni leer, fuera de un cierto número de oraciones del padrenuestro, como hacen las hermanas conversas, el Señor le mandó leer las “Horas Canónicas” y que ella le respondió: “No sé leer”. Y el Señor le respondió que él se lo enseñaría. Y de hecho se lo enseñó, de modo que la deponente la vio leer tanto o mejor que las que saben leer. Dice también que la misma venerable Madre le dijo a la deponente que el Señor se le apareció varias veces cuando rezaba el Oficio divino, explicándole su sentido, llenándola de tanto amor que le dijo: “Retírate, Señor, pues me resulta imposible aguantar tanto amor sin que me muera”.*

También afirma que *la venerable Madre estuvo dotada del don de lenguas, de modo que, cuando estaba en Francia en el convento de Pontoise, donde estaba con motivo de la fundación y se angustiaba para hacer una exhortación al Capítulo, pues no conocía el francés y las religiosas no sabían el español, se puso a orar, y se le apareció el Señor diciéndole que fuera al Capítulo, se fue, y hablando en español le entendían todas; y después le dijeron con alegría que hablaba muy bien el francés, pues le entendían perfectamente; y esto se lo dijo la venerable Madre a la deponente, y eso mismo le dijo la hermana Luisa de Jesús, que entonces estaba en ese monasterio y estuvo presente y después fue Priora en el monasterio de Dijon, donde murió con gran fama de santidad, y habiendo venido de Pontoise a París, convivió allí con la deponente y dijo que así había sucedido. Dice también que viniendo desde España en camino a la abadía de Sainctes, distante cien millas de París, la venerable Madre habló con la abadesa, que nunca había aprendido a hablar español; y sin embargo, le entendió a ella tan bien como si la venerable Madre hubiera hablado en francés, y entre otras cosas que hablaron, en la conversación ella la convenció para que reformara la disciplina de la Abadía cuando sucediera a la abadesa, y ella se lo prometió y lo ejecutó más tarde. Y añade la deponente que ella estaba entonces allí presente y las vio hablar entre sí, y se lo dijeron a ella, tanto la venerable Madre como la dicha compañera* <sup>166</sup>.

La misma Madre Ana dice: *Una vez, estando en el coro fue tan grande un ímpetu interior que tuve, que pensé expirar, y dije al Señor que se apartase de mí, que no podía llevar tanto; y entonces entendí todo el latín que se cantaba en el coro como si fuera en español, y leía con el breviario con tanta velocidad como si dijera el avemaría* <sup>167</sup>.

---

<sup>166</sup> Proceso, pp. 270-271.

<sup>167</sup> Peregrinación de Anastasio, Diálogo quinto, p. 280.

## f) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de muchas cosas que sólo pueden ser conocidas por revelación de Dios. Veamos algunos ejemplos.

La señora María Enríquez deseaba tener un retrato de la Madre Ana y un día la misma Madre le dijo: *“Ven a la sacristía, y allí te daré”, no añadiendo qué. Y la misma deponente fue a la sacristía, y habiendo allí un torno, la venerable Madre le dio por el torno a ella cierta tela envuelta, diciéndole: “Toma, hija mía, te pido que no lo muestres a nadie ni digas nada a nadie”. Y la misma deponente, viendo que allí no había nadie, volvió a su casa, y al desenvolver dicha tela, que era de una altura de dos codos, y medio codo de ancho, vio pintada a la Madre, de rodillas ante Nuestro Salvador que le ofrecía su corazón, y Nuestro Salvador pintado estaba al lado derecho de la venerable Madre Ana con una capa roja, y la mano derecha puesta sobre el hombro de la venerable Madre Ana, y la otra mano puesta a manera de hablar a la Madre. Y cuando la deponente vio esa imagen o efigie se alegró muchísimo. Y al día siguiente se fue donde la Madre Ana para darle gracias. Y entonces ella le dijo a la deponente que la guardara en un lugar secreto y se lo dijera a su marido, pues la misma deponente había pedido muchas veces a la Madre para que se dignara interceder ante Dios por la salvación del alma de su marido, y que rezara un padrenuestro y avemaría a Nuestro Salvador que estaba pintado en la imagen; y el mismo día, hablando la deponente con la hermana Clara de la Cruz y con dos o tres monjas más que estaban en el locutorio con ella, declaró la alegría que sintió al tener dicha imagen*<sup>168</sup>.

Sor Catalina de San Ángel certificó: *El año 1626 el capitán Miguel Rombouts, jefe naval, había desaparecido en el mar y durante mucho tiempo no se tenían noticias de él, de tal manera que su madre y esposa creían que había muerto; y, por eso, llegaron a estar muy tristes lamentándose. Encomendaron al señor Rombouts a las oraciones de la Madre Ana..., quien dijo: “Decidles, no os entristezcáis porque lo he visto sano y salvo tan bien como el rosario que cuelga de mi cinturón”. Y se supo después que realmente sucedió así*<sup>169</sup>.

La misma Madre Ana narra un caso concreto: *Un día, estando junto a una religiosa (que andaba siempre con escrúpulos) me dio un gran temor y como que me causaba horror su compañía. Mostróme Nuestro Señor lo que padecía aquella alma y la causa de sus inquietudes que eran de alguna duda del Santísimo Sacramento y nunca se había confesado de ello. Díjeselo y le aconsejé*

---

<sup>168</sup> Proceso, p. 366.

<sup>169</sup> Proceso, p. 622.

*que se preparase para una buena confesión. Ella quedó muy admirada de que tan claramente le dijese lo que tenía en su alma y se confesó. Y acabando de confesar me mostró Nuestro Señor aquella alma tan clara y resplandeciente como un cristal*<sup>170</sup>.

Por esto, sor María Margarita de los Ángeles afirma que *ella sabe que la Madre Ana de San Bartolomé conocía de los corazones y varias veces conocía los pensamientos y problemas interiores de esta deponente y (concretamente) cree que esto era por divina revelación, porque la declarante a ningún mortal había comunicado sus pensamientos y problemas interiores*<sup>171</sup>.

Sor Eufrosina de San Elías certifica: *Un día tenía algunas diferencias con una hermana por una nonada, estábamos enojadas entrambas, después le pedí perdón. Ella no quería entender en eso ni se le pasó el enojo. Así se pasaron tres o cuatro días. Estaba con pena de verla andar de esta manera, y no le dije a nadie. Vino nuestra Madre con esta hermana y le dio una buena reprensión. Yo lo vine a saber y le preguntaba si le había dicho a alguno lo que había pasado entre nosotras dos. Respondióme que no. Fuíme a nuestra Madre y le dije: “Madre, cómo es posible que V. R. sabe lo que ha pasado conmigo y con esta hermana, pues el caso es secreto, quién se lo puede haber dicho”. Ella me aseguraba que nadie se lo había dicho, pero que lo sabía; debía Dios habérselo dado a entender por el bien de esta hermana.*

*Otro día le importunaba mucho para que me dijese algo de las mercedes que le hacía Dios. Después de haber hecho mucha dificultad, y yo no le dejé en paz, me dijo que alguna vez le había mostrado Dios las almas de todas las hermanas, y el estado en que estaban, y de qué manera había de gobernar cada una según su natural, la una con dulzura, la otra con rigor. Yo le rogaba mucho me dijese en cuál estado estaba mi alma, y le importuné tanto que le cansó porque me hallaba muchas veces con temor por no saber si estaba en gracia de Dios o no; ella me aseguraba que estaba en estado de gracia y me dijo: “Bien pudieres estar mejor, pero Nuestro Señor está contento con Vos”. Yo me quedé tan consolada y ligera del cuerpo y del espíritu y me parecía volaba como un pajarito y no podía hartarme de dar gracias a Dios todo lo que hacía yo. Siempre estaba con temor pensando que ella lo sabía todo*<sup>172</sup>.

Un caso especial de conocimiento sobrenatural fue el del desastre de la Armada invencible, enviada contra Inglaterra en 1588 por el rey Felipe II. Dice sor Ana en tercera persona: *En el tiempo de aquella monja de Portugal que salió*

---

<sup>170</sup> Obras completas, tomo 1, p. 501.

<sup>171</sup> Proceso, p. 468.

<sup>172</sup> Proceso, p. 128.

*en muriendo nuestra santa Madre, que creo si fuere viva lo descubriera antes que llegara a donde llegó, una vez vio una persona en visión que salía un aire de aquella ciudad donde estaba tan fuerte que por todas las partes hacía grande estrago y que derribaba los árboles y los echaba por tierra, y el polvo que levantaba del suelo cegaba a los más. Y luego que pasó esto, el rey don Felipe pasado ordenó una muy lucida Armada para ir sobre Inglaterra, que esta buena mujer le hacía entender ganarían el reino los nuestros; y era todo engaño del diablo. Iban en esta Armada los más principales caballeros de España.*

*Y para esto mandó el rey se sacase en todas la iglesias el Santísimo Sacramento y que se hiciese procesión general en todas las iglesias. Y en esta revolución que todo era ordenado por esta mujer, vio otra vez esta misma persona que Nuestro Señor se mostraba muy airado y con el Santísimo Sacramento en las manos un cáliz cubierto con un velo negro y a los cabos de este velo, unos ramales llenos de sangre; y esta hermana que lo veía estaba de rodillas llamando a Dios para que aplacase su ira. Y estando, como digo, vio a otra religiosa del mismo hábito que hacía oración para este mismo sujeto (asunto). Y entrambas con grande afecto daban muchos clamores a Dios; y a esta oración vino la Virgen sacratísima y rogó a Jesucristo que hiciese lo que le pedíamos, que aplacase su ira en algo. Y desapareció.*

*La Armada partió de Portugal y todos iban a pedir la bendición a aquella religiosa, pensando que era santa. Como no lo era, sino invención maligna para hacer perder el reino, quiso Dios que no fuesen todos, aunque fue harta desventura en los de la Armada. Pues habiendo partido y embarcándose días hacía, sonóse una nueva: que habían entrado en Inglaterra y ganado. Y esta hermana pidió al Señor le mostrase si era verdad. Apareciósele el Señor crucificado con las llagas tan frescas como si le acabaran entonces de crucificar y mostróme cómo estaba perdido todo. Y para que lo creas, me dijo, mira lo que pasa. Bajóse y metió su brazo en el mar y mostrábame los hombres muertos y anegada toda la Armada, y algunos pocos que se escaparon, tan enfermos que morían de hambre, que parecían tan muertos como los ahogados. Y mostró cómo se habían cegado con aquella mujer y le habían ofendido tanto, que si no hubiera aplacado su ira, destruyera todo el reino <sup>173</sup>.*

Todo el problema comenzó con una famosa religiosa dominica llamada sor María de la Visitación del convento de la Annunziata de Lisboa, cuyos prodigios admiraban a todos. En ocasiones se quedaba con su cuerpo en el aire, rodeado de una luz misteriosa e, incluso, aparecían en sus manos unas llagas. Por eso, todos la llamaban *la monja de las llagas*. Y todos la tenían por santa. Solamente san Juan de la Cruz, cuando en 1585 fue a Lisboa al Capítulo

---

<sup>173</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 485-486.

provincial, rechazó ir a verla, como hacían sus compañeros religiosos, algunos de los cuales regresaron a España cargados de reliquias y paños teñidos de la sangre de sus llagas, pero él, a sus súbditos, les mandó que las tiraran. Y cuando alguien le reclamó por qué no iba a visitarla, dijo: *Vaya de ahí, ¿para qué quiere ir a ver a un embuste? Calle, verá cómo lo descubre el Señor*<sup>174</sup>.

Ella decía a todos que *la Armada que se preparaba contra Inglaterra saldría victoriosa. Y cuando el año 1588 partió de Lisboa la Armada llamada invencible, todos acudieron a pedirle la bendición. A los pocos días de la partida ella, arrobada, empezó a dar voces en la iglesia, que había mucha gente en la misa y luego se divulgó, y decía victoria, victoria*<sup>175</sup>.

Todo era una burda estafa y un engaño del demonio, pues esta desgraciada monja se había entregado a él desde niña y el diablo hacía maravillas por su medio. Después del desastre de la Armada, la Inquisición la investigó y descubrió la falsedad y ella lo reconoció e hizo penitencia.

Pero Dios estaba muy enojado con todos los que habían creído en sus mentiras, desde el rey hasta el último vasallo, y castigó a España con el desastre de la Armada. Felizmente que a sor Ana se lo reveló el Señor y pudo, con otra religiosa que también tuvo esa revelación, aplacar la cólera de Dios y que el desastre no hubiera sido mayor.

#### **g) MILAGROS EN VIDA**

Sor Ana recibió de Dios el don de hacer milagros. Veremos algunos casos concretos. Sor Leonor de San Bernardo dice que *en el tiempo en que la Madre Ana estaba encargada de la enfermería del monasterio de Ávila, teniendo permiso para comprar todo lo que fuera necesario para las enfermas, se presentó un mercader de la ciudad deponiendo en el monasterio 110 escudos de oro para que los guardaran, hasta que los requiriera; y como ella tomó de dicho depósito cerca de 20 escudos para las enfermas, pidió a la Santísima Virgen que no permitiera disminuir dicha suma. Y al volver y encontrarse con el mercader que pedía su dinero, se encontró íntegra la cantidad que había depositado, de modo que no faltaba ni un céntimo; y este hecho fue considerado como un evidente milagro*<sup>176</sup>.

---

<sup>174</sup> Declaración de fray Gabriel de Cristo en manuscrito 13.460, fol. 123 de la biblioteca Nacional de Madrid.

<sup>175</sup> Autobiografía A, p. 324.

<sup>176</sup> Proceso, p. 272.

La Madre María de San Jerónimo manifestó: *Me dijo una hermana, que sabía lo que se gastaba, que de la manera que esta hermana (sor Ana de San Bartolomé) lo aprovechaba que sin falta ninguna el año que ella tenía (la economía de la casa) se ahorraban más de 300 ducados. Y que no era por darles menos de comer, sino que comían muy mejor. La misma que esto dijo hacía hartos años que comía carne por su falta de salud y flaqueza y después que esta hermana tuvo este oficio, no sólo no comía carne, mas ayunó casi los siete meses. Decía esta misma que no sabía cómo se hacían las cosas, que de unas nonadas parecía se lo multiplicaba Dios y le ponía otro sabor. Véase claro lo que el Señor la ayudaba en todo*<sup>177</sup>.

Sor Leonor de San Bernardo afirma que, *estando de subpriora en Amberes, tuvo fuertes dolores en la tibia y derrames tan grandes que no se podía mover. Después de algunos días, pidió a la Madre Ana que se dignara tocar la tibia, haciendo sobre ella la señal de la cruz durante nueve días. Así lo hizo la Madre y, antes de terminar los nueve días, quedó totalmente curada si haber tomado otra medicina, lo que la deponente considera un verdadero milagro. En otra ocasión, siendo subpriora de París, en 1606, se puso enferma a morir con fiebre continua y con disentería cerca de dos meses y llegó a tal extremo la enfermedad que creyeron que iba a expirar; y la Madre la visitó, advirtiéndole que ya no tenía pulso en las arterias y se fue a rezar por la deponente, mientras oraba, sintió interiormente que Dios le decía que había de sanar y, cuando volvió de la oración, le dijo: “Ten buen ánimo, hija, no morirás de esta enfermedad”..., e inmediatamente cesó el mal y recuperó la salud*<sup>178</sup>.

Sor María Margarita de los Ángeles dice: *Muchos enfermos sanaban con tener algún papel escrito de su mano y otros los traían por reliquias y a un soldado que tenía un papel de nuestra Madre, escrito en el pecho, lo libró Dios de peligro de muerte, que le tiraron una bala que le atravesó el jubón y no el papel*<sup>179</sup>.

*La hermana Ana de la Presentación, viviendo aún en el siglo, fue abatida por un grave y persistente dolor de cabeza que, habiéndose calmado un poco durante su noviciado en este monasterio de las carmelitas de Amberes, aproximadamente seis meses después de la profesión se agravó con gran vehemencia. Por lo que al darse cuenta la misma hermana Ana de la Presentación, se presentó ante la venerable Madre Ana de San Bartolomé, Priora de aquel monasterio, y le pidió la santa bendición con la esperanza de que con esa bendición quedaría libre de aquel dolor. Y así sucedió, puesto que la*

---

<sup>177</sup> Obras completas, tomo 1, p. 755.

<sup>178</sup> Proceso, p. 274.

<sup>179</sup> Proceso, p. 84.

*Madre Ana hizo la señal de la cruz sobre Ana de la Presentación y con ello quedó ésta completamente libre del dolor de cabeza y en adelante no se reprodujo ese dolor*<sup>180</sup>.

La señora Elena de Borja Boussu manifestó que *la hermana Margarita Vandenberghe, monja en el monasterio de Tersieckeren de Amberes, no trabajaba hacía muchos años a causa de una llaga en una de sus mamas con tumor externo, pero existiendo interiormente una especie de herida abierta, de tal manera que la hermana Margarita desde hacía diez años completos no podía recitar las Horas ni cumplir con otros ejercicios de la Orden. Y fue llevada por esta testigo al monasterio de las carmelitas descalzas donde estaba de Priora la venerable Madre Ana de San Bartolomé y allí besó el brazo de la Madre Ana en que había muerto la santa Madre Teresa y la misma Madre Ana, con el mismo brazo, abrazó a la hermana Margarita. Hecho lo cual, la hermana Margarita sintió algún alivio, que primero iba aumentando poco a poco y, por fin, quedó del todo curada*<sup>181</sup>.

Sor María del Espíritu Santo por su parte dice: *Aquí, en este lugar (Amberes), ha sanado muchos de calenturas con agua que bendecía haciendo tres cruces y tantas avemarías; y por su humildad ponía unas reliquias de algunos santos para disimular y muchos han venido a agradecerle que habían recobrado la salud por esta agua*<sup>182</sup>.

Sor Ana de Santa Teresa declaró que *proveniente de la peste que existía entonces en Amberes, le sobrevino un fuerte dolor de cabeza con toses, vómitos y una grande pústula en el penúltimo dedo de la mano derecha y apostemas en la ingle, y se llamó al médico doctor Núñez y a la Madre de entonces del hospital. Y ambos diagnosticaron que era peste. Por eso se le separó del resto de las monjas, y la llevaron a un pórtico de la huerta del monasterio, y el mal aumentó tanto que la Madre del hospital dijo que le administraran cuanto antes los santos sacramentos, pues no pasaría de la tarde. Y la deponente, enferma, envió a la hermana Clara de Jesús, que hacía de enfermera, que avisara a la Madre Ana de San Bartolomé para que rezara por ella; y ella hizo un triduo, sin que lo supiera la deponente; y cuando la dicha hermana Clara se lo dijo a la Madre Ana, la misma venerable Madre dijo que la enferma no moriría de esa enfermedad ni ninguna otra monja de esa vez; y además la misma hermana Clara procuró decir a la enferma deponente: “Nuestra reverenda Madre Priora te manda en virtud de la santa obediencia que no mueras de esta enfermedad”.*

---

<sup>180</sup> Testimonio de la hermana Ana de san Bartolomé, Proceso, p. 613.

<sup>181</sup> Proceso, pp. 570-571.

<sup>182</sup> Proceso, p. 36.

*Y, recibido el mandato, la deponente, rígida de frío y bañada de un sudor frío, comenzó a entrar en calor, sintió que quedaba con vida y cayó en un profundo sueño, del que se despertó media hora más tarde, y vio que estaba libre de la fiebre y llena de gran alegría; y dio gracias a Dios, alabándole porque estaba sana gracias a las oraciones de la venerable Madre Ana; y esta alegría duró por seis o más semanas. Entre tanto, durante ese sueño vino a ver a la deponente el padre Andrés, de su Orden, entonces Prior del convento de Brujas, para asistir a la moribunda, a la que viendo que estaba libre del mal, dijo: “¿Ésta es la hermana que estaba para morir y está libre de la fiebre?”. Añade la deponente que, cinco semanas después de recuperar la salud y vuelta a la Comunidad, fue adonde la venerable Madre para darle gracias y le preguntó por qué la retuvo en esta vida. Y que la venerable Madre le respondió a la deponente diciendo que todavía la necesitaban en la Orden para aumentar los méritos y luego tener gloria mayor<sup>183</sup>.*

## **EL DEMONIO**

Así como el Señor le concedió grandes carismas y dones espirituales, también permitió que en ocasiones el demonio pudiera hacerla sufrir para que hiciera méritos en favor de los pecadores y de las almas del purgatorio,

*La señora Elena de Borja Boussu oyó de la misma Madre Ana de San Bartolomé que, estando al servicio de la Madre Teresa (de Jesús) en el monasterio de Ávila, vio varias veces al diablo. Y que como cierto tiempo estuvo en la cocina del monasterio, para encender la lámpara de la santa Madre Teresa vio allí al diablo tendido como un perro, pero con el tamaño de un asno y que cayó tropezando sobre él. Pero como ella, una y otra vez, permitió que él desapareciera gruñendo por la chimenea, añade que oyó que no temía de ninguna manera a los diablos y prefería ver en su monasterio a siete diablos antes a hombre a solas<sup>184</sup>.*

*Ella misma recuerda: Estando una vez haciendo ejercicios (espirituales) del Santísimo Sacramento, se me apareció un demonio en forma de un negrito muy feo, diciendo: “Mal haya a quien Vos hace tanto bien”. Otra vez, estando en la cama enferma, empecé a recogerme y, alzando los ojos, vi en un rincón del aposento una gran multitud de demonios que huían con gran presteza por la presencia del Señor y salían por una ventana. Y estaban tan apretados los unos*

---

<sup>183</sup> Proceso, p. 524.

<sup>184</sup> Proceso, p. 570.

sobre los otros que dejaban sus patas atrás y me hacía reír alto ver esta tragedia<sup>185</sup>.

*Otra vez en sueños, vi otra visión... Sobre los muros vi (demonios) como bandas de pájaros, una multitud muy grande, y en esta ocasión vi en sueños lo que voy a decir: que entraba san Juan Evangelista y san José y Santiago y san Bartolomé y estaban todos vestidos de sacerdotes ricamente y san Juan Evangelista traía un cetro dorado. Iba echando agua bendita por toda la casa y díjome: “Ésta, nosotros la guardaremos”. Y así fue. En aquella adversidad todas las demás tuvieron alguna lesión y ésta siempre quedó entera, sin que se mudase en ella cosa alguna, aunque tuvo hartos combates<sup>186</sup>.*

*Otra vez yo iba a hacer alguna cosa de noche que estaba nuestra santa mala y llevaba una lamparilla en las manos y vino un gato, que en esta figura vino entonces, y subióse sobre la lamparilla y matómela (la apagó). Estaba lejos de nuestra santa. Yo me enojé, que si no quedara a oscuras le tirara la cosa que llevaba en las manos, y cuando volví a nuestra santa halléla riéndose y díjome: “¿Qué le ha acontecido, hija?”. Yo le dije lo que me había pasado y que me había enojado con el mal espíritu. Y díjome: “Esto no fue bueno, yo no quisiera se hubiera enojado”. En esto creí que ella lo había visto, aunque no me dijo otra cosa.*

*En otra vez que me mandó la santa ir por una luz si no tenía miedo, que estaban todas acostadas, y dije: “No he miedo mandándomelo V. R.”. Y fui a la chimenea y abrí la ceniza y como aclaré la lumbre, vi que subía por la chimenea un mastinazo negro y se fue. Esto era en Burgos. Y en esta casa había en ella cosas malas, que era de un hombre rico y se había condenado, que nunca se quiso confesar, y acabando de morir vinieron tantos moscones que llevaron su cuerpo y alma al infierno. Y esta casa habíamos, que nadie quería vivir en ella. Y como nuestra santa no hallaba casa le convidaron con ésta unos sus parientes y se la dieron casi de balde, y hasta que se puso el Santísimo Sacramento fuimos molestadas de cosas que nos inquietaban de noche y de día. Algunas veces parecía se quebraban muchos trastos sobre nosotras. Y nuestra santa Madre me envió una vez que fuese a ver qué se había quebrado y no había cosa, sino que nos molestaba el mal espíritu. Mucho pasó allí nuestra santa de todas maneras<sup>187</sup>.*

---

<sup>185</sup> Obras completas, tomo 1, p. 514.

<sup>186</sup> Autobiografía A, p. 323.

<sup>187</sup> Autobiografía A, pp. 331-332.

## AMOR A DIOS

Sor Beatriz de San José nos informa: *Casi de ordinario hacía actos de amor de Dios y todas las cosas le movían a esto y siempre se levantaba de mañana a las tres, más o menos, y se ponía en la ventana de su celda alabando a Dios de ver el lucero tan hermoso y resplandeciente y de oír cantar a los pajaritos. La recogía el silencio de la noche y decía: “Aláberte, Señor, todas las cosas y amantes, Señor, todos los del cielo y de la tierra, pero yo sobre todos”. Yo le decía una vez: “Madre mía, es bien avariciosa, pues quiere más que todos alabar a Dios”. Me respondió: “Así es, hija, mi deseo es que todos lo amen y le alaben, pero yo sobre todos”. Y esto lo decía con tanto afecto que se veía ardiendo su corazón. Y para mitigar esta necesidad del continuo fuego del amor de Dios, le obligaba a tener en la ventana de su celda un pocito con agua para enjugarse y refrescarse, y le oía decir que siempre le era motivo para alabar a Dios por haber creado este elemento para alivio de sus criaturas*<sup>188</sup>.

Según sor Teresa de Jesús, *el amor de Dios la tenía tan abrasada que de ordinario la traía con una sed increíble y, por esto, pasaba mucho trabajo para aguardar la hora de comulgar. Érale de particular regalo agua hervida y cualquier fruta o ensalada cruda, que todo esto era menester para mitigar aquel fuego, aunque fuese en invierno; y en su mucha edad no podía sufrir mucha ropa por mucho frío que hiciese, particularmente desde la cintura arriba, y sus tocas y velos y hábitos habían de ser muy ligeros y viejos, porque no los podía traer de otra manera, que la encendían de manera que luego le daba calentura*<sup>189</sup>.

Sor María del Espíritu Santo asegura: *Tenía unos júbilos de espíritu tan grandes que luego que hablaba de Dios, su cara parecía de menos edad, los ojos tan hermosos y tan inflamado el rostro, que se echaba bien de ver lo que tenía en el corazón, diciéndome una vez que le tenía como un horno chiquito lleno de fuego; y por darle un poco de aire cantaba y hacía cantar a las hermanas unas coplas conforme a lo que sentía*<sup>190</sup>.

Sor Clara de la Cruz refiere: *Su dormir ya se sabe que lo ordinario no eran más que tres horas y todo lo demás gastaba en oración, tan ferviente y encendida, que traía bien gastado el natural y un fuego que la consumía, que era menester con remedios humanos darle algún alivio aplicándole en el rostro, espaldas, brazos y pecho aguas refrescativas y zumo de agraz, y esto aunque fuese en mitad del invierno, y de ordinario tenía en su celda un jarrillo con agua cruda que tomaba de noche y entre día, porque de otra manera le parecía que el*

---

<sup>188</sup> Proceso, p. 55.

<sup>189</sup> Proceso, p. 38.

<sup>190</sup> Proceso, p. 30.

*fuego que sentía la acabara la vida. Y en la cama, de la cintura arriba, no podía sufrir sino poquísima ropa, aunque fuese en invierno. Y así su calor y algunas enfermedades confesaba el médico que él no las podía curar porque no eran naturales, sólo la procuraba aliviar con hacerla sangrar, no reparando en su mucha edad, y la sangre que le sacaban de ordinario era tan quemada que mostraba bien el fuego que estaba dentro y salía con tal fuerza y furia que el médico, que se hallaba siempre presente, y el barbero se quedaban espantados*

<sup>191</sup>

Y, a la vez que amaba mucho a Dios, confiaba plenamente en Él para cualquier necesidad. *Estando una vez que tenía gran necesidad del sustento de sus religiosas, se fue al coro con su fe y acostumbrada confianza en Dios, y le dijo: “Señor mío, estas hijas son tus esposas y siervas vuestras y me falta para sustentarlas. Ahora, Majestad, las encomiendo para que tengas cuenta de remediar la necesidad de vuestra casa”. Así, al punto, lo remedió, porque el mismo día hizo llamar Madame, la condesa de Salazar... y dio una gran limosna de parte de su hijo don Felipe Alberto. Me parece que llegó a 200 florines, más o menos, y como era moneda pequeña hinchó el delantal de la hermana y así la traía a nuestra Madre con la cual se holgó tanto que con ello vino a la recreación con mucha alegría, diciéndonos: “Hijas, Nuestro Señor nos envía esta limosna porque hoy he ido a quejar mi necesidad y que tuviese cuenta de sustentar a sus esposas y que no tenía ni un palo de leña en casa y, confiada que lo haría, me envió el remedio”. Y no hacía sino alabar a Dios de su misericordia*<sup>192</sup>.

## LA SANTÍSIMA TRINIDAD

La Trinidad Santísima estuvo muy presente en su vida y con frecuencia la invocaba. De niña cuenta ella misma que *se apareció cerca de nosotras una visión negra mucho y como una estatua de un hombre de dos estaturas, tan grande y tan delgado, y llegando cerca de nosotras yo me desmayé y caí en tierra, diciendo: “Válgame la Santísima Trinidad”. Y la otra cayó sobre mí por quitarme el miedo... Y desde el espacio que había del lino hasta mi casa, veía yo que iban delante de nosotras, algo apartado, tres personas vestidas de blanco, y dije: “¿Qué gente es aquella?”. Y dijéronme: “Deben ser pastores que vienen del ganado”. Y en llegando a las casas, desaparecieron. Conocí que era la Santísima Trinidad a quien yo había llamado*<sup>193</sup>.

---

<sup>191</sup> Proceso, p. 110.

<sup>192</sup> Testimonio de sor Beatriz de San José; Proceso, p. 63.

<sup>193</sup> Autobiografía A, p. 289.

También en el camino a Francia, dice: *Al pasar un puente yo sentí un gran temor como si viera muchos demonios que nos querían tumbar en el río y el coche medio trastornado. Yo empecé a llamar a la Santísima Trinidad... Todos pensaban que yo era muerta, porque estaba debajo y, cuando llegaron a mí, me vieron reír y se espantaron... Desde aquí todo el camino traje una presencia de la Santísima Trinidad tan eficaz en el alma que nada me la quitaba, ni los peligros que había hartos, ni el cansancio que veía llevaban conmigo*<sup>194</sup>.

Sor Clara de la Cruz nos dice: *Cuando alguna persona quería conseguir alguna gracia de la Santísima Trinidad, le decía o les animaba a que rezaran tres veces la oración del Señor (padrenuestro) y tres veces el avemaría en honor de la Santísima Trinidad. Y muchas personas quedaron curadas de sus enfermedades y con ganas de rezar de este modo en sus aflicciones según lo decían personas que llegaban al monasterio y quedaban sanadas o remediadas en sus necesidades*<sup>195</sup>.

*Todos los años celebraba con mucha devoción y alegría, tanto interior como exterior, la fiesta misma de la Santísima Trinidad, de la que tenía un conocimiento eminente debido a la inteligencia de este misterio que Dios le había concedido, como lo decía el mismo día en que murió cerca de las doce del mediodía en presencia de la Madre María del Espíritu Santo, Priora de este monasterio, hablando tan sublimemente de la Santísima Trinidad y con tanto fervor y sentimiento que la Madre María estaba totalmente admirada*<sup>196</sup>.

*El año 1622, cuatro o cinco días después de la Purificación de Nuestra Señora, en despertando para levantarme, pareció que el cuerpo quería reposar otro poco y yo híceme fuerza en quitarme el sueño por amor de Dios y me senté alegremente en la cama. Y así, súbitamente, vi una luz en mi corazón clara y redonda como el sol y en ella una majestad tan grande de la Santísima Trinidad. Esto pasó en un abrir y cerrar de ojos, mas quedó mi alma tan inflamada en amor de Dios y un conocimiento de la grandeza de Dios que por todo el día no se me podía quitar y sentía el cuerpo que estaba tan ligero que bien se conocía que el espíritu era el que mandaba*<sup>197</sup>.

Sor Clara de la Cruz añade que, *unos dos años antes de la muerte de la Madre Ana, le contó a ella que, durante una enfermedad, estando en su celda, tuvo una visión de la Santísima Trinidad al recibir el sacramento de la penitencia de parte del padre Hilario de San Agustín. Se le apareció la Santísima Trinidad junto a la pared, en la zona de la cama en que yacía. Y dicha*

---

<sup>194</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 165-166.

<sup>195</sup> Proceso, p. 426.

<sup>196</sup> Proceso, p. 427.

<sup>197</sup> Obras completas, tomo 1, p. 508.

*visión le impactó tanto que no pudo decir nada más al confesor, fuera de: “Oh, padre, qué bueno es Dios”. Y esta visión se la contó a la deponente el mismo día que aconteció*<sup>198</sup>.

El padre Hilario de San Agustín sabe que *todos los años celebraba la fiesta de la Santísima Trinidad con extraordinaria devoción y alegría, tanto interna como externa, y del mismo modo el deponente declara que él mismo vio una carta escrita por la hermana Catalina de Cristo, del convento de Ávila a dicha venerable Madre Ana de San Bartolomé, donde la consolaba, anunciándole la felicísima muerte que iba a tener, diciéndole que la Santísima Trinidad la esperaba, el Padre como a hija, el Hijo como a esposa y el Espíritu Santo, como fuego divino, le inflamaría su corazón, y cosas parecidas, y algún tiempo después de escribir dicha carta, la venerable Madre Ana murió en la fiesta de la Santísima Trinidad, antes de que dicha carta llegara a Amberes; tanto es así que, según el deponente declara, él nunca oyó nada en contra de este hecho. Añade diciendo que la devoción de la venerable Madre a la Santísima Trinidad era pública y notoria, y que la aparición y la carta de la hermana Catalina no cree que llegó al conocimiento de todos. Finalmente dice que, de las conversaciones espirituales que tuvo con la misma Madre Ana, se deduce que tenía un conocimiento eminente de este misterio, y una devoción especial, hablando frecuentemente de la Santísima Trinidad*<sup>199</sup>.

## **JESÚS EUCARISTÍA**

Para ella Jesús Eucaristía era el centro y el amor de su vida. Se pasaba muchas horas del día y de la noche ante Jesús sacramentado. Y, aunque en su tiempo la comunión no se recibía diariamente, ella era partidaria de recibirla cada día. Y así lo hacía personalmente.

Sor Clara de la Cruz anota que *la venerable madre Ana tenía muchísimo cuidado para que el Santísimo Sacramento se guardara en el mejor sitio y con el mayor decoro posible, sin consentir que nadie cometiese ninguna irreverencia en contra del Santísimo Sacramento del altar. Y se entristeció mucho cuando se enteró de que habían robado un copón de plata, donde se conservaban las hostias consagradas, en el convento de los padres carmelitas de Bruselas. Y, cuando pasaba delante del Santísimo Sacramento del altar, lo adoraba siempre con especial devoción; y con la misma devoción, desde hacía muchos años, comulgaba diariamente, a no ser que estuviera enferma; y, a la vuelta de la comunión, tenía una cara llena de majestad, pareciendo más joven de lo que era;*

---

<sup>198</sup> Proceso, p. 426.

<sup>199</sup> Proceso, p. 223.

y de esto pueden atestiguar muchas otras personas, pues que son noticias públicas y conocidas, tanto en la Orden, como fuera de ella<sup>200</sup>.

La misma sor Clara de la Cruz añade: *En la comunión no se puede decir los sentimientos que sentía y el espíritu, que era de manera que si no se divirtiera (distrajera), yéndose por el jardín, le parece que le acabara la vida, porque ya el natural no lo podía llevar, y así decía a Nuestro Señor: “Señor, apartaos, porque es imposible resistir sin que se acabe la vida”. Sentía mucho cuando se hallaba impedida de no poder comulgar, y así lo hacía cada día, y ahora a la postre le costaba harto trabajo por padecer grandes flaquezas; no reparaba en nada ni en sus enfermedades para dejar de levantarse muy de mañana a recibir a este Señor que le enseñaba, que se deleitaba mucho de entrar en su alma y siempre mostró grandísima devoción con este Santísimo Sacramento y un respeto que, si no era con gran necesidad, no quería comulgar estando en la cama; cuando los Superiores le mandaban por obediencia que durmiese más de lo ordinario, no se puede creer la fuerza que se hacía para poder resistir al espíritu, y así era menester que les pidiese licencia de volver a su costumbre ordinaria dando por excusa que le hacía daño a la salud el regalo*<sup>201</sup>.

Dice sor Teresa de Jesús que, *acabando de comulgar... no podía comer y, como le pedíamos se forzase en probar la comida, lo hacía con su acostumbrada humildad y era después forzoso echar lo que había comido y decía era por demás tomar cualquier cosa mientras duraba lo que en su alma sentía, y que todo el calor natural se retiraba por entonces al corazón y que así el estómago no le tenía para digerir la comida*<sup>202</sup>.

En una oportunidad estaba pensando si debía comulgar por sus pecados. Y dice: *Me esforcé y cerré los ojos, comulgando por obediencia, y después de haber comulgado, me dio el Señor tan grandes gustos, regalos y consuelos interiores que no lo sabría decir. Y otra vez me declaró con particular luz, que no lo podré contar, la manera con que está Dios en el Santísimo Sacramento, y parecíame que así como sale la leche de los pechos de la madre para criar a sus niños, así sale del Santísimo Sacramento una inefable virtud a manera de suavísima leche con que las almas crecen y se crían y aumenta en ellas la virtud*<sup>203</sup>.

---

<sup>200</sup> Proceso, p. 423.

<sup>201</sup> Proceso, p. 111.

<sup>202</sup> Proceso, p. 38.

<sup>203</sup> Peregrinación de Anastasio; Diálogo quinto, p. 281.

## LA VIRGEN MARÍA

Mucha era su devoción y amor a la Virgen María desde muy niña. Su secretaria sor Clara de la Cruz refiere: *Fue muy devota de la Santísima Virgen María, Madre de Dios, en cuyo honor rezaba el rosario todos los días, y de la que consiguió muchos y grandes beneficios. Y decía que había oído estas palabras de la boca de la Santísima Virgen María: “Yo te llevaré a mi casa”. Y esto fue cuando la Virgen, en una visión, le señaló el monasterio de Ávila. Y la deponente añade también que la venerable Madre Ana celebraba con gran esplendor las fiestas de la Virgen María, especialmente la fiesta de la Inmaculada Concepción. Y adornaba con muchas flores e hierbas de mucho olor sus pinturas e imágenes, siempre que podía. Del mismo modo honraba las imágenes del Salvador, a cuyos pies solía poner las flores más elegantes y primaverales, principalmente los llamadas “pensamientos” o “tricolores”, para que Dios le diera pensamientos piadosos. Igualmente veneraba las imágenes y las pinturas de los santos, de los que tenía unas letanías, particularmente a san José, a quien ofrecía unas oraciones especiales todos los días. Hay que añadir a san Miguel Arcángel, a la santa Madre Teresa, a san Juan Bautista y a otros santos, cuyas reliquias veneraba mucho, confiando mucho en todos ellos, como lo pudo constatar la misma deponente directamente. Y la venerable Madre Ana solía exhortar a las demás monjas a que fueran devotas de todos esos santos y honrarlos*<sup>204</sup>.

El padre Juan de la Madre de Dios, que fue su confesor durante cuatro años, reitera igualmente que *era devotísima de la Virgen María, a la que desde sus primeros años eligió por madre, y todos los días rezaba el rosario en su honor y de ella recibía muchos beneficios y celebraba sus fiestas con mucha solemnidad y adornaba con muchas flores sus imágenes y las honraba mucho*<sup>205</sup>.

En algunas ocasiones se le aparecía la Virgen María para consolarla y animarla en sus dificultades. Dice: *Estando una vez en la fiesta de Navidad haciendo mi oración, adoraba las llagas de los pies de Jesucristo y vínome a la memoria: “Ahora, Señor, venís niño, y Vos en la cruz. ¿Qué haré de veros siempre así, oh Niño?”. Y en ese momento se le apareció la Virgen con el Niño en sus brazos mostrándomelo desnudo y pequeñito como lo tenía en sus sagradas entrañas y tenía en sus pequeñitos pies señaladas las llagas como llagas con unas gotas de sangre, que parecía le habían caído como señalados los clavos que había de tener*<sup>206</sup>.

---

<sup>204</sup> Proceso, p. 422.

<sup>205</sup> Proceso, p. 330.

<sup>206</sup> Autobiografía A, p. 371.

## LOS SANTOS

Sor Ana amaba a todos los santos, pero tenía algunos de su especial devoción, entre ellos a san José. Dice: *Tuve devoción (desde niña) con los gloriosos san José, san Juan Bautista, san Francisco, san Bernardo y el arcángel san Gabriel, y a cada uno rezaba un padrenuestro y un avemaría cada día y tres a las once mil vírgenes a quienes rogaba guardasen mi castidad*<sup>207</sup>.

*Una vez, el día de san José, habiéndome levantado, me puse en oración diciendo que como estaba mala me pesaba de no poder solemnizar su fiesta como yo quisiera. Entonces el glorioso san José me representó todas las mercedes que Dios le había hecho desde su niñez; de que quedé tan consolada y elevada que, si no me hubiera ido a la mano, me hubiera hecho mucho daño. Y cuando empezaron los cantores a cantar la misa, estaba fuera de mí*<sup>208</sup>.

También invocaba a santa Teresa. Dice: *Aunque no la veo (a la santa Madre), siento su ayuda muy grande en los negocios que se han ofrecido hasta aquí; y al glorioso san José que, como si me hablasen y los viese, siento su ayuda*<sup>209</sup>.

Sor Catalina de San Ángel aseguró que sorprendió un día a la venerable Madre en el huerto del monasterio como si estuviera empleada en la conversación de dos personas por uno y otro lado con ella, como quienes están paseando... *Y que la testigo misma le habló durante algún tiempo antes de que la Madre Ana se diera cuenta de que la había visto y oído. Dice que ella oyó después de otras monjas de este monasterio (lo que supieron de labios de la venerable Madre misma) que una de aquellas personas fue santa Teresa y la otra el padre Julián de Ávila*<sup>210</sup>.

Y entre los santos de la Orden, además de san Juan de la Cruz, de quien pedía reliquias para repartir, amaba a san Elías. Una vez, *estando nuestros padres en capítulo en Valladolid, habiéndose juntado de toda la provincia para definir cosas de la Orden y hacer prelados, acabando de comulgar que era cuando querían entrar en el Capítulo, yo los estaba encomendando a Dios. Y mostróme el Señor al santo padre nuestro Elías, que estaba sobre el convento donde estaban juntos, en una manera de nube como fuego, tendida su capa y abiertos los brazos sobre ellos, mostrando darles su espíritu. Y acabado el Capítulo vino el provincial a nuestro convento de Ávila, que era el padre fray Nicolás, un santo*

---

<sup>207</sup> Peregrinación de Anastasio; Diálogo primero, p. 261.

<sup>208</sup> Obras completas, tomo 1, p. 520.

<sup>209</sup> Obras completas, tomo 1, p. 491.

<sup>210</sup> Proceso, p. 618.

varón, y dijo a la Priora que había tenido un Capítulo de cielo que, entrando los frailes en él, se hallaron tan suspensos y recogidos que ninguno discrepó de otro en cuantas cosas se ordenaban. Y todos tenían un mismo espíritu sin hablarse los unas con los otros. Y dividían entonces las provincias y todos a una voz dijeron: “llamemos ésta de San Elías”, que parece en esto que sentían su espíritu. Y así lo dijo el provincial: “Este Capítulo ha sido de Dios y de su Santo Espíritu por los efectos que todos me han confesado y lo que yo he sentido” <sup>211</sup>.

En otra ocasión, curaba a una enferma que estaba a la muerte, ya desahuciada, de un carbunco que tenía en un ojo y, habíaselo abierto un cirujano y no aprovechaba. Ella se moría. Y una noche de estas que estaba ya desvariando, yo me dormí allí a par de ella. Me quedé cansada, aunque la servía con grande gusto. En este sueño vi que venían dos padres venerables descalzos de los nuestros. Parecíanme nuestro padre Elías y Eliseo. Y desataron la herida de la enferma y curábanla. Y el uno iba por los recaudos (cosas) para curarla y subía y bajaba las escaleras como en el aire, que volaba... Después vino el cirujano y halló a la enferma buena, de que fue muy espantado y dijo: “Esto no puede ser sino un gran milagro” <sup>212</sup>.

Otro día, estando en Francia, cuando mis aflicciones y no tener con quién me confesar, deseaba que Dios me trajera un padre de la Orden. Y una noche, en sueños, se me apareció el santo profeta Elías y sentóse en una silla y llamóme y díjome: “Vente a confesar”. Y estaba tan alto que no podía subir donde él estaba y dióme la mano y llegóme a sus pies y dijo: “Di tus dudas”. Yo le dije como si estuviera despierta, y de que acabé me echó una bendición y, sin absolverme, se fue; mas quedé consolada como si fuera verdad con lo que dijo <sup>213</sup>.

También invocaba mucho a los ángeles, sobre todo a su ángel de la guarda <sup>214</sup>.

Sor Teresa de Jesús manifestó que tenía costumbre de dejar lo mejor de su comida. Y cuando le preguntábamos por qué lo hacía, decía que era para su ángel de la guarda <sup>215</sup>.

---

<sup>211</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 487-488.

<sup>212</sup> Obras completas, tomo 1, pp. 494-495.

<sup>213</sup> Autobiografía B; Obras completas, tomo 1, p. 472.

<sup>214</sup> Declaración del padre Juan de la Madre de Dios; Proceso, p. 332.

<sup>215</sup> Proceso, p. 43.

## ALMAS DEL PURGATORIO

Oraba mucho por las almas del purgatorio y Dios le hizo la gracia de llevarla al purgatorio para conocer sus sufrimientos y orar más intensamente por ellas. Dice: *Acontecióme una vez, recién profesada, que, estando dormida, en sueños me hallé en el purgatorio y era como un río, mas lo que había de ser agua, era fuego. Yo estaba dentro hasta el medio cuerpo y veía muchas almas allí sin conocer ninguna y los demonios no les pueden hacer mal, mas hacen amenazas de lejos. No me daba miedo de ellos y llegó mi ángel de la guarda y díjome: “¿Sientes mucho el fuego?”. Y díjele: “Sí, mas con el deseo que tengo de ver a Dios me es gozo pasarle, que presto le he de ver”. Y estando en este deseo desperté y me hallé muy triste de verme en el cuerpo... Estaba mi túnica tan mojada del sudor, como si estuviera metida en un pozo. Y aquel día todas me decían: “¿Qué tiene, hermana, que parece la han desenterrado?”*<sup>216</sup>.

Según sor María del Espíritu Santo, *era devotísima de las almas del purgatorio, ofreciendo comuniones y oficios de difuntos todos los lunes. Tenía repartidos los días de la semana por los prójimos, ofreciendo todos sus merecimientos a este intento*<sup>217</sup>.

La señora Elena de Borja y Boussu certificó en el Proceso que *tres días después de la muerte de Íñigo de Borja, su marido, su alma se apareció a la venerable Madre Ana para que rezara por él. Y algún tiempo después... vio su alma muy resplandeciente que decía: “Ya paso a descansar”*<sup>218</sup>.

Ella misma nos cuenta: *Otra vez murió en uno de nuestros conventos una religiosa que tenía siempre alguna tentación con su prelada. Y después de tres meses que era muerta, un día se me apareció y vi cómo salía del purgatorio y que lo había tenido todo ese tiempo debajo de la cama de su prelada.*

*Un día de la octava del Santísimo Sacramento, el Señor me mostraba, estando de rodillas rezando, mucha gracia y convidábame que le pidiese, y parecía que estaba deseando que yo le pidiese, que tenía muchas gracias que me dar. Y estando recogida en esta vista, vi delante de mí tres personas, que era una mi hermana y un primo y otro un hombre y todos bien lejos de allí. Yo le pedí la salvación de aquellas tres almas y el Señor mostró le agradaba. De ahí a poco vinieron cartas de cómo mi hermana había muerto el mismo día y el primo también; él de una gran fiebre y mi hermana de una muerte desgraciada, que se*

---

<sup>216</sup> Autobiografía B; Obras completas, tomo 1, p. 472.

<sup>217</sup> Proceso, p. 31.

<sup>218</sup> Proceso, p. 569.

*ahogó en agua. El otro fue un Antonio Pérez<sup>219</sup> que había hecho algunos males en España y estaba sentenciado a muerte y se escapó y se fue a Inglaterra, que fueron otros peores males para su alma, Y estando yo en la Francia me vino a ver y parecía estaba desesperado de su salvación, a lo que él sentía, por los males que había hecho. Y hablándole le fui tomando amor y deseo de su salvación. Este, me dicen, que le tocó el Señor, que aunque yo no estaba ya allí me lo escribieron, que murió con señales muy ciertas de su salvación, recibiendo a menudo los sacramentos, con el confesor siempre al lado; y que el día que murió se puso de rodillas con un ímpetu de amor de Dios y así se quedó, como digo, con señales grandes de su salvación<sup>220</sup>.*

Según declaró el padre Clemente de Santa Catalina, habiendo él venido a Bruselas, oyó que se había muerto el reverendo padre Juan Lincenio, sacerdote de la Compañía de Jesús que en algún tiempo fue confesor de la Madre Ana y del convento de las descalzas, y celebró la misa por el sufragio de su alma. Y así se lo dijo a la Madre Ana, pero ella le respondió que el Señor Dios le dio a entender por revelación que su alma santa había sido llevada directamente al cielo. Dice también que, habiendo muerto en España un sacerdote consobrino de la venerable Madre, su alma se le apareció aquí, en Amberes, declarándole que fue llevado directamente al cielo. Y después se supo, por noticias venidas de España, que dicho sacerdote murió el mismo día en que se le apareció a la Madre<sup>221</sup>.

## ALGUNAS VIRTUDES

Su prima compañera de la infancia, Francisca de Jesús, escribió en su relación sobre la santa: *Puso Nuestro Señor a la hermana Ana de San Bartolomé un natural lindo y agradable para todos, que nadie la trataba que no gustase extrañamente de su conversación. Era alegre sobremanera, nadie había de estar triste adonde ella estuviese. Ella les decía tales razones que deshacía la pena que tenían. Era de lindo cuerpo, de mediana estatura, las facciones de su rostro eran pintadas que, aunque todos sus hermanos y hermanas eran de buen parecer, ella les llevaba ventaja en hermosura<sup>222</sup>.*

Su caridad resplandeció no sólo con las enfermas y los pobres que venían a pedir ayuda al monasterio, sino incluso con los animales. La Madre María de San Jerónimo afirma: *Una cosa que tenía para alabar a Dios era la generosidad*

---

<sup>219</sup> Antonio Pérez, Secretario de Estado de Felipe II, condenado a muerte por sus delitos en 1590, pudo escapar a Francia, donde llevó una política antiespañola. Arrepentido, murió en París en 1611.

<sup>220</sup> Autobiografía A, pp. 330-331.

<sup>221</sup> Proceso, pp. 295-296.

<sup>222</sup> Obras completas, tomo 1, p. 782.

*que tenía con todas en servir las y darles contento, y con tanta caridad que parecía que por cada una pusiera su vida, si fuera menester. Y no sólo con las hermanas sino también con los pobres y los que sabía tenían necesidad; y hasta con los animales se extendía su caridad, que de aves y gatos no podía descansar hasta tenerlos contentos y dados de comer y así le acaecía después de acostada, si oía maullar un gato, levantarse a darle de comer y acomodar que estuviese bien. Y riéndose de ella las hermanas, decía que los tenía mucha lástima a estos animalitos que no sabían pedir lo que habían menester*<sup>223</sup>.

*Nos amaba a todas en general y cada una en particular. Parecía que nos quería poner en su corazón, cada día preguntando a cada una cómo estaba de salud, si teníamos menester de algo, con tanto amor como si fuese madre de cada una. Particularmente a las que eran enfermillas y con hastío de comer, las hacía algún guisado de su mano, las acariciaba con mucha gracia que mostraba siempre a cualquiera que la quería hablar. Era la primera en los oficios humildes*<sup>224</sup>.

*Si en el monasterio se ponía enferma alguna monja la ayudaba y le servía con mucha caridad, visitándola noche y día, y exhortaba a las monjas para que hicieran otro tanto. Y alguna vez vio la deponente (sor Clara de la Cruz) que la Madre Ana, estando enferma ella misma, traía de noche la palangana y la toalla para ayudar a otra monja enferma*<sup>225</sup>.

*Cuando alguna hermana le hacía algo, le agradecía y decía siempre: “Dios se lo pague, hija, la caridad que me ha hecho”. Tenía tanto amor de Dios y afabilidad con la menor que soy yo, que venía cada día a la cocina para ayudarnos a limpiar yerbas y mondar nabos y manzanas y limpiar pescado. Ponía el potaje en el refectorio, hacía muchas veces el fuego y ponía agua sobre él para cuando viniera la hermana que estaba de cocina. Iba por la leña y carbón, hacía la comida de las enfermas, guisando de su mano y la llevaba ella misma, riéndose y recreándoles y dándoles ánimo... Siempre se levantaba la primera a las dos o las tres; y también en el trabajo estaba la primera como un capitán, con tanta alegría que todo el mundo se holgaba de verla; iba al jardín a alzar leña y pensaba muchas veces con qué recrear a las hermanas: hacía canciones de cielo y en particular en Navidad para el Niño Jesús... Venía después a danzar al refectorio y jugaba de contento, tocaba el tambor y estaba tan alegre que recreaba a las que la miraban por el nacimiento del Niño Jesús. Hacía reír, cantar, jugar a las hermanas y aun esto dos días antes de su muerte, que la llevábamos al jardín*<sup>226</sup>.

---

<sup>223</sup> Obras completas, tomo 1, p. 744.

<sup>224</sup> Declaración de sor María del Espíritu Santo, Proceso; p. 34.

<sup>225</sup> Proceso, pp. 430-431.

<sup>226</sup> Declaración de sor Catalina de San Ángel; Proceso, pp. 94-95.

Su caridad se extendía sobre todo a los pecadores, por quienes oraba mucho por su salvación eterna. Sor Clara de la Cruz asegura que *la Madre Ana le dijo a ella y a toda la Comunidad que estaba dispuesta a soportar todos los males por la salvación de una sola alma*<sup>227</sup>.

Y por caridad también aconsejaba y ayudaba espiritualmente a muchas personas que le pedían ayuda. Escribió más de 15.000 cartas, de las cuales sólo se conservan una 680. Escribía a personas de distintos países: España, Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania, Italia, Polonia...

En cuanto a la obediencia a sus Superiores fue realmente heroica. Según refiere sor Teresa de Jesús en el Proceso: *No me acuerdo de haberla oído replicar a ningún prelado. El modo que tenía de responderles cuando le mandaban cualquier cosa era decir con su acostumbrada sumisión: “Enhorabuena, mi padre, yo lo haré como Vuestra Reverencia me lo manda”*<sup>228</sup>.

Cuando aún era recién profesas, llevaban un día a colgar a un hombre. Y delante de su confesor dijo: *“Si pensaba que este hombre no está rendido a la muerte, yo deseo que me pongan en su lugar”*. El confesor me dijo: *“No será su caridad para ello”*. Yo dije que sí, que lo probasen. Y entonces díjome: *“Vaya al fuego y en medio de la brasa encendida meta un dedo por espacio de un credo y véngame a decir cómo es lo que siente”*. Yo me fié de la obediencia y lo hice como él me lo mandaba y volví al confesor y no sé cómo fue que recé el credo en tanto que lo tenía (en el fuego), y ni sentí ni me dio pena<sup>229</sup>.

*Después de su muerte le fue amputado este dedo de su cuerpo y algunas veces era expuesto a la devoción... y al deponente (padre Juan de la Madre de Dios) le parecía entonces total e íntegramente incorrupto e ileso; y dicho dedo ahora lo tiene el padre provincial de Bélgica y el mismo padre provincial se lo dejó hace pocos días al deponente*<sup>230</sup>.

Sor Clara de la Cruz declaró que *un año antes de la muerte de la Madre Ana, su confesor, el padre Juan de la Madre de Dios, le mandó que pidiera a Dios su propia curación. A lo que ella le preguntó, si le mandaba bajo*

---

<sup>227</sup> Proceso, p. 432.

<sup>228</sup> Proceso, p. 39.

<sup>229</sup> Autobiografía A, p. 293.

<sup>230</sup> Proceso, p. 342. Es interesante anotar que en la actualidad lo único que se conserva incorrupto de su cuerpo es este dedo que se conserva en un relicario en el convento de las carmelitas descalzas de Amberes.

*obediencia, y oyendo que sí, pidió la propia curación. Y de hecho recuperó la salud, a pesar de que ardientemente deseaba morir*<sup>231</sup>.

Por su parte el padre Juan de la Madre de Dios dice que, *cuando la Madre Ana estaba enferma en Amberes el año 1626, sin poder andar sola y teniendo necesidad de ayuda de dos religiosas, llegó al monasterio el reverendo padre Esteban de San José, vicario del padre provincial, para hablar con la Madre Ana; y entonces la llevaron a las rejas del locutorio para hablar con él. Le dijo entre otras cosas que tenía tanta fe en la santa obediencia que, si ella le mandaba, caminaría sola. Y como el padre se lo mandó en virtud de la santa obediencia para que caminase ella sola y erguida, así lo hizo con mucha fe y confianza ante el estupor de todos los presentes. Y este hecho lo contaron al deponente, tanto el padre Esteban, como la misma Madre Ana. Y el mismo deponente vio andar a la Madre Ana, pues la vio venir a las rejas del locutorio sin ninguna ayuda, cuando anteriormente, durante algún tiempo, no podía andar sola*<sup>232</sup>.

Su obediencia se extendía especialmente a obedecer las leyes y normas establecidas en la Iglesia y en la Orden. Y, como Santa Teresa, se sentía verdadera hija de la Iglesia, siendo capaz de dar la vida por ella. *Por eso, cuando Praga de Bohemia cayó en poder de los herejes y también en otros tiempos parecidos, decía públicamente y entre sus monjas que, aunque los herejes ocupasen el mundo entero y no quedara ni una iglesia, ni un libro, ni alguna persona a la que enseñar la fe, sin embargo, ella, con la gracia de Dios, seguiría creyendo y viviendo la fe en la que había sido educada, que era la Iglesia Católica Romana. Y de esto hay muchas personas que pueden dar testimonio*<sup>233</sup>.

También quiso que fueran fieles a la Orden. Afirma sor María del Espíritu Santo: *Nos dejó harto encomendado, diciéndonos siempre que seamos hijas fieles de nuestra santa Madre y de nuestra sagrada Religión (Orden)*<sup>234</sup>.

Referente a sus votos, ella los renovaba frecuentemente como un acto de fe y amor agradable a Dios, porque conocía el gran valor que tienen ante Dios. Ella escribe: *Una vez en la casa de San José de Ávila profesaban dos novicias (el 21 de julio de 1589). Ya era muerta nuestra santa. Yo me iba llena de devoción a ver estas profesiones y, entrando en el Capítulo, me recogí. Y cuando hacían sus votos, vi que estaba la santa Madre al lado la Priora y Jesucristo al otro lado,*

---

<sup>231</sup> Proceso, p. 438.

<sup>232</sup> Proceso, p. 343.

<sup>233</sup> Proceso, p. 419.

<sup>234</sup> Proceso, p. 35.

*como si tomaran los votos. De esto me quedó una gran disposición de humildad y estima de aquellas hermanas*<sup>235</sup>.

En otra casa hacían su profesión dos religiosas. *La primera que hacía sus votos me hizo tanta devoción que me recogí en pie como estábamos y, en este recogimiento, vi que cuando esta religiosa iba pronunciando las palabras de sus votos, estaba el Niño Jesús tomándolas en sus manos y las ofrecía al Padre eterno. Bien ha dado muestras esta sierva de Dios que los hizo de corazón, que ha sido una santa*<sup>236</sup>.

Además sor Ana sabía aprovecharse de los sacramentos y sacramentales que la Iglesia pone a nuestra disposición. Ella aprendió de santa Teresa el valor, por ejemplo, del agua bendita. Sor Clara de la Cruz dice que *observó muchas veces la gran estimación que tenía por el agua bendita y ella la usaba en las enfermedades y en otras ocasiones, diciendo que, después de tomarla, se sentía más confortada que antes*<sup>237</sup>.

En una palabra, procuraba amar a Dios con todo su corazón y hacer siempre su santa voluntad.

## A LOS ALTARES

La gente con el sexto sentido que siempre tiene, consideraba a la Madre Ana como santa y, por ello, pedían constantemente reliquias suyas como escapularios, velos, rosarios, etc. Ella se ponía triste cada vez que alguien le manifestaba abiertamente su opinión de que era santa. Y, cuando venían a pedir sus cosas o que les diera su bendición, no quería ir al locutorio. Si las religiosas regalaban algunas de sus cosas como reliquias, se mortificaba grandemente y les reñía. Sin embargo, a veces cedía por caridad ante tanta insistencia con que le pedían algo para protegerse en las guerras o para la salud de los enfermos. En ocasiones la portera del convento no sabía si pedían reliquias de la santa Madre Teresa de Jesús o de la Madre Ana, pero muchos pedían de sor Ana, pues la tenían más cerca y la conocían más. Hasta el Papa Paulo V recibió una carta suya y, según refirieron, *se la ponía en su cabeza y la besaba con reverencia*<sup>238</sup>.

Ya hemos presentado algunos hechos milagrosos realizados por su intercesión. Debido a ello, pronto se hicieron los trámites correspondientes y el

---

<sup>235</sup> Autobiografía B; Obras completas, tomo 1, p. 472-473.

<sup>236</sup> Obras completas, tomo 1, p. 497.

<sup>237</sup> Proceso, p. 420.

<sup>238</sup> Declaración de sor María del Espíritu Santo, que se conserva en el Archivo de las carmelitas descalzas de Amberes.

obispo de Amberes nombró una comisión para realizar el Proceso ordinario donde debían declarar los testigos que la conocieron.

El 28 de enero de 1635 se concluyó el Proceso ordinario. Declararon muchos testigos. Entre otros, su Alteza la Infanta y la Reina de Francia, María de Medicis. Precisamente uno de los milagros aprobados para su beatificación fue la curación de la Reina María de Médicis, hecho ocurrido en 1633. La misma Reina escribió de su puño y letra el relato de su curación y dice así: *María, por la gracia de Dios Reina de Francia y de Navarra, hemos querido declarar cómo en el año de mil seiscientos treinta y tres, y a catorce de junio, hallándonos en la villa de Gante, después de haber tenido cuarenta y cuatro días unas calenturas continuas con accesos dobles cada noche... y servídose de todos los recursos humanos para cobrar mi salud, hemos acudido a los merecimientos y oraciones de la Madre Ana de San Bartolomé, la cual hemos tratado muy familiarmente en Francia, a donde había venido a nuestra instancia de España con la Madre Ana de Jesús, y otras cuatro monjas, para fundar los primeros monasterios de su Orden; la cual después se fue a Flandes, y murió en Amberes, pasados algunos años, con grande opinión de santidad, lo cual hemos sabido de muchas personas dignas de crédito y que Dios había hecho milagros a favor de los que acudían a ella.*

*Y como nos avisaron que el manto que traía a cuestas cuando vivía había vuelto la salud a muchos enfermos, me vino un gran deseo de aplicarle sobre mi persona, lo cual hicimos dentro de la octava de su tránsito. Y al tiempo de dormir, sentí unos dolores extraordinarios en todas las partes del cuerpo; mas luego se me quitaron, de suerte que pude dormir muy sosegadamente; y en este sueño se me quitaron del todo las calenturas.*

*Lo que yo y los médicos que nos sirven hemos juzgado debe ser atribuido a las oraciones de la Madre Ana de San Bartolomé y al toque de su manto. De lo cual hacemos nuestra declaración para que sea para mayor gloria de Dios y honra de sus santos. Y la hemos firmado de nuestra mano y hecho meter nuestro sello. Hecho en Bruselas a 26 de junio de 1633. María<sup>239</sup>.*

El otro milagro aprobado por el Papa Benedicto XV para su beatificación fue la curación perfecta e instantánea de un joven carmelita descalzo del convento de Amberes en 1731. Estaba desahuciado por una meningitis y, en un momento de lucidez, pidió a Dios su curación por intercesión de la Madre Ana. Su estado empeoró y tuvieron que atarlo a la cama, pero él le prometió a la venerable Madre visitar su sepulcro si sanaba. Entonces perdió el sentido y al

---

<sup>239</sup> Florencio del Niño Jesús, *La beata Ana de San Bartolomé, compañera y secretaria de Santa Teresa de Jesús*, Ed. Espiritualidad, Madrid, 1948, pp. 351-352.

recuperarlo, estaba totalmente curado y libre de las ataduras de las cuerdas con que le habían atado. Al amanecer, fue a visitar el sepulcro. Para este milagro declararon los compañeros del enfermo, el médico que le asistía y los religiosos que le habían atado la víspera.

## **BEATIFICACIÓN**

Por diversas circunstancias históricas de guerras, el Proceso se prolongó más de lo previsto. El 11 de abril de 1917 abrieron la urna para venerar sus restos, que no habían sido vistos desde el 3 de junio de 1783. De nuevo sus restos fueron depositados en el altar situado en la celda de la beata, convertida en oratorio. Pocos días después, el 6 de mayo de 1917, el Papa Benedicto XV la beatificó en Roma.

La solemne ceremonia concluyó al mediodía. Al acto habían acudido grandes personalidades españolas, belgas, vaticanas e italianas. Fue un día glorioso para la Orden del Carmelo. En la tarde el Papa en persona acudió a la basílica a venerar las reliquias de la nueva beata. Los periódicos italianos se hicieron eco del gran acontecimiento. La única tristeza fue que el Carmelo de Amberes no pudo celebrar solemnemente este acontecimiento por motivo de la primera guerra mundial. Lo celebraron después de la guerra, los días 14 al 16 de junio de 1920.

Sus restos continúan en la capilla donde estuvo su celda y generaciones de carmelitas descalzas y descalzos, además de generaciones de belgas, españoles y de otras nacionalidades, van a visitarla para pedir favores a Dios por su intercesión. Y ella sigue viva y escuchando las oraciones de sus hijos y devotos; y Dios sigue haciendo milagros en el siglo XXI por su intercesión.



## BIBLIOGRAFÍA

- Ana de San Bartolomé, *Autobiografía*, Ed. Espiritualidad, Madrid, 1969.
- Ana de San Bartolomé, *Obras completas*, en dos tomos, edición del padre Urkiza Julián, 1981 y 1985, Teresianum, Roma, 1981 y 1985.
- Enríquez Crisóstomo, *Historia de la vida, virtudes y milagros de la venerable Ana de San Bartolomé*, Bruselas, 1632.
- Gracián Jerónimo de la Madre de Dios, *Peregrinación de Anastasio*, Biblioteca Mística carmelitana, tomo III, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1933.
- Procesos de beatificación y canonización de la beata Ana de San Bartolomé, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2010.
- Silverio de Santa Teresa, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América*, tomo VIII, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 1937.
- Urkiza Julen, *Ana de San Bartolomé, heredera teresiana de la fidelidad en la unidad*. Separata de la revista Monte Carmelo, vol. 106, Burgos, 1998, pp. 61-188.
- Urkiza Julen, *Ana de San Bartolomé e Isabel Clara Eugenia, dos mujeres impulsoras de la vida social y religiosa en Flandes*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, vol. 114, N° 2 (2006), pp. 319-380.
- Urkiza Julen, *Beata Ana de San Bartolomé y la Regla del Carmelo*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, 2007, vol. 115, N° 2, pp. 67-85.
- Urkiza Julen, *Beata Ana de San Bartolomé*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2004.
- Urkiza Julen, *Beata Ana de San Bartolomé, mística española en servicio espiritual en Alemania*. Separata de la revista española de teología, vol. 66, cuad. 1, Facultad de teología de San Dámaso, Madrid, enero-marzo 2006, pp. 59-95.
- Urkiza Julen, *Beata Ana de San Bartolomé, fundadora y Priora del Carmelo de Pontoise*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, vol. 115, N° 2 (2007), pp. 137-171.
- Urkiza Julen, *Itinerario del pensamiento y de los escritos de la beata Ana de San Bartolomé*, Teresianum, Roma, 2011.
- Urkiza Julen, *Jerónimo Gracián de la Madre de Dios y Ana de San Bartolomé*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, vol. 119 N° 2 (2011), pp. 283-320.
- Urkiza Julen, *La Madre Teresa de Jesús y Ana de San Bartolomé*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, 1993, vol. 101, pp. 509-546.
- Urkiza Julen, *La Madre Teresa de Jesús y Ana de San Bartolomé*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, vol. 102, 1994, pp. 5-39.
- Urkiza Julen, *Soldados españoles de Flandes y sus mujeres bajo el amparo espiritual y solidario de Ana de San Bartolomé*. Separata de la revista Monte Carmelo, Burgos, vol.116, N° 1 (2008), pp.165-202.
- Yuste Belén y Rivas-Caballero Sonia, *Una carmelita en Flandes*, Ed. Centro bíblico católico, Madrid, 2011.

&&&&&&&&&&&